



**Universidad Nacional Autónoma de México**

**Facultad de Estudios Superiores Aragón**

**“CRÓNICAS DEL CHAT. AMOR, SEXO Y PERVERSIONES  
EN LA RED. CRÓNICA URBANA”**

**TRABAJO PERIODÍSTICO-LITERARIO  
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:  
LICENCIADO EN COMUNICACIÓN Y PERIODISMO**

**PRESENTA:**

**MARIO ALBERTO HERRERA DÍAZ**

**ASESOR:**

**LIC. ALBERTO FERNÁNDEZ DE LARA QUESADA**



**FES Aragón**

**Nezahualcóyotl, Estado de México**

**2016**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## AGRADECIMIENTOS

A Dios, por la fuerza que me ha dado para mantenerme en el camino, por los obstáculos que, de una u otra forma, me ha mostrado cómo bien librar, por las veces que me sentí sin rumbo, perdido, sin brújula, pero que todo es y será parte de un plan que llega más allá del entendimiento total y que con el paso de los años y, al ver en retrospectiva, he entendido el propósito de aquellos tiempos de incertidumbre. Es un plan perfecto.

A mis papás por la educación que me dieron, los valores inculcados, los esfuerzos que hicieron para que yo siguiera adelante, por toda una vida de momentos felices y por permitirme tomar el camino que yo he considerado mejor. Nunca habrá palabras para agradecer todo lo que lograron en mí.

A mis hermanos por las risas, las bromas, el afecto y las mil formas de demostrar que siempre estarán ahí aun cuando haya días malos.

A mis tíos Ana y Manuel por todos los momentos felices en familia, por todo el apoyo y el cariño que siempre estuvo presente.

A mis primos Arturo, Manuel y Laura porque junto a ellos pasé la mejor infancia que cualquier niño hubiera querido y, aunque pasen los años, serán memorias que siempre evocaré con una sonrisa.

A mis dos abuelitas, principalmente por el cariño, la calma y porque, aún de adultos, a sus nietos nos siguen consintiendo como si fuéramos niños.

A Damaris, tantas cosas que aprendí de ella, pero principalmente por su amistad que perdura y confío en que será una amistad inquebrantable.

A Carla, por su amistad, por las risas a veces sin sentido, nuestros andares por la ciudad y el enseñarme que hay un mundo más allá de mis cuatro paredes.

Y a todos esos amores, desamores, enemistades y gente desconocida que, sin interés, me tendió la mano. Uno nunca sabe a quién se encontrará en el camino y el cúmulo de esas experiencias somos cada uno de nosotros, a todos esos anónimos que, de una y otra forma me dejaron algo, gracias.

Faltan palabras para agradecer tantos momentos y enseñanzas con cada uno de ustedes, pero aunque los tiempos, los intereses y la distancia a veces nos mantengan distanciados, siempre los recuerdo y sonrío y son de esos recuerdos que uno atesora y mantiene vivos hasta el final. Por todo muchas gracias.

## Para quien lea estas crónicas

Con este trabajo finalmente cierro un ciclo que comencé hace un par de decenas de años cuando mi mamá me llevaba de la mano por primera vez a la escuela. Cuando lloré porque no quería alejarme de ella y entraba en un mundo desconocido rodeado por otros niños, muchos de los cuales se quedaron en el camino. ¿Quién puede adivinar, de todos esos cientos de niños que inician un ciclo escolar, cuáles lograrán llegar hasta el final? Las estadísticas nos dicen el número mas no quién terminará el recorrido. Afortunadamente yo fui uno de los elegidos para llegar hasta este punto, el momento en el que todo ese trayecto llega a su fin con un aplauso, agradecimientos, una reverencia frente al público, las luces bajan de intensidad, el telón cae y la escena termina. Terminamos un capítulo para continuar con otro.

Este trabajo es la culminación de todo aquel camino que empecé a los 4 años. El resultado de tantos ciclos escolares, de tantos compañeros y amigos de escuela, maestros, tareas, exámenes, desveladas responsabilidades e irresponsabilidades. Es un esfuerzo conjunto y mis papás fueron parte importante en este proceso de formación.

“Este es tu primer libro” me dijeron hace poco. No lo había visto de esa manera. Por eso la honra de terminar un trabajo de titulación, para todos los que lo hagan, debe ser mayúscula, un motivo para agradecer a uno mismo el haber logrado lo que otros no quieren o ya no pudieron. En especial si hubo quizás alguien que no confío en nosotros y que no apostó por vernos llegar a este momento final.

A veces las personas por las que no daríamos un solo peso son las que mayores sorpresas nos dan.

Aquí está mi trabajo de titulación, hecho con mucho esfuerzo en días en los que las ideas y la investigación fluían libremente y otros días malos, cuando las palabras o el ánimo no aparecían y tienes que esforzarte para romper con el vacío de la hoja en blanco, ese vacío aterrador.

Para ti que te tomarás el tiempo de leer estas crónicas, gracias pues con ello el relato vuelve a cobrar vida, los personajes y situaciones reales que aquí expongo regresan a ese momento de la acción, las voces, los escenarios y las emociones laten y el texto no queda inanimado, las historias fluyen de nuevo. Y, si después de todo este trabajo te dejó algo o simplemente te gustó, además del objetivo de haber merecido un título universitario puedes estar seguro que se cumplió la otra meta: cautivar al lector. Entonces todo el esfuerzo plasmado en estas páginas habrá valido la pena.

“Hubo tiempos en que los hombres sabían que sólo si mantenían una atención extrema iban a estar prontos en el momento en que saltara la liebre –y que sólo si la cazaban comerían esa tarde. Por suerte ya no es necesario ese estado de alerta permanente, pero el cronista sabe que todo lo que se le cruza puede ser materia de su historia y, por lo tanto, tiene que estar atento todo el tiempo, cazador cavernario. Es un placer retomar, de vez en cuando, ciertos atavismos: ponerse primitivo. Digo: mirar donde parece que no pasará nada, aprender a mirar de nuevo lo que ya conocemos. Buscar, buscar, buscar. Uno de los mayores atractivos de componer una crónica es esa obligación de la mirada extrema”.

*Martín Caparros, cronista y escritor argentino.*

¿Cuál es el misterio de La Red? Le preguntó la mosca a la araña...  
¡Ah...!, dijo la araña, si quieres averiguarlo... ¡entra... entra...!

Beatriz Búrdalo, *Amor y sexo en Internet*

## Índice

Presentación.....	3
<b>Capítulo I. Redes sociales y el chat: el primer acercamiento con desconocidos virtuales</b>	
1.1 Definiciones.....	7
1.2 Origen y su repercusión actual.....	9
1.3 Idiosincrasia de sus usuarios.....	18
<b>Capítulo II. En Internet eres quien quieres ser</b>	
2.1 El ciberespacio y tu otro yo.....	26
2.2 Si éxito quieres tener en el chat, un buen <i>nickname</i> debes usar.....	32
2.3 Exposición de caso 1. En Internet eres quien quieres ser: Daniel.....	34
<b>Capítulo III. Encuentros casuales: El chat como medio para encuentros sexuales.</b>	
3.1 ¿Qué tanto haces en esa computadora?.....	45
3.2 Hablar con extraños. Tener relaciones sexuales con desconocidos.....	52
3.3 Exposición de caso 2. Encuentros casuales: el chat como medio para encuentros sexuales fugaces: Arturo.....	58

**Capítulo IV. Antes, durante y después del encuentro: crónica de un amor que dejó de ser virtual.**

4.1 Cuando el amor tarda, una red social acorta la espera.....64

4.2 Momento decisivo.....70

4.3 Exposición de caso 3. ¿Enamorarse sin conocerse? El amor virtual y la realidad en la primera cita.....75

Conclusiones.....114

Fuentes de consulta.....117

## Presentación

Mi primer contacto con una computadora fue cuando era niño. En casa de un primo muy cercano tuvieron la posibilidad de comprar uno de estos aparatos (eran los años en los que las computadoras eran muy caras y solamente pocas personas podían adquirir una, algo como lo que sucedió con la televisión en sus inicios).

De vez en cuando los visitábamos y no era novedad encontrar a mi primo utilizando su computadora. Ya fuera jugando o haciendo dibujos en *Paint*, él se pasaba las horas frente a aquel grueso monitor (era la época en la que las computadoras eran tan grandes y pesadas que tenían que colocarse en un lugar fijo y resistente).

Tampoco estaba permitido navegar por horas en internet; una de las razones era que o se navegaba o se hablaba por teléfono. Si este se descolgaba, la señal se caía y había que esperar a que volvieran a colgar para regresar a la navegación. Yo en ese momento no sabía lo que era internet ni para qué servía. A veces me acercaba a esa gran computadora Windows 98 y veía con asombro lo ancha que era. Veía el teclado, conocí los ratones y deseaba poseer una en mi casa para también pasar horas jugando sin cesar. Pero en casa no había los recursos necesarios para adquirir una, por lo que tuve que esperar varios años hasta que finalmente llegó una a nuestra casa.

Sin embargo, la curiosidad por conocer y manejar a profundidad esta nueva tecnología se había implantado en mí. Con el paso de los años y la proliferación de cibercafés se abrió la posibilidad de aprender por mis propios medios cómo desplazarme libre y ágilmente en internet, principalmente. Y así me desarrollé por mí mismo en ese medio cibernético. En cibercafés y revistas aprendí a utilizar la computadora.

Conforme pasan los años y la vida también se nos pasa uno vive diferentes situaciones que, de una forma u otra, nos van marcando: amores y desamores, grandes amistades que se van, gente que para bien o para mal se cruza en nuestro camino, alegrías, desilusiones... y todo esto lo veía proyectado en

decenas de usuarios que se conectaban a un sitio de chat para buscar amistad, sexo o el amor. También aprendemos a observar y a preguntarnos, ¿por qué?

Llegó el momento en el que cursaba el último año de la carrera y así también vino la presión de realizar la tesis. Desde el principio dudé qué tema debería abordar. Pasaba días pensando, mirando, leyendo, pero nada que me convenciera para realizar un trabajo de titulación. Uno se pregunta, ¿qué me gusta, en qué soy bueno? Y habrá quienes se respondan a sí mismos con rapidez y facilidad; hay otros quienes no saben hacia dónde ir. Yo era de los segundos. No sabía qué tema desarrollar, estaba en un limbo. Sucede que lo más sencillo es lo más difícil de ver.

*Lo esencial es invisible a los ojos*

Antoine de Saint-Exupery, *El Principito*.

Uno puede tener el bolígrafo en la mano y estar buscándolo desesperadamente. Yo tenía el bolígrafo, a lo largo de los últimos años lo había utilizado sin parar. Sin embargo, no sabía encontrarlo. Hasta que un día te quedas quieto, acallas todos los ruidos en tu cabeza, todas esas ideas que están revueltas y girando sin cesar las tomas y las aplacas. Apartas las ideas megalómanas de querer cambiar la historia con un trabajo de titulación que haga retumbar toda la estructura social y te haces una simple pregunta: ¿qué me gusta? No tardé en encontrar la respuesta: internet. Y luego algo relevante que tenga que ver con este tema: me acordé de la cantidad de pláticas que había tenido vía chat, de los usuarios que sin parar buscan una relación con quien esté abierto y se apegue a sus criterios de búsqueda. ¿Por qué lo hacemos? Lo demás sólo fue cuestión de hilar ideas y el tema de tesis estaba hecho.

Al final, decidí hacer trabajo periodístico y no tesis por dos situaciones: la primera fue por gusto propio. De todos los géneros, la crónica es por la que más me siento atraído; en segundo lugar, creo que es la mejor forma de desarrollar este tema pues lo que pretendo es que prevalezca el relato, que se escuchen las voces de aquellos que han vivido una situación de las que se verán a lo largo de este trabajo, mi énfasis se centrará en el “cómo” ya que en este género lo relevante es exponer cómo sucedieron las cosas y la recreación de los hechos y atmósferas,

siempre mostrando la relevancia del tema y, en todo lo posible, aportar algo al género y a la labor profesional.

Desplacé la modalidad de tesis porque, ¿qué hipótesis podría formular si mi enfoque hubiera sido el comportamiento humano y las relaciones interpersonales? Explicar las acciones humanas basándose en teorías y tratados no es tema de mi profesión, eso compete a otras disciplinas, no al periodismo.

El trabajo que a continuación presento está dividido en cuatro temas. En el primero daré un panorama sobre internet, desde sus inicios, algunos conceptos clave para entender los temas posteriores y la percepción que algunas personas tienen sobre este reciente medio de información y comunicación.

En el segundo tema hablaré sobre el anonimato que brinda el navegar por internet, específicamente cuando se chatea o se utilizan las redes sociales y cómo el ciberespacio propicia que quienes lo utilizan puedan externar aquello que son con plena libertad, sus gustos y aficiones, sin el temor a ser juzgados o fichados como sucedería dentro de la sociedad en el mundo tangible. En este capítulo abordaré la primera crónica, el caso expuesto será el de un usuario que utilizó internet para generar amistad con desconocidos.

En el tercer capítulo hablaré sobre los usuarios que utilizan la Web para concretar encuentros sexuales, las mentiras que abundan en este medio para generar una imagen falsa y atractiva del usuario, el cibersexo y la aparente facilidad que internet otorga para que cualquier persona que lo desee pueda conseguir una pareja sexual, aunque sea fugaz. Los riesgos que esto implica y por último terminaré el capítulo con la crónica correspondiente al tema que abordé.

Y finalmente en el cuarto capítulo me enfocaré en el tema del amor y la búsqueda de este en un sitio de chat o red social. Cómo hay quienes prefieren buscar una pareja sentimental a través de este medio y no de la manera convencional. Las pláticas, la palabra escrita que enamora y los usuarios que se dejan arrastrar por estas aunque no conozcan en persona a quien les escribe. El amor que tarda en llegar o que ha fracasado puede encontrarse en la Web al igual que el sexo y los nuevos amigos. En este capítulo, a diferencia de los dos anteriores, incluí dos

crónicas, una con un desenlace hasta cierto punto aceptable (no todas las relaciones que surgen en internet están destinadas a terminar mal) y la segunda en donde la experiencia acabó en malos términos.

En México hay 37.6 millones de cibernautas, no podemos negar la relevancia de este tema, es tan actual que a cada momento estas cifras cambian, van en incremento, los chats y las redes sociales están activos días tras día sin descanso, a cada minuto hay alguien que está platicando con un desconocido por la Web, diariamente en cualquier parte del mundo dos personas que se conocieron por internet están pactando una cita, justo ahora hay alguien que espera o se acaba de encontrar frente a frente con la persona que ha mantenido contacto vía internet o mensajes (de texto, en redes sociales, aplicaciones, etc.).

Nuestra vida cambió desde el momento en que internet se abrió a la masa.

# CAPÍTULO I. REDES SOCIALES Y EL CHAT: EL PRIMER ACERCAMIENTO CON DESCONOCIDOS VIRTUALES

## 1.1 Definiciones

Chat:

Se trata de una forma de comunicación por medio del ordenador sincrónica, en la que varias personas se intercambian, al mismo tiempo, mensajes de texto. En el *chat* es posible dirigirse a un solo interlocutor o a la totalidad de los usuarios presentes *on-line*<sup>1</sup>.

Perversión:

Una perversión difiere de la persona, lo que para una persona puede ser una perversión para otra es un pasatiempo, un fetiche. Creo que perversión es algo que sale fuera de lo común para la gente.

Va fuera de las reglas sociales morales. Eso ya es cuando se convierte en una perversión.

César Camarena Torres  
Psicólogo

El origen del chat data de 1988 y hasta el día de hoy sigue siendo utilizado por los usuarios, no ha sido desplazado ni siquiera por las relativamente nuevas Redes Sociales (Facebook, Twitter). Los sitios de chat funcionan las 24 horas, los 365 del año, no descansan, cascadas de mensajes de usuarios fluyen en todo momento.

Para ingresar a muchos de estos chats no es necesario llenar grandes formularios como puede ocurrir cuando uno quiere crear perfiles en otros sitios, por ejemplo redes sociales (Facebook, Twitter), o programas de mensajería instantánea (Skype, el agonizante Windows Messenger, etc.). Basta con escribir un sobrenombre o *nickname*, seleccionar el sexo al que el usuario pertenece (a veces), elegir la sala en la que uno desee interactuar (las temáticas son muy variables: amor, sexo, cibersexo, amistad, ligue...) y el acceso está permitido. Cualquier persona puede falsear información muy fácilmente.

Ya dentro de cualquiera de las salas de chat, el usuario comienza con su búsqueda, tiene la libertad de ser quien desee, expresar sus emociones o deseos

---

<sup>1</sup> Nardone Giorgio y Cagnoni, Federica, *Perversiones en la red*, p. 74

libremente, incluso aquellos que en la vida diaria, en el mundo tangible con la gente que nos relacionamos, uno no se atrevería a expresar.

Desde una simple plática hasta alguna fantasía, mensajes, invitaciones o propuestas, usuarios que entran y salen, *nicks* a veces muy simples y otros muy sugestivos: todo depende de la sala a la que uno entre y lo que se desee conseguir.

## 1.2 Su origen y repercusión actual

Cada década ha dejado su huella muy particular, en cada una se han dado acontecimientos que han marcado a la humanidad y que la historia se ha encargado de mantener en la memoria.

La década de los ochenta, no fue la excepción. Fue una época que cambió constantemente el curso de la humanidad. En donde hubo hechos que estremecieron los corazones, se derramaron lágrimas, se desbordaron emociones y sorprendieron a millones.

Fue la década de los sacos con estoperoles y grandes hombreras en las mujeres, calentadores de piernas, aretes metálicos casi del tamaño de un puño y cabezas que remataban con pañuelos y peinados abultados.

Mientras que la moda masculina estuvo marcada por sacos de satín, corbatas delgadas, pantalones ajustados y lentes oscuros. Pero el gusto se rompe en géneros. Dicen algunos críticos que ésta fue la década con la moda más horrible que se ha visto.

Fueron los años ochenta en donde los aerobics se pusieron de moda y el Walkman inauguraba la época quizá infinita de la música portátil y mientras unos salían de sus casas aislados del mundo con los audífonos otros optaban por deshacer el enigma de cómo lograr que todas las caras del mismo color quedaran alineadas en el novedoso cubo de Rubik. Ahí estaban también a los que la adrenalina se les disparaba cuando un fantasma se les acercaba o no les daba tiempo de comer su cereza en Pac Man.

En los ochentas nacieron los reyes del pop musicalmente hablando: Madonna alcanzaba la cima con *Like a virgin* y Michael Jackson se volvería el cantante más vendido en la historia de la música con *Thriller*.

A partir de 1982 el mercado mundial de las computadoras personales empezó a crecer y es en ese mismo año Gabriel García Márquez se llevó el premio Nobel de

Literatura. Seis años después, de vuelta en el campo de la computación, se lanzará el primer gusano de Internet llamado Morris worm.

Y mientras algunos se divertían con *Alf*, los *Thundercats* o en la pantalla grande con *E.T.*, en México la gente hacía interminables filas para degustar su primera Big Mac en el primer McDonald's de la ciudad. Aquel alimento gringo que arribó a nuestro país por primera vez en octubre del 85 (y casi treinta años después nos generaría un problema de obesidad preocupante). El sabor de esa Big Mac intentaría sepultar aquel horrible sabor de boca con el que la Ciudad de México despertó apenas mes y medio antes con un terremoto de 8.1 grados y un número aún incierto de muertos.

Fueron los años ochenta los que se llevaron a dos grandes figuras de la música en inglés: John Lennon, asesinado por un fan; Freddy Mercuri, vocalista del grupo Queen, quien perdió la batalla contra el SIDA, enfermedad que -por cierto- el mundo conoció en aquel 1981 y que quizá nadie imaginó la cantidad de vidas humanas que cobraría.

En el otro lado del mundo, en el Medio Oriente, Saddam Hussein daba inicio a la famosa "Guerra Irán-Irak" (1980-1988), en la que se contabilizaron más de un millón de muertos.

En 1986 en la planta nuclear de Chernobyl, Ucrania, una explosión alcanzó uno de los reactores provocando así la que se ha considerado la peor catástrofe nuclear en la historia.

En ese mismo año México fue sede de la Copa Mundial de Fútbol; los ojos del mundo aficionado a este deporte estaban sobre nuestro país, la fiesta futbolera hacía vibrar los corazones de los aficionados, al final Argentina se llevaría la Copa gracias a Maradona.

Y lo que en aquel 1986 era la emoción por la pasión futbolera, dos años después, en 1988, se transformó en incertidumbre, dudas y desconfianza al declarar ganador de las elecciones presidenciales a Carlos Salinas de Gortari. La sombra

de un fraude electoral y la famosa “Caída del sistema” eran la semilla cuya flor sería un México contemporáneo que ha puesto en duda la credibilidad de algunas instituciones.

Aquel 1988 en el que Gorbachov fue electo como jefe del Estado Soviético, cuando la URSS ya tenía los días contados. Y casi al mismo tiempo George Bush, padre, también asumía el cargo en la Casa Blanca.

Ya en el último capítulo del libro ochentero, un año antes de terminar la década, el mundo fue testigo de la caída del Muro de Berlín, la reunificación alemana y el final de la posguerra, así como del comunismo.

En China, en la plaza de Tiananmen el gobierno abría fuego contra manifestantes estudiantiles, hecho que pasaría a la historia universal y sería condenado por otras naciones.

La Guerra Fría fue otro de los capítulos en la historia de la humanidad que en aquel 1989 se daría por concluido.

Y mientras todo esto –y más- sucedía alrededor del mundo y regresando a aquel 1988, específicamente en la Universidad de Oulo, en Finlandia (allá donde pocos o nadie estaba volteando a ver), un hombre también trabajaba en algo que daría un giro total a la forma de comunicarnos. Generaba el primer programa con el que se podían mantener conversaciones escritas por computadora y en tiempo real, es decir, el primer chat en la historia.

El día exacto en el que nació el chat no se sabe con precisión y para evitar esas imprecisiones sólo hay que recordar una fecha sencilla: agosto de 1988, cuando Jarkko Oikarinen creó el primer chat al que él mismo nombró IRC (Internet Relay Chat).

Sin la intención de restarle méritos al creador del chat, cabe mencionar que antes del IRC ya existía un programa que tenía el mismo fin: comunicar usuarios de computadora a través de conversaciones escritas en tiempo real. A este programa

se le conocía como MUT (MultiUser Talk); pero, se dice, tenía muchas fallas por lo que la llegada del IRC lo sepultó.

\*IRC: Siglas de Internet Relay Chat. El IRC es un programa que permite desarrollar conversaciones en línea en tiempo real con gente de todo el mundo escribiendo mensajes por Internet.

Se puede participar en grupos o de manera más privada con sólo una persona. El IRC consiste de "canales" que están dedicados a temas específicos.

(Gimenez Carrasco, Mariano, *El amor en la era del chat*, pp. 103-104)

Pero el lanzamiento del IRC no fue a gran escala. Se dice que pocas veces llegó a tener la grandiosa cifra de 10 o un poco más usuarios de chat conectados al BBS de Oikarinen, por lo que no tuvo más que pedir favores a sus amigos: por favor carguen (o monten) mi IRC en otros servidores.

Mariano Gimenez Carrasco en *El amor en la era del chat* explica que así Oikarinen logró que su programa de chat se trasladara a otros sitios dentro de Finlandia. Hasta que, finalmente, pudo romper con las barreras geográficas locales y logró conectarse con servidores de la Universidad Tecnológica de Tampere (en el suroeste de Finlandia) y la Universidad Tecnológica de Helsinki (en el sur).

\*BBS: Es la abreviación del nombre en inglés Bulletin Board System (Sistema de Cartelera, como las carteleras de las oficinas y colegios). Se trata de un sistema que permite a la gente dar mensajes, leer los mensajes que otros han dejado y responder con otros mensajes.

(Gimenez Carrasco, Mariano, *El amor en la era del chat*, p. 31)

Y este hecho, que no quedó registrado en las efemérides, en la actualidad tiene grandes repercusiones: según cifras que el INEGI dio a conocer en noviembre del 2012 en su Encuesta sobre Disponibilidad y Uso de las Tecnologías de la

Información 2012, en México 24.4 millones de personas utilizan Internet para comunicarse.<sup>2</sup>

Veinticuatro millones de personas conectadas a la Red, ¿cuántos de esos millones de usuarios generan amistad con desconocidos? ¿cuántos son víctimas potenciales de algún delito?

Aunque ya se pueden realizar videollamadas (siempre y cuando se cuente con una cámara web y un micrófono), hay quienes recurren aún a las palabras escritas para estar en contacto con sus seres queridos, buscar nuevas amistades, noviazgo, sexo o alguien que comparta sus mismas perversiones. En un sitio de chat cualquier cosa se puede esperar.

Quien crea que las páginas de chat estén muriendo y que lo de hoy son las redes sociales, libremente puede ingresar a cualquier chat y ahí verá el ejemplo vivo de la cantidad de personas que casi a cada segundo ingresan, salen, cambian de nickname o de sala. Ahí están, en constante movimiento, cascadas de mensajes, decenas de usuarios buscando llamar la atención de cualquier persona, alguien que sea compatible aunque sea por un breve instante con ellos (el juego de azar se vuelve infinito dentro de un sitio de chat).

La línea entre lo que es mentira y lo que es verdad se vuelve imperceptible. Ya que no podemos ver la cara de la persona con la que platicamos, al no escuchar sus inflexiones de voz ni estar al pendiente de su expresión corporal, es muy difícil saber qué tan cierto es lo que nos dicen.

Anteriormente los papás y los abuelos nos decían que no habláramos con extraños ni mucho menos fuéramos con alguien que no conociáramos. Las historias de robachicos atormentaban nuestras mentes infantiles y pensar en que nos podían sustraer, subir a un carro y alejarnos de nuestra familia para siempre eran

---

<sup>2</sup> INEGI, "En México 40.9 millones de personas usan Internet y 44.7 millones utilizan una computadora" <http://www.inegi.org.mx/inegi/contenidos/espanol/prensa/boletines/boletin/comunicados/especiales/2012/noviembre/comunica30.pdf> , consultado en Mayo de 2013

uno de los mayores temores que niños de generaciones anteriores podían experimentar.

En la actualidad es casi imposible no hablar con desconocidos en Internet. Uno ve a sus amigos cada determinado tiempo, está en contacto con familiares y ya conocemos de una u otra forma sus estilos de vida, sus desventuras o alegrías y gracias a Facebook y Twitter hasta lo que ciertas personas hacen a cada momento (estoy tomando un café, me acabo de bañar, tengo ganas de un refresco, creo que me estoy enamorando).

¿Por qué limitarnos entonces a nuestro ya conocido grupo de amistades? Con un par de clics tenemos la oportunidad de entrar en un mundo en el que confluyen decenas o centenas de personas. Y la posibilidad de conocer a alguien, de platicar con una persona nueva se vuelve atractiva.

Un nuevo amigo –piensa el usuario-, alguien con quién salir de la rutina, quizá el novio o la novia que he estado buscando, una plática caliente, una cita. La esperanza de conocer a alguien físicamente atractivo o interesante. Buscar al príncipe azul o a la princesita que necesita un príncipe azul. En la imaginación se crean decenas de historias, los límites en la fantasía los pone uno mismo, cada quien sabe qué quiere, Internet sólo se vuelve el medio, el puente que “facilita” se cumplan aquellos deseos que nadie o pocos saben.

El psicólogo estadounidense Abraham Maslow, en su pirámide de las necesidades humanas o también conocida como la Pirámide de Maslow, coloca a la comunicación en el tercer nivel, el nivel de afiliación, de sentirnos parte de un grupo, aceptados e integrados.

La comunicación es una necesidad, Aristóteles lo había dicho varios siglos atrás: el ser humano es un ser sociable por naturaleza. Ambos tenían razón, ¿qué hubiera pasado si ahora vieran los alcances y el modo en que Internet ha cambiado esta necesidad de comunicarse?

Quizá Maslow hubiera cambiado el peldaño que ocupa la necesidad de comunicarse del tercero al segundo lugar (segundo peldaño de la pirámide de Maslow: necesidad de seguridad), ¿o cómo explicar que nuestra seguridad física, de la familia y de la vida privada queda violada en el momento en que pasamos por alto los riesgos, socializamos con alguien que no conocemos y le damos nuestro número de teléfono o pactamos una cita a ciegas?

## MASLOW:

## NECESIDADES 2.0:



Las fotos nos dan una idea aproximada de cómo es la persona, pero las fotos engañan, no son precisas pues muchos factores intervienen para que una persona se vea mejor o peor de como es en la realidad (luz, tamaño de la imagen, distancia con respecto a la lente, el tipo de ropa, colores).

Una videollamada nos acerca más a la realidad del cuerpo físico, es quizá el medio más “seguro” para conocer por fuera al otro. Pero hasta que no inventen un dispositivo que nos muestre también cuáles son los verdaderos sentimientos e intenciones de los usuarios, seguirá latente el riesgo de ser víctimas de un final feliz o de un delito en el cual la historia se cierre con un triste: “si no hubiera...”.

*Antes me divertía con mis amistades, pero ya existe Internet.*

¿En algún momento se habrá imaginado Jarkko Oikarinen, el inventor del IRC, que su programa tendría tales alcances? El chat cumple 25 años, su primer cuarto de década y está más vigente que nunca, lo encontramos en muchos sitios de Internet, ahí está la necesidad de comunicación, ahí está presente Aristóteles.

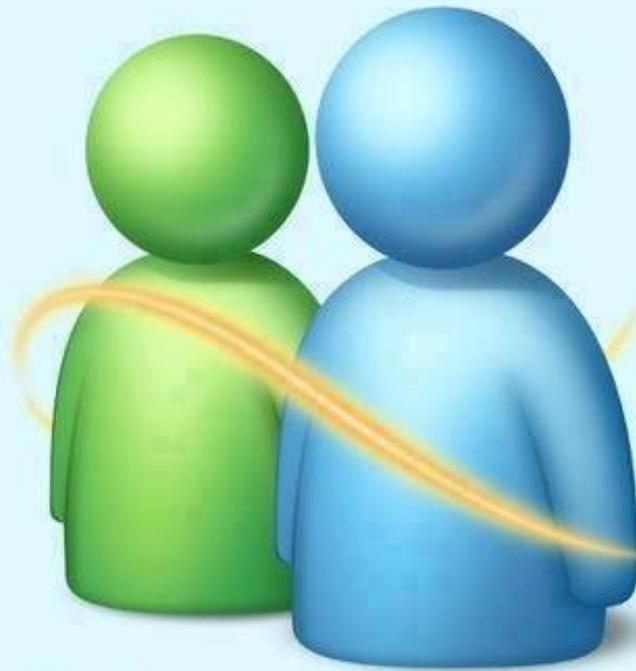
Nada ha podido desplazar al chat, en algunos casos ha evolucionado y le han cambiado el nombre (por ejemplo, algunas aplicaciones para teléfonos inteligentes que permiten mandar mensajes gratuitamente siempre y cuando se cuente con una conexión Wi-Fi), pero el modo es el mismo.

Y qué decir del programa de mensajería que marcó una época y sus generaciones: Windows Live Messenger. Este programa que nació entre el año que cerraba un siglo y el que iniciaba otro. En 2013, a sus catorce años, se dio el anuncio de que sería cerrado definitivamente, sería sustituido, absorbido o devorado por Skype, programa que está enfocado a las llamadas telefónicas y videollamadas.

La noticia se convirtió en trending topic y generó, por lo menos en Twitter, una ola de mensajes de decenas de usuarios que lamentaban el hecho y, a modo quizá de epitafio, escribían en 140 caracteres máximo una despedida al tan famoso Messenger.

Con esto se cerró un capítulo en la historia del chat; con el chat Jarkko Oikarinen pasó a la historia al haber creado un programa con el cual actualmente y a cada segundo se crean y se destruyen relaciones humanas (las relaciones humanas no se crean ni se destruyen, sólo se transforman) y a pesar de todo a pocos les ha de sonar el nombre de este finés. Así es la vida, le dio las armas para revolucionar el campo de la comunicación y cambiar la vida de millones de personas y al final del día su nombre ni siquiera aparece en las efemérides de la semana.

# GRACIAS POR TODAS LAS CONVERSACIONES



Windows Live Messenger  
**July 22, 1999 - April 8, 2013**

### 1.3 Idiosincrasia de sus usuarios

*It's easier to be friends with lots of people online than one person in person.*

*(Es más sencillo hacer amigos en línea que frente a frente).  
Frase dicha por el personaje Lisa Simpson, en la serie de televisión Los Simpson,  
de Matt Groening.*

Se realizó una encuesta aleatoriamente para conocer la percepción que algunas personas tienen en general sobre el conocer gente por Internet: en sitios de chat o redes sociales. El principal factor que consideran importante es la seguridad. El no saber con certeza con quién hablan y qué tan cierta sea la información que se intercambia en una plática virtual convierte a cualquier usuario en una persona vulnerable a ser víctima de la delincuencia.

La mayoría de casos se ven a adolescentes que chatean con gente, ya ven ustedes que está el problema de que las engañan que son jóvenes y las citan en equis lugar, las secuestran, las violan, las venden; está muy peligroso eso, es bueno pero no debería ser tan libre.

Áurea Cortés Nieves - Secretaria

Te quiero a través de una pantalla, te expreso mi amor con decenas de guiños y palabras escritas románticas, si tenemos los medios, nos vemos por cámara web, pero mi piel no ha rozado a la tuya, mis brazos jamás podrán estrujarte ni tampoco puedo sentir el calor de tus manos. A través de la pantalla no podemos vernos nítidamente a los ojos.

Todo lo afectuoso a las relaciones personales tiene que ser cara a cara. Todos nos podemos querer cibernéticamente con unas letras, pero no en el sentido de trasladar a alguien las emociones que única y exclusivamente se pueden dar frente

a frente, con la presencia de la otra persona. Por muchas fotos, por mucho Face y por muchos videos que haya, nunca va a ser la presencia y figura de la persona que tú quieres.

Edgar Lara Granados – Lic. En Comunicación y Periodismo

Arturo es actuario, tiene veintisiete años y pocas veces se ha aventurado a conocer gente por Internet:

No hay nada igual como ir a un antro y conocer a la persona o que estés en un café y que veas a una persona que te guste y le hables. Por ejemplo, en el chat puedes tener mucho valor para hablarle a la persona, porque no te está viendo ni nada. Al menos yo no lo recomiendo. Además de que se me hace como una relación de Internet, cibernética, que no puede compartir muchas cosas con alguien. Tal vez tomar un café o que lo conozcas o que pase ahorita y el chavo se me quede viendo y me diga, ¿qué onda, cómo estás? etc. Yo digo que igual y es para gente que no es muy segura de sí misma y pues órale en el chat.

César Camarena es psicólogo y, desde su punto de vista, no le parece una buena opción tener contacto con gente en la Red:

No lo creo tan recomendable. Al final de cuentas existen muchos lugares de convivencia: antros, bares, cantinas, cafés, restaurantes, parques adonde puedes encontrar gente con quién convivir. Además es muy favorable en el sentido de conocer mucha gente al mismo tiempo, porque tú puedes tener abiertas cinco ventanas y platicar con cinco personas a la vez, cosa que a lo mejor no podrías hacer en vivo, con alguien. En ese sentido sí es bueno para explotar habilidades sociales, pero yo creo que en el sentido de buscar pareja o una relación ya es más una relación cara a cara, frente a frente para conocer a una persona.

La opinión que yo tengo con respecto a conocer gente por este medio pues es muy tradicionalista. No considero que sea una buena forma porque la considero peligrosa porque todo lo que hablamos sobre seguridad en cuanto a implantación de o suplantación de identidades pues considero que es muy peligrosa, porque no sabes con qué clase de gente nos vamos a relacionar, inclusive gente que está buscando una persona para traficar con ella o para aprovecharse de ella. Entonces, realmente este tipo de cuestiones no me gustan.

Antonia Navarro – Ingeniera en computación

El azar es la maldición o el golpe de suerte que nos lleva de la mano hacia otro usuario. El anonimato, la venda con la que el azar nos tapa los ojos y nos guía o nos trae hasta nuestra mesa a un contacto, a una *sexoaddicta24* o a un *DanielDF*. Sólo conocemos –a través del Nick- una ínfima parte, la punta del iceberg dicen por ahí, de aquella persona con la que vamos a iniciar una cibercomunicación.

La oportunidad del anonimato que nos regala la Web saca nuestros impulsos reprimidos, salen a flote esas ideas y pensamientos que en la vida cotidiana no nos arriesgamos a expresar por miedo, por el qué dirán, porque nuestros más profundos deseos -creemos- son perversos, enfermizos, anormales... el mundo virtual es una puerta de escape, la válvula que nos libera de la moral, la mojigatería, las buenas costumbres a las que estamos atados en la sociedad no virtual, nos permite conocer personas que comparten nuestros mismos gustos y nos hace sentir finalmente parte de un círculo, de un grupo que creíamos no existía.

En mi caso he conocido personas por Internet y no he tenido ninguna experiencia desagradable, pero también considero que si estás muy chavo o no tienes un conocimiento un poco más profundo acerca de lo que vas a hacer, pues sí está un poco peligroso.

Azucena Castañón – Estudiante de Pedagogía

Es muy peligroso por lo mismo de que a veces no sabes con qué tipo de gente estás hablando; por ejemplo, te pueden decir una cosa por medio de una computadora a otra computadora, pero estando ya frente a esa persona ya pueden ser muy diferentes las cosas. [...] A pesar de eso hay gente buena onda, que puedes conocer como amistad o como tú lo buscas. Cuando uno se mete a esas páginas es con el plan de conocer no de cerrarse, es en el plan de "¡hola! ¿qué tal? Vamos a platicar, vamos a ver qué onda, ¿no?"

Ángel Martínez Martínez – Estudiante de Ingeniería en Sistemas

La ventaja principal es que sin necesidad de trasladarse a algún lugar, se puede tener plática, contacto, interacción entre varias personas sin desplazarse a algún lugar.

Ángela Morales – Profesora de Sociología

Platicar con alguien a través de Internet también tiene ventajas: una de ellas, como lo comentó una de las personas entrevistadas, es que uno puede entablar conversaciones con las personas que se desea sin moverse de un mismo punto. Otra ventaja que encontró otro de los encuestados fue que la comunicación, la respuesta a un mensaje es inmediata y muy barata o sin costo, comparado, por ejemplo, con el servicio de correo tradicional.

Finalmente es el primer contacto que funciona más rápido. Ésa es seguramente una ventaja, si uno lo compara con cartas por correo, mandas una carta y tarda uno, dos o tres días para llegar al destinatario; si es internacional, una semana o dos. Finalmente funciona mucho más rápido.

Lars Pernice – Profesor de Relaciones Internacionales

En el caso específico de las Redes Sociales, un uso a favor podría considerarse como la búsqueda y encuentro con personas con las que uno perdió contacto desde hace mucho tiempo. Acortamos distancias, tenemos una comunicación escrita inmediata y, además, reencontramos viejas amistades.

Ventajas que he vivido en carne propia: encontrar a gente de hace más de 20 años, amigos de la secundaria y reunirnos efectivamente, eso es muy bonito porque se platican los recuerdos, ya después ya no es tan bonito, porque tienes que estar disponible en el Face o en el chat, incluso ésa es la desventaja que se presupone que tú ya estás disponible para cuando te conectes inmediatamente les avises a todos que estás en disponibilidad para que chatees; entonces lo que ibas a hacer lo dejas de hacer.

Edgar Lara Granados – Lic. En Comunicación y Periodismo

La comunicación a través de Internet (chat, redes sociales, servicios de mensajería instantánea) nos libera de sentirnos apenados, como podría ocurrir en el mundo tangible. Quizá ése sea un aspecto positivo de este tipo de comunicación: el sentirse desinhibidos para expresar deseos, sentimientos, aficiones, etc. Y no ser testigos de la reacción de la persona a quien uno le escribe.

Yo siento que a veces es como un poquito estar protegido, porque a alguien le puedes decir qué es lo que quieres a través de este medio y no alcanzas a ver su reacción y como que sí te escudas en ese aspecto, te vuelves un poco más atrevido, porque no vas a esperar el golpe, el abrazo o el beso. Entonces de cierta forma como que te permite comunicarte un poquito más, porque ésta es una cierta barrera que sabes que la otra persona no la puede romper tan fácil.

Antonia Navarro – Ingeniera en Computación

“Debemos darnos cuenta de que el chat es una revolución social: para la gente que ingresa a Internet –que cada vez es más- se ha convertido en el mayor fogonero de la posibilidad de relacionarse a distancia, al instante, con cualquiera que tenga una conexión en cualquier sitio remoto del mundo, y compartir ideas, opiniones y ficheros. Así como emociones.

“Tiene una verdadera magia, propia, nueva y única.

“Una comunicación así dispara infinidad de situaciones características del medio: al no verse las caras directamente, la gente se anima más”<sup>3</sup>.

En su libro *Amor y Sexo en Internet*, Beatriz Búrdalo relata un caso muy peculiar de una ciberviolación:

---

<sup>3</sup> Gimenez Carrasco, Mariano, *El amor en la era del chat*, p. 31

<Usuario 3> Conecté a Internet, después de 6 meses de luchar por no hacerlo. Sabía de antemano que me engancharía. No tenía ni idea de qué era, pero... lo sabía. Cuando por fin conecté, pasaba horas allí, muchas horas. Investigué y descubrí un par de chats a través de la web. No conocía IRC en aquel tiempo.

Un día entré en uno desconocido para mí y, con el correspondiente rubor de novicio, comencé a charlar. Un par de días después, en el mismo chat, siendo la 1 de la madrugada más o menos, me contestó una tal <<Azul>>. Hablamos muy correctamente un rato, hasta que me dijo: <<te invito a una copa en privado>>.

<Usuario 3> La proposición me pareció curiosa e interesante. Yo nunca había ido a un privado. Me dio instrucciones para entrar y me sorprendió su previsión. Me dijo: <<Cuando entres, toma nota de que si se te corta la línea debes reentrar de la misma manera, haciendo esto y aquello. No quiero quedarme cortada.>>

<Usuario 3> Tomé nota. Entramos allí y me invitó a una copa que acepté con gusto.

La conversación la fue derivando hacia aspectos más... íntimos. Yo, inocente, seguía su juego. Inocente y curioso, por supuesto. Empezó a apagar luces molestas. A poner música y a acomodarse. Yo me limitaba a intentar estar a la altura en una conversación que no tenía claro por donde seguiría. En un principio no dudaba de ella. Mi candidez era total.

Me pidió que le expresara mis deseos y que la acariciara, a la vez que expresaba su disposición. Así lo fui haciendo, nervioso por saber si eso era lo que ella esperaba. Poco a poco ella fue subiendo el tono sin casi darme tiempo a nada. No se andaba con demasiados rodeos.

<Usuario 3> Ahí me entró el agobio pues yo no me daba abasto, entre imaginar, vigilar, inventar, contestar, acariciar, o... ¡yo que sé! Piensa, además, que a cada mensaje, debía actualizarse la página y esto enlentecía la conversación. A mí me dominaba la curiosidad a la vez que pensaba: ¿pero qué chorrada estoy haciendo?

<Usuario 3> Sus mensajes pedían más. Noté que me obligaba a seguir por donde ella decía. No me permitía ni un respiro imaginativo, ni una licencia sentimentaloides, ni un comentario jocoso sobre la ridícula situación.

<Usuario 3> Yo ya me sentí incomodísimo. Con unas ganas terribles de cortar, pero no podía. Era novato. De pronto ella expresó un orgasmo. Realmente, lo parecía. Pero en el siguiente mensaje, cuando no me había dado tiempo ni de cerrar la boca, me dijo: <<Ahora debo salir, nos vemos ¡ciaol!>>

<Usuario 3> Y me quedé compuesto, estúpido, con la Carabobo correspondiente y un sentimiento de violación frustrante que me dejó marcado. ¡Me habían violado! ¡Me habían usado, literalmente, y tirado sin ni siquiera derecho a un: <<Has estado maravilloso, vida mía>>. Evidentemente, con toda probabilidad, no era chica. Eso nunca lo sabré.

<B> ¿Por qué?

<Usuario 3> En esa época (abril del 97) imagino que la proporción de mujeres en el chat, era mucho menor de la que es ahora, mujeres que se atrevieran a eso. Desde entonces he rehuido siempre contacto <<carnavirtual>>. Eso me marcó, porque, además, ni siquiera llegué a excitarme. ¡Fue frustrante!<sup>4</sup>

Puede ser poco común encontrar a alguien que haya sido ciberviolado o hasta parecer absurdo, pero no hay que olvidar la cantidad de personas que ingenuamente aceptan platicar con cualquier desconocido en un chat y se dejan llevar por las palabras. No hay que olvidar tampoco que esta forma de comunicación desinhibe a los usuarios: los transforma y permite que se muestren como en realidad son y sin miedo ante las críticas.

En el caso anteriormente expuesto, los sentimientos estuvieron presentes en la persona que relata lo que le sucedió, no conocía muy bien el medio en el que se encontraba y le resultó fácil entablar una conversación con cualquier persona, entrar en un juego sexual-escrito y esperar una respuesta afectiva de con quién se encontraba platicando.

¿Qué se siente que te hayan utilizado para *desfogarse*? Esta ciberviolación puede ser un caso excepcional, aislado, pero los usuarios que buscan placer sexual a través de las palabras escritas abundan en las salas de chat. Gente que se excita y se *prende* si les escribes cosas *sucias* y si les envías alguna foto, te convertirás en el o la protagonista de sus fantasías, aquellas que todos tenemos pero que aún se siguen tachando como inmorales.

---

<sup>4</sup> *Op. cit, p. 86*

Personas que con la protección de la plática a distancia parecen indomables, pero cuando llega el momento de estar frente a frente no pueden ni siquiera sostener la mirada. Definitivamente nunca tienen tiempo para salir (o lo que es lo mismo, no se atreven a enfrentarse a la gente real en el mundo real).

*Me gusta que me escriban cosas sucias, pero no me gusta hacerlas.*

De regreso al caso de la ciberviolación, es evidente que la persona con la que el <<Usuario 3>> platicaba ya tenía mucha experiencia para llevar la conversación hasta donde él o ella deseara. En este caso, una plática-sexual-autodidacta. Sin importarle que si la persona, en este caso el Usuario 3, estaba totalmente dentro o fuera del mismo juego, ni mucho menos cómo se sentía. Hasta cierto punto es una comunicación egoísta.

Es peligroso porque juegan con tus sentimientos, a la vez te hacen una persona maleable. Cuando entras (a un chat) por primera ocasión, entras con cero malicia, entonces la gente te maneja mil historias, mil cuentos, te ilusionas, te enamoras de una imagen que ni siquiera es cierta. Ni siquiera tienes noción si es cierto, real, o qué tan real son todas las palabras que te dicen: si te aman, realmente, si te ilusionan, es muy malo.

Daniel Huitrón – Estudiante de Economía

Y a la pregunta de qué lo lleva a confiar en un desconocido, Daniel responde:

Yo creo que es el hecho de que a veces ya caes como en tristeza, te sientes solo, sientes que no vas a conocer el amor y como que lo buscas por cualquier parte, por cualquier lado.

## CAPITULO II. EN INTERNET ERES QUIEN QUIERES SER

### 2.1 El ciberespacio y tu otro yo

*La imagen que uno tiene de sí mismo se virtualiza, no se es tan grande frente al espejo como cuando está en la pantalla, enteramente diferente. El usuario se encuentra en un universo problemático en su vida real. Cuando conecta a La Red esto ya no es así.*

Beatriz Búrdalo, *Amor y sexo en Internet*

Sin la mentira nuestras vidas serían un caos. Mentimos para evadir responsabilidades, para no ser regañados, mentimos para agradar a alguien o pertenecer a una comunidad. Quien quiere llamar la atención miente y crea historias que hagan pasar su vida simple como algo extraordinario. Mentimos para no dar largas explicaciones (“¿cómo estás?; bien, gracias”) o porque no tenemos ganas de salir con nadie (no tengo dinero, tengo mucho trabajo, me siento mal).

Mentimos,  
mentimos todo el tiempo.  
mentimos cuando le decimos te amo, solo para coger (sic) una vez más<sup>5</sup>,

Y en Internet, cuando tenemos la intención de conocer gente, es más común decir algunas mentiras. Cambiarnos el nombre, la edad y quizá determinadas características físicas para parecer interesantes y agradables. Mentimos al tomarnos fotos cuando buscamos nuestro mejor ángulo. Mentimos cuando las editamos para corregir o minimizar nuestros defectos físicos.

El anonimato nos brinda la facilidad de alterar tanto como queramos nuestra realidad, a nosotros mismos. Navegando en Internet podemos ser anarquistas, románticos, poetas, exhibicionistas, muy amigables o misántropos. La cara de la moneda cambia, entonces la vida que llevamos fuera de la conexión a Internet se transforma en la mentira. Somos lo que escribimos cuando navegamos por la

---

<sup>5</sup> <http://elamordelauramedeprime.blogspot.mx/2012/03/mentiras.html>

Web. Somos recatados cuando estamos con nuestra familia, en mayor o menor grado frente a nuestras amistades o pareja. Pero cuando nadie nos ve –como diría Alejandro Sanz- buscamos amistades de cualquier punto del globo, expresamos nuestras fantasías y buscamos con quién cumplirlas, la lúcido nos guía, el terrorista interior planea, el analista político-económico-social emerge de nuestras profundidades para explicar la realidad aunque nadie se lo haya pedido. Cuando nadie nos ve somos nosotros mismos y no lo que las reglas sociales, éticas y morales nos obligan a ser.

Cuando nadie me ve  
puedo ser o no ser  
cuando nadie me ve  
pongo el mundo del revés  
cuando nadie me ve  
no me limita la piel  
cuando nadie me ve  
puedo ser o no ser  
cuando nadie me ve.

*Cuando nadie me ve*  
Alejandro Sanz

Buscamos personas que les gusten las mismas cosas que a nosotros. Gracias a Internet uno ya no está solo y es relativamente fácil encontrar gente que, al ser compatible con nuestros gustos, no nos juzgue ni nos crea locos, enfermos, anormales. Aunque sea de manera temporal, pues cuando terminamos con la navegación y regresamos a la vida real, aquellas amistades y deseos y fantasías regresan al cajón de los deseos reprimidos. Esperando la siguiente ocasión en que nos sumerjamos al mundo virtual en donde estamos a gusto, donde hay quienes posiblemente nos esperan para salir del tedio, del horror que puede ser la vida común, las reglas, lo correcto o intolerable.

Y cuando no estamos *online* volvemos a odiar a los anarquistas, nos asquea lo romántico, nos da pena hablar del sexo y sus innumerables prácticas, estamos en contra del sistema, pero nos callamos y nos sometemos.

mentimos cuando decimos que no nos masturbamos, jamás.

[...]

mentimos cuando le decimos a todo el mundo que nos parece infantil el amor y cara la cerveza<sup>6</sup>.

Al vivir en una sociedad en la que el tema del sexo aún es motivo de sonrojarse, Internet vino a ser el tubo de escape que nos libera de esa represión y castidad heredadas. En la forma tradicional, los amigos se consiguen en la escuela, el trabajo o cerca de tu casa. En la forma tradicional el sexo se consigue con tu pareja o pagando. En la forma 2.0 amistad, amor y sexo los encuentras en Internet. Pero esto no se lo dices a –casi- nadie.

La tradición nos dice que salir con alguien que no conoces es peligroso. Las noticias se han encargado de difundir casos de gente que se cita con alguien que conoció por Internet y resultan robados, violados o asesinados. Las noticias se vuelven una alerta, no corras riesgos, nos dicen. Pero la curiosidad es más fuerte: chat, redes sociales, amistad/amor/sexo o lo que salga. Ocio, si estás aburrido, conéctate y busca gente para pasar el rato, nadie te asegura que no encontrarás al amor de tu vida o al amigo inseparable que estará contigo en las malas y en las peores. O por lo menos un acostón; el cuerpo pide, el sexo mueve.

La poca confianza, la vergüenza obligan a que con nuestra familia no hablemos de sexo, ni de condones, ni de posiciones sexuales, mucho menos de nuestras fantasías o prácticas sexuales. Qué incómodo y qué van a pensar cuando sepan que su hijo/hermano/sobrino/nieto... conoce los jabones chiquitos de los hoteles. O tiene variedad de condones escondidos en su cuarto. O entra a las sex shops con tanta naturalidad como si entrara al súper. Yo nunca he ido a un cine porno, en mi computadora no tengo material pornográfico descargado de Internet ni revistas obscenas escondidas en mi cuarto. Ese baúl bajo llave en mi armario sólo tiene recuerdos de mi infancia. Mamá, papá, tíos, familiares en general: véanme, no soy un enfermo.

---

<sup>6</sup> Ibídem

Con nuestros amigos todo es distinto; con ellos hablar de sexo es normal, común, un tema que ya pasa de largo. Aunque es probable que no les contemos todo lo que nos gusta, habrá cosas que nos dé pena externar aún con la gente de confianza o simplemente no las decimos por creer que los demás no las entenderían. Entonces necesitamos de otros individuos que tengan gustos afines a los nuestros, personas que nos entiendan y con quien estemos en confianza para hablar, planear y realizar esos actos que nos mueven. En ese momento es cuando el ser que vive y se mueve en el mundo real queda guardado y surge aquella persona que tiene que satisfacer sus otras necesidades. Sale a flote el otro yo.

mentimos cuando juramos con lágrimas en los ojos, que nosotros jamás haríamos, eso.

[...]

mentimos cuando estamos solos,  
mentimos cuando estamos acompañados<sup>7</sup>,

La naturaleza nos dio inteligencia, nos dio el lenguaje, una postura erguida y un par de pulgares con los que hemos construido la civilización. Y al mismo tiempo nos dio ese impulso sexual que nos mueve a querer vernos bien, oler bien y convertirnos en el macho-alfa-semental o en la mujer-sensual-atractiva que trae a cualquiera a sus pies.

Porque si no fuera por un deseo sexual intrínseco, ¿para qué preocuparnos por usar ropa que resalte ciertos atributos físicos? Los escotes, las camisas abiertas, los zapatos de tacón, la barba bien rasurada o delineada, los labios de carmín, un buen perfume, la pose sugestiva para la foto que irá a parar a algún sitio de ligue en Internet o el carro del año pasarían a tercer plano. El deseo sexual nos mueve. Pide a alguien que te cuente un chiste, es muy probable que tenga tendencia a lo sexual. Los anuncios publicitarios tienen carga sexual para llegar a los consumidores. En el arte, en la música, en la fotografía, en las anécdotas está el sexo. Ni siquiera en *La Biblia* pasa de largo. Somos seres sexuales y eso es el motor de cada uno de nuestros actos. Un saludo a Freud.

---

<sup>7</sup> Ibídem

Así es este mundo, por lo menos en este lado en el que nos tocó vivir. Y con todos estos ataques hacia nosotros consciente y subconsciente, ¿cómo esperan las personas convencionales que reprimamos aquellos deseos y fantasías sexuales con los que la naturaleza hizo el favor de llenarnos y que el mundo se encarga de sobrecalentar?

La Red se ha convertido en aquel tubo de escape de cientos de individuos que buscan ser escuchados, encontrar personas que sean afines a ciertos placeres o mostrarse, sin miedo, y externar aquello que quisieran ser o hacer en el mundo real. Podemos ser quienes queramos, expresarnos sin límites. Cambiar nuestra personalidad, nuestra forma de hablar y de pensar, la Red lo permite. Podemos construir la vida que anhelamos, las fronteras desaparecen. Si en la vida real no tengo la facilidad de hablar con cualquier persona, en la Red el papel se invierte y puedo platicar con personas que se encuentren en cualquier punto del planeta sin miedo, sin avergonzarme o patinar con las palabras. El único límite es el idioma.

Si estoy de mal humor, siempre habrá alguien en la Red con quién quejarme y que me entienda; si me siento deprimido, no faltará quien me dé ánimos, aunque no me conozca. La solidaridad en Internet está presente. Casi cualquier usuario te escribirá palabras de apoyo. Y al mismo tiempo, es más sencillo que uno se vuelva un excelente consejero o anarquista amedrentador: si odias a tu gobierno, pero no te gusta asistir a las marchas en contra, puedes publicar tus amenazas al sistema, retuitear o compartir memes, imágenes o pensamientos desde la comodidad del hogar sin preocuparte por ser detenido y remitido al Ministerio Público (aparentemente vives en el anonimato, pero en el momento en que pueden rastrear tu dirección IP y tener un registro de los sitios que has visitado al igual que tus conversaciones que creías “privadas”, la seguridad del anonimato en la Red se vuelve una falacia).

Puedes ser tan guapo o guapa como el Photoshop lo permita. Tan varonil o femenina como te salga la pose *pal Face*. Puedes presumir de tener un extenso grupo de amistades o ser una persona que disfruta de viajar mucho. Aunque sea al Centro Histórico. Todo está permitido, eres libre de publicar o contactar a quien

desees. Todos tenemos algún grado de mitomanía cuando nos conectamos a la Red; de lo contrario, el éxito para conseguir amigos, citas o sexo casual no sería seguro. Mentimos para existir, pero cuando nos mienten nos sentimos ofendidos. Yo sí puedo omitir detalles de mi persona o de mi cuerpo, pero tú no. Entonces cuando veo que fui “engañado”, Internet se convierte en una farsa, en un medio en el que no se debe confiar, decimos que no volveremos a creer ni a buscar gente en la Web. Evidentemente estamos mintiendo.

mentimos cuando no tenemos amor.  
mentimos cuando queremos agradar,  
mentimos cuando nos enamoramos,  
    mentimos cuando chateamos,  
    le mentimos a nuestros padres,  
le mentimos a nuestras amantes,  
    le mentimos a nuestras novias,  
    le mentimos a nuestros hijos,  
        [...]  
    le mentimos a la radio,  
    le mentimos a todo el mundo,  
nos mentimos a nosotros mismos,  
    cuando no somos felices.  
    eso es todo,  
    *vivimos mintiendo*<sup>8</sup>.

---

<sup>8</sup> Ibídem

## 2.2 Si éxito quieres tener en el chat, un buen *nickname* debes usar

### Pseudónimos o *nicks*

Es una palabra y uno la puede elegir a su gusto, siempre y cuando no haya otra persona que ya la haya utilizado en ese mismo sitio.

La ventana de ingreso a cualquiera de los servicios de *Internet Relay Chatk* te pedirá que introduzcas tu Nick o seudónimo antes de conectarte a la sala de chat y permite interactuar con otros usuarios. Lo cierto es que allí se puede poner cualquier cosa, siempre que ese seudónimo no haya sido utilizado por otro participante.

El nick es importante al momento de entrar a algún sitio de chat ya que éste puede ser la llave que le dará al usuario el éxito con otros usuarios de la sala. Es por eso que se debe elegir un bien pseudónimo.

*“Es muy interesante porque cuando usas un nick así con un nombre común como David, Daniel23, XóchitlDF es raro que alguien se interese en ti. Casi nadie te pela. Sin embargo, cuando usas un apodo más grosero así como "excitado", así más efectivo la gente ya inmediatamente te contacta y es cuando empieza la charla”.*

Daniel Huitrón, estudiante de Economía

Rocker\_girl, activo\_26, andres\_solero, carolin4, casadita\_sola2, KieroGorditas, sexoadicta... son algunos de los *nicks* que los usuarios eligen para identificarse en las salas de chat

En estos ejemplos de pseudónimos, sin conocer a la persona detrás de cada alias, podemos saber que: uno de ellos es gay y además nos dice cuál es su rol en la intimidad y posiblemente su edad (activo\_26); a otro le gustan las mujeres gorditas (KieroGorditas); hay una mujer que vive sola y además es casada (casada\_sola2); una mujer que dice ser adicta al sexo (sexoadicta). Aunque parezcan razonamientos simples, uno ya sabe qué busca o qué ofrece el otro sin haber iniciado una conversación. Aún así, no hay que creer ciegamente en la

información que ofrezca el nick. En el mundo virtual así como en el mundo real siempre es recomendable dudar aunque sea un poco.

El alias representa aquello que queremos destacar de nosotros mismos o lo que por nuestros intereses personales nos mueven en el chat.

En canales referidos a amor y sexo es frecuente encontrar alias con cierta carga sensual (mimosa, Susurro, tulove25, Eros); sexual, añadiendo simplemente una <<X>> al final del nick (CarloX); e incluso, grosero (cachonda, k-liente, PnEtRaToR)<sup>9</sup>

*Es un mundo virtual, sin duda, donde cada nickname es una historia*

---

<sup>9</sup> Búrdalo, Beatriz, *Amor y sexo en Internet*, p. 163.

### **2.3 Exposición de caso 1. En internet eres quien quieres ser: Daniel**

A Rafael lo conocí en elchat.com una noche en la que, además de solo, me sentía triste. Vivía en una soltería autoimpuesta a la que ya le estaba tomando afecto. Después de varios tropiezos me forjé la idea de que lo mejor era permanecer soltero. No estaba totalmente cerrado a una relación, pero ya no era prioridad. Había otros aspectos que me preocupaban más como la escuela (estudiaba una carrera económico-administrativa) o el trabajo. Familia y amigos tenía, y me querían, además a los 23 años uno no debería preocuparse por estar soltero, eso hay que dejárselo a la gente mayor, si tienes 40 años o más y sólo vives con tu perro o tus diez gatos, ¡cuidado! Ahí es cuando se encienden las alarmas. Aunque hay quienes dicen que el amor puede llegar a cualquier edad, eso no lo pongo en duda, ¿quién habrá dicho eso? Seguramente alguien que a los cincuenta años sigue esperando al amor de su vida. La esperanza siempre muere al final, pero yo no quiero esperar tanto. Pero apenas tengo 23, no he de preocuparme aún por no encontrar al amor de mi vida.

Así que aquella noche abrí el sitio de chat y entre a buscar, quería hacer amigos, conocer nuevas historias, uno nunca sabe lo que pasará cuando platica con extraños. No era la primera vez que lo hacía, no soy de los hombres que cuando salen le hablan o saludan a quien me guste, en ese aspecto soy muy retraído, por eso se me facilitaba más socializar vía Internet. La primera vez que entré a un sitio de chat fue por pura curiosidad, si mi memoria no falla, a latinchat.com y ahí comencé a platicar con otros hombres. Me fue más sencillo y agradable, no los veía a la cara y eso me hacía sentir seguro. Además de que procuraba en todo momento relacionarme con gente que no fuera muy morbosa, me atraían más aquellos hombres que les gustaba platicar *en buen plan*.

Una vez conocí a un chavo que vivía en Chicago, o por lo menos eso él me dijo, lo recuerdo en especial porque desde el primer momento sentí que hubo clic, aunque estábamos a miles de kilómetros uno del otro y que en un principio no sabía cómo era él físicamente, me gustó. No sucedió nada extraordinario, él jamás vino a la

capital y yo nunca viajé a Chicago. Todo quedó en puras conversaciones hasta que un día simplemente perdimos la comunicación.

Fue por eso que sólo decidí conocer gente de mi área, que viviéramos en la misma ciudad. Y así fue como contacté a más gente, tuve muy buenas experiencias con las personas que salí. Dos novios surgieron del chat. Con uno de ellos me la pasé exageradamente bien y con el otro sólo bien.

Con todas esas experiencias más el sentirme solo y si le añadimos que tenía Internet en casa, se me ocurrió volver a buscar gente en una de esas páginas de chat. No perdía nada y quizá podría conocer a alguien interesante.

No recuerdo qué hora era, sólo recuerdo que en casa ya todos estaban dormidos, afuera hacía un poco de viento y en la calle sólo escuchaba el ladrido lejano de los perros. No niego que me sentía raro, yo también debería estar acostado. ¿Habría alguien conectado? Me pregunté. Pregunta estúpida porque a todas horas, cualquier día del año y pase lo que pase siempre habrá alguien en línea. Podría ser hoy mismo el Apocalipsis y aún así habría personas conectadas. Así que entré: el chat.com, ¿qué sala: amigos, cybersex, amor...? ¿Qué es lo que en verdad quiero? Amigos.

El tiempo vuela cuando uno entra a esas salas de chat. Cuando me di cuenta ya había pasado casi una hora y media, afuera se escuchaba el golpe del viento en las hojas de los árboles y el silbato del velador que empezaba sus rondines. Ya tenía mucho sueño. En el chat el ambiente estaba flojo, muchas palabras pero nada que atrajera mi atención. Platicaba con algunas personas pero a las pocas líneas se perdía el interés, caíamos en las típicas preguntas: cómo estás, qué haces, de dónde eres, qué te gusta. Y luego yo cerraba la ventana de conversación. Además de solo también estaba aburrido. Debería estar dormido, pensaba, ir a la cama y olvidarme de todo esto, mañana despertaré y me sentiré mejor, sólo tengo que descansar. Pero había algo que no me permitía apagar la computadora, creo que era la esperanza de conocer a alguien esa noche, eso era: no quería ir a la cama sin haber hecho por lo menos un amigo.

Ya, en el límite de mis fuerzas y a pocos clics de cerrar todas las ventanas, alguien me habló. Era un chico que me contacto pocos minutos después de que entré al chat. Pero lo ignoré porque su plática me pareció aburrida. Me dijo que se retiraba a dormir pero que me dejaba su Whatsapp para seguir en contacto. No le di importancia, fríamente me despedí de él y le dije que lo agregaría. Antes de terminar la sesión, en una hoja maltratada que estaba junto a la computadora anoté su número. Fue hasta la tarde del día siguiente que lo añadí a mi lista de contactos del celular y casi veinticuatro horas después le mandé el primer mensaje: hola, soy Daniel, ayer me pasaste tu número en el chat.

Contestó casi inmediatamente, por sus repetidos signos de admiración en el primer mensaje entendí que estaba muy alegre. ¿Será así con todos, en su vida cotidiana? La plática duró poco esa noche pues yo me sentía cansado y no tenía ganas de platicar.

Se despidió igual de efusivo que cuando me saludó unos mensajes atrás. Al final me dijo: espero verte pronto. No lo tomé en cuenta. Al día siguiente me mandó un mensaje temprano: hola, buen día. No le respondí inmediatamente, no por falta de interés sino porque se me había hecho tarde. Horas después y con calma, lo saludé y vi su foto, no se veía mal, pero no me gustó, además ya no confío en las fotos pues engañan, una foto es una gran mentira. Aún así no estaba interesado en conocerlo. Pero dejé que la plática fluyera, quizá en algún punto encontraría algo en él que me atrajera o que me decidiera a eliminarlo de mi vida. Aún estaba a buen tiempo.

Rafael me escribía diario, supe que era judío, que tenía veintidós años, que era alto, guapo y pudiente. O por lo menos eso él me decía, yo le creía pero con mis reservas. Me dijo que vivía cerca de Lindavista, qué suerte, igual que yo. Y más suerte porque Rafael vivía muy cerca de un exnovio mío, eran casi vecinos. Eso me movió, podía ser el pretexto perfecto para regresar a aquellos rumbos, desde entonces cada vez que hablaba con Rafael pensaba en mi ex.

¿Cuándo nos vemos? Me preguntaba Rafael constantemente. Yo siempre le decía que no podía, que estaba muy ocupado. No era mentira, con la escuela y el trabajo en verdad casi no tenía tiempo ni siquiera para mí. Por otro lado, yo no estaba interesado en él.

Hasta que un día accedí, no sé en verdad por qué lo hice, quizá porque estaba en mis cinco minutos de extremo buen humor. ¿En dónde estás?, me preguntó. En Buenavista, en la plaza, respondí. No tardó en llegar, dijo.

Fue algo muy repentino, no lo tenía planeado, me puse nervioso, pero sería la oportunidad perfecta para saber quién y cómo es en verdad la persona con la que había platicado las últimas semanas. Me preguntaba cómo sería en la realidad, ¿payaso, un psicópata, será guapo, será buena onda...? En mi mente creaba la escena: yo visito a Rafael a su casa y casualmente me encuentro a mi ex, él me ve y yo tomé del brazo a Rafael, quizá y sólo quizá le doy un beso, uno superficial, nada que me comprometa demasiado y veo a mi ex poniéndose celoso. ¿Me hablará, se irá y me buscará después, le valdrá madres que yo salga con otro? Lo siento Rafa, no es que te quiera utilizar, pero tú eres el medio, tú no tienes la culpa, yo tampoco, ¿quién te manda a vivir cerca de un ex?

En esos pensamientos estaba cuando sonó mi celular, ¿qué onda dónde estás? Me pregunta amablemente. Se escuchaba contento. Yo nervioso, pero hay que dejar que todo fluya. No es la primera vez que voy a verme con una persona que conocí en el chat. Ya conozco la mecánica. Estoy en Bisquets Obregón, le respondo. Rafael no sabe en dónde están, le digo que entré a la plaza, que están inmediatamente. Los minutos que tarda en llegar hasta donde yo estoy parecen interminables, la incertidumbre me inquieta, ¿cómo será? ¿y si no me gusta? ¿y si es un loco? En casa nadie sabe que hago estas cosas, si mi mamá se enterara a lo mejor me llevaría con un psicólogo porque ella dice que este tipo de citas no son seguras. Trato de no pensar negativamente, quiero pensar que el tiempo que pase con esta persona será excelente.

A mi mente llegan los recuerdos de primeras citas que tuve, estaba más nervioso y casi quería salir corriendo antes de que llegara la otra persona. Era un ingenuo en aquellos años, hace seis años aproximadamente que comencé a verme con personas del chat. Al final la cita resultaba agradable, no me arrepentía y hasta me sentía motivado a seguir conociendo hombres por Internet.

Veo que alguien se acerca, nos reconocimos al momento, no por las fotos sino porque ambos estábamos igual de nerviosos y, al no conocer el lugar, Rafael entró con inseguridad. Es él, pensé mientras me acercaba. Mucho gusto, soy Daniel; hola, yo Rafael.

No es que me haya arrepentido, entiendo que cada quien somos de determinada manera y que el comportamiento y las actitudes individuales están regidas por lo que hemos vivido. Pero Rafael era gay, no sólo eso, era mega gay. Y yo respeto eso, pero no es el tipo de personas que me atraen. Lo primero que pensé: esto no va a funcionar. El pensamiento inmediato: debí irme a casa. Pero ya estaba allí, no encontré las palabras para cortar la cita. En persona era muy distinto a su foto: calculé su estatura: no más de 1.70, delgado, tez clara, cabello negro y peinado *con los pelos parados* como diría mi mamá, llevó mezclilla, tenis Converse, camisa roja y chamarra, traía además lentes negros, los cuales se quitó cuando se acercó a mí, hecho que agradecí pues tengo mi opinión sobre las personas que portan lentes negros en lugares cerrados o cuando no hay sol, opinión que me voy a reservar. Se veía limpio, acicalado, pero no parecía la persona con la que había hablado, no porque haya puesto o me haya mandado una imagen que no era de él, pero como suele suceder: para las fotos uno busca su mejor ángulo y si buscando tu mejor pose te ves bien, entonces la edición corrige los detalles.

¿Qué quieres hacer? Le pregunté más por formalidad y por costumbre que por saber qué quería él hacer. Ese día yo no llevaba mucho dinero, estaba muy limitado. La costumbre dictaba que la otra persona me respondería: no sé, lo que tú quieras. Y entonces yo le diría: vamos a caminar y platicar. Gran parte de la tarde se iría en esas dos actividades, yo gastaría muy poco, él tampoco gastaría y nuestros bolsillos felices. Pero Rafael rompió con esa costumbre no dictada de ir a

caminar. Me dijo que quería ir a comer. Fue una respuesta que no esperaba. Güey, le dije un poco alarmado, no traigo mucho dinero, mejor vamos a caminar. ¡No seas mamón! Me dijo en un tonó golpeado. Su respuesta me sorprendió así que accedí, no vi otra salida, me agarró *en curva*. Entramos a Los Bisquets. Pedimos una mesa, yo me sentía incómodo. Pero ya estaba ahí, en mi mente buscaba o planeaba una salida: lo siento es que me estoy sintiendo mal. Me acaban de hablar del trabajo tengo que regresar. Mi mamá se puso grave y está en el hospital tengo que ir a verla. O definitivamente esperar a que él fuera al baño o se alejara de la mesa y yo emprender una ágil huida.

¿Quieres comer aquí? Me preguntó, en su voz había altivez, soberbia. No, me siento algo incómodo. Nos levantamos, salimos, antes de irnos preguntaron si no íbamos a pedir nada. No, contestó Rafael, soy judío y solamente como pura comida judía, ¿o tienes ese tipo de comida? Yo lo veía y me arrepentía por no haberme regresado a casa.

Salimos de la plaza, ¿adónde vamos? Le pregunté procurando no mostrarme alarmado. Tú sígueme. Tomamos un taxi y al llegar a nuestro destino Rafael me pidió 20 pesos. Un golpe a mi bolsillo, un gasto que no tenía contemplado. Entramos a otro restaurante. Tan preocupado estaba que ni siquiera me fijé en el nombre del lugar. Sólo entramos, yo detrás de él, mirando a mi alrededor: los clientes, los meseros, la decoración del lugar. No ha de ser barato comer aquí, dije para mí mismo, y si piensa comer aquí... Oye, en verdad, no tengo dinero. Se lo dije en voz muy baja, una confidencia, una alerta para salir de ese lugar antes de endeudarnos y tener que dejar hasta el alma. No importa, yo pago, me respondió. Era una persona totalmente distinta, no era el Rafael que había conocido en el chat, ni con el que platicaba por Whats. Aquel era una persona amigable, sencilla; éste era un hombre prepotente y altanero. Nos sentamos y pedimos. Pero su mal comportamiento iba en aumento, hablaba fuerte, le hacía preguntas a la mesera, no le importaba que hubiera gente alrededor, parecía querer llamar la atención a como diera lugar. Yo quería salir de ahí, irme, regresar el tiempo hora y media y no aceptar la cita.

Rafael no se limitó al pedir comida, después se extendió hasta las bebidas. Comía y bebía como monarca. Yo no, la pena, el momento incómodo y principalmente la preocupación por la cuenta que crecía sin cesar me quitaron el hambre. Ya no teníamos mucho de qué platicar. Todo lo que queríamos saber el uno del otro nos lo dijimos por mensajería, ¿entonces para qué acepté verlo? Desde un principio fue una persona que no capturó mi interés. En las fotos se veía bien, pero hasta ahí, a diferencia de otras personas con él nunca imaginé una vida juntos. Y al verlo en la realidad, el poco encanto se fue a la basura, basura no reciclable.

Finalmente pidió la cuenta. Vimos los números, se me fue el aire, se me revolvió el estómago, me quedé pasmado. Yo pongo trescientos, me dijo al momento que dejaba caer los billetes sobre la mesa. Tú pon lo demás. Volteé a verlo como cuando miras a alguien que te acaba de delatar. En serio, no tengo dinero, te lo dije. Él me miró incrédulo, ¿entonces no tienes nada? ¡No! Estuve a punto de gritarle, pero me contuve. No manches, qué poca madre, en serio te pasas, me reclamó. Pues sí, pero yo te dije que no traía dinero, espérame, ahorita veo qué hago. Me levanté de la mesa y fui al baño, sólo alcancé a escuchar que dijo: uy no, no, no, no, puras vergüenzas contigo. Y tuve ganas de estrellarle una botella en la cabeza, pero me contuve.

Ya en el baño vino el arrepentimiento por haber contactado a una persona que no era nada mío. Pero me basé en experiencia anteriores, nunca me había sucedido algo como esto, pensé que sería igual que siempre. Tenté a la suerte, ahora me encontraba en un problemón. Le marqué a una amiga, una de mis amigas más cercanas y a la que más confianza le tenía.

- Hola.

- Hola, oye estoy en un problema, me encuentro en un restaurante y necesito que me prestes dinero.

- Claro, dime en dónde estás y voy para allá, pero dime, ¿qué pasó?

- No te puedo comentar por aquí, ahorita que llegues te platico, pero por favor, ven.

Pedí la dirección y se la pasé, pero mi amiga estaba muy lejos así que tardaría en llegar. Regresé a la mesa, ahí estaba Rafael muy tranquilo, ¡tranquilo! No teníamos para pagar la cuenta y él como si nada. Eres un estúpido le grité en mi mente, tanta madurez cuando platicábamos y aquí eres un estúpido.

Ya le hablé a mi tía, me dijo con el mismo tono déspota, ya no te preocupes, ella vendrá y nos prestará dinero. Ya, tranquilo, vamos a seguir pidiendo, total, ahorita viene mi tía y nos paga. ¡Pedir más! Yo sentía que la mesera nos presionaba, quizá sospechó que algo andaba mal con nosotros. Nos preguntó si ya nos cobraba, Rafael le respondió que no porque seguiríamos comiendo. Ni modo, pensé, si veo que esto se pone mal en último caso les dejo mi celular o a ver qué cosa hago.

Pasó el tiempo y nadie llegaba: ni mi amiga ni su tía. Justo cuando miraba hacia la salida con preocupación, se estacionó una camioneta. De ella bajó una señora chaparrita y gordita, tez blanca y se dirigió hacia nosotros, ¿su tía? Pensé con alivio. Al verla me dio la impresión de que no era la primera vez que algo así pasaba.

- ¿Cuánto es? Preguntó la señora.

- ¡Ay, ya llegaste pinche gorda! Llegaste a chingar la madre, mejor llégale, le gritó Rafael. Yo me quedé frío, paralizado, no sabía adónde voltear o cómo reaccionar. Se me nubló la vista, no veía ni a los otros clientes ni a los meseros ni al mundo a mi alrededor, la situación se tornaba terrible.

- Me habló tu tía, dijo la señora, tu tía está enferma y tú le marcas para pedirle dinero, ¿por qué le haces eso? ¿por qué no me marcaste a mi, hijo?

Lo veía y lo oía y lo volvía a ver y a oír y no lo creía, ¿hijo? ¡es su hijo y él la trata así! Sentí pena por la señora y por mí. ¿Y el papá? Un adorno nada más, el proveedor y hasta ahí, pues él no decía una sola palabra, se mantenía a distancia.

- ¡No vengas a chingar, me estás avergonzando con mi amigo!

- Dime ya cuánto es.

- Ya te dije que le llegues, nada más paga y vete, me voy con mi amigo a tomar.

¡Pero si no tienes dinero güey! Decía dentro de mí. No sabía que existían personas así, alguna vez me platicaron de gente así de prepotente pero en mi vida imaginé conocer a uno.

- No, le dijo su mamá un poco molesta, ahorita mismo te me vas para la casa.

- Ya te dije, chinga, que me voy a tomar con mi amigo o por lo menos déjame tomar en la casa y me compro un *six*.

Su mamá le pidió el dinero, Rafael le dio los trescientos pesos y ella puso el resto. Le dijo que se fuera, su mamá muy molesta salió del restaurante, antes se acercó a uno de los meseros y le ordenó que ya no nos sirvieran nada más. Yo quería que un meteorito cayera y me aplastara, estaba avergonzado, me sentía mucho peor de cuando llegue. En verdad me arrepentí millones de veces por haber aceptado salir con él.

Rafael me volteó a ver, ¿oye, hay problema si me quedó en tu casa? Me volvió a agarrar *en curva* y le dije que sí, cuando en realidad le hubiera gritado que no. En ese momento debí salir del restaurante e irme corriendo, lejos, ya no quería saber nada de esas personas. Pero estaba tan apenado por la situación que no tenía fuerzas para levantarme. Entonces voy por ropa a mi casa. Yo le respondí con un seco ¡ajá!. Salimos rápidamente del restaurante, cuando estábamos afuera se estacionó frente a nosotros la camioneta de sus papás. Era una camioneta grande, bonita, se veía que era una familia de dinero. Rafael me ordenó que me subiera. No, yo te espero, ¡qué te subas! Me habló tan agresivamente que mi carácter flaqueó y me subí, me sentí muy tonto.

Ya dentro del vehículo su mamá sacó el carácter: ¡te pasas, siempre haces las mismas pendejadas, ya ni porque te acabas de componer!; pero es que ya estoy

harto de que digan que por mi culpa se murió mi hermana, ¡chinga!; ¡pues sí, por ti se murió tu hermana, por tus pendejadas!; ¡es que ustedes me odian, me echan la culpa de todo!; Pues dile a tu amigo, terminó de responderle la señora, de la vez que me pegaste con un cuchillo, ¡dile! ¡dile!; ¡ya cállate mamá!

Yo tenía ganas de abrir la puerta y lanzarme de la camioneta en movimiento, quería aventarme aunque me atropellaran, a ese nivel había llegado mi desesperación. En todo momento hubo insultos, los más horribles que te puedas imaginar, su papá no decía mucho pero en su cara se reflejaba un carácter monstruoso. Yo pensaba que el señor también a mí iba a golpearme. Y me golpeó de la peor manera que me hubiera imaginado: ¡ya cabrón, le gritó a Rafael, estoy harto, en este instante agarras tus chingaderas y te vas con tu amigo o con quien quieras!; ¡sí, perfecto, voy por mis cosas!

Yo estaba estupefacto, ¡ehhh! ¿Cómo que se va a vivir a mi casa? ¿Quién se creen para decidir quién vive conmigo? Unos minutos antes comenzaban a caer unas cuantas gotas de agua que con el paso de los minutos arreciaron y terminaron en una tormenta.

Bajamos de la camioneta y le dije a Rafael: ve por tus cosas yo aquí te espero afuera; no, entra; no, corre ve, yo aquí te espero; bueno, pero me esperas. Y entró. No lo pensé, di media vuelta y me eché a correr, lejos, muy rápido, no tuve el valor para decirle que no, que hasta ahí habíamos llegado, no tuve el valor para despedirme, corrí y corrí bajo la tormenta, ni siquiera me importó adónde iba, estaba también muy enojado. No sé qué distancia corrí, me detuve después de unos minutos porque sonaba mi celular. Era mi amiga, ¿en dónde estás?

Llegué adonde estaba mi amiga, llegué empapado por la fuerte lluvia y porque un carro pasó muy rápido y me salpico de pies a cabeza. Sin duda ese era el peor día de mi vida. Estaba a punto de ponerme a llorar. Cuando ella me vio me dio un abrazo, ahí nos quedamos unos instantes, le conté lo que me había sucedido. Al final terminé con un firme y rotundo: jamás, jamás en la vida vuelvo a salir con una persona que no conozco.

Fueron aproximadamente cinco horas desde que nos vimos hasta que terminamos en casa de Rafael. Las peores cinco horas de mi vida hasta ahora. Mi amiga me regañó, era justo. Pocos días después Rafael me mandó un mensaje, sólo decía: hola. En ese instante lo bloqueé y ahí terminé definitivamente con el contacto.

## **CAPÍTULO III. ENCUENTROS CASUALES. EL CHAT COMO MEDIO PARA ENCUENTROS SEXUALES**

### **3.1 ¿Qué tanto haces en esa computadora?**

*El sexo es el consuelo que le queda a uno cuando ya no le alcanza el amor*

Gabriel García Márquez

¡¿Qué tanto haces en esa computadora?! Preguntan los papás a su hijo varias horas después de que este ha estado sentado frente al monitor. Escuchan el golpe del tecleo, los clics del ratón, pero no saben qué ve su hijo en Internet. Probablemente aún no imaginan el alcance de la Web. Saben, porque se han enterado a través de los medios de comunicación y de pláticas con vecinos o familiares, que la Red es casi ilimitada. Que uno puede encontrar programas de televisión, escuchar la radio, platicar, mandar mensajes, descargar música, videos... y que uno también puede entrar en contacto con cualquier persona de cualquier zona geográfica con unos cuantos clics.

¿Qué pasaría si, en un arranque de curiosidad, aprendieran a utilizar la computadora y a navegar por Internet? O más sencillo: ¿cuál sería su reacción al ver el historial y descubrir cada sitio que ha sido visitado en los últimos meses/semanas/horas? En el caso de que aprendieran a utilizar el historial de búsqueda.

No serían pocos los que encontrarán enlaces a páginas pornográficas, descargas de videos, imágenes o material explícito de que su hijo/hija ha subido a determinados sitios de ligue o redes sociales. Y si de ahí tomaran el teléfono celular, pudieran descifrar la contraseña (en caso de tenerlo bloqueado) y acceder a las conversaciones de WhatsApp o a los mensajes de texto enviados y recibidos. Lo que sucedería es que conocerían a fondo al hijo/hija que consideraban incapaz de tal o cual perversión (todos somos santos hasta que alguien entra a nuestros archivos). Sabrían con más claridad a quién tienen en

casa, qué le gusta, cómo son sus métodos de ligue, con quiénes se mensajea, frecuente, a qué sitios recurre y en qué se gasta parte de su dinero y de su tiempo.

La fortuna que algunas personas tenemos es que a nuestros papás no les interesa conocer las nuevas tecnologías; ellos mismos se ponen una limitante: es muy difícil. Y gracias a que “es muy difícil”, muchos de nosotros estamos a salvo de ser investigados y que se descubran nuestros más íntimos placeres. La computadora o el celular son nuestros mejores confidentes, los únicos que conocen todos nuestros secretos, desvaríos, gustos culposos, fetiches, perversiones, amoríos y fantasías.

Por eso cuando se roban el dispositivo y esa información queda expuesta a cualquier desconocido, entramos en pánico, incluso el hecho de pensar en que toda esa información puede caer en manos ajenas, nos aterra.

*Una noche tuve una pesadilla: soñé que entraban a mi casa y robaban mi computadora. En mi sueño lloraba y me ponía como loca, no tanto por el robo en sí, sino porque en esa máquina iban fotos más privadas, mis mensajes, las fotos que otros chicos me enviaban. Porque no eran fotos comunes, sino muy “subidas de tono”.*

Ana

Pero también hemos llegamos a un punto en el que el robo “físico” ya no es el único motivo de preocupación. Los hackers han puesto en alerta a millones de usuarios. El robo de datos, el poder acceder a nuestra computadora desde otra parte del mundo le quita el sueño a muchas personas. En especial cuando vemos en las noticias cómo estos hackers logran entrar a los sistemas de información que, en teoría, deberían ser impenetrables, como sitios de gobierno, agencias de investigación, bancos, etc. Cada vez que nos conectamos a la Red estamos en riesgo de ser víctimas de estos hackers. Tanto en la vida real como en el mundo virtual estamos en peligro a cada instante, tentamos a la suerte, olvidamos que somos vulnerables a morir por un mal golpe, una profunda herida, en un asalto, un choque automovilístico, atragantados o por causa de algún virus. Y a pesar de

eso, seguimos jugando con cuchillos, atravesando las calles sin mirar si vienen carros o no, llenándonos la boca de comida porque el hambre es más fuerte que el instinto de conservación o acostándonos con quien se pueda, “sólo me pongo un condón y con eso ya estoy a salvo de no quedar infectado”.

Lo mismo sucede cuando navegamos por Internet: descargamos música, videos o imágenes de sitios que no nos ofrecen ninguna seguridad. El antivirus, creemos, lo es todo y de todo me ha de proteger. Olvidamos que somos vulnerables.

*[...] olvidar es un arte. Uno de los artes más necesarios y mal practicados que se conocen. Además, como tantos otros artes, olvidar es un arte que la humanidad toda practica muchas veces sin darse cuenta. Olvidamos. Para mal y para bien olvidamos.*

Ángeles Mastretta, *El mundo iluminado*.

Y si conjuntamos el peligro del mundo real con el riesgo que ofrece el conectarnos a la Red y relacionarnos con personas que no conocemos, pensaríamos que vivimos al límite, en el riesgo total. Pero este riesgo es minimizado cuando el deseo sexual es fuerte; en algunos casos, incontrolable. Entonces alguien se conecta a una red social o una página de chat. El interés por encontrar una amistad perdurable o una pareja es nulo. Lo que el cuerpo pide es contacto físico, caricias, besos, sexo sin amor; el único objetivo es satisfacer una necesidad fisiológica básica.

No sólo idealizamos a la pareja que deseamos, también sucede con las amistades y con mayor razón en un encuentro sexual. Nos conectamos a un sitio de chat, buscamos sexo. Dejamos que ese mensaje se hunda en la cascada de más propuestas que otros usuarios lanzan al sitio. Si no hay respuesta inmediata, de nuevo nos volvemos a hacer presentes en la sala: busco sexo. En algún momento alguien tendrá que leernos y ponerse en contacto con nosotros.

Todo comienza con un “hola”, el saludo básico, instintivo. Respondemos de la misma forma. No buscamos amigos, ni una relación estable, sólo queremos un acostón y no más. Con quién sea, piensa uno (mentira, somos selectivos, es nuestra naturaleza). El rumbo que tome la plática dependerá de cada usuario con el que uno se encuentre. Hay personas que se van despacio, como si estudiaran la situación y a la persona que está conectada al otro lado. Te hacen la plática, te preguntan por tus pasatiempos, a qué te dedicas, en dónde vives, qué edad tienes, etc. Hasta que el objetivo sexual se pierde, se disuelve en un mar de preguntas y respuestas que llevan a la nada, a terminar la conversación con el típico “seguimos en contacto”. Otros van directo al asunto: ¿por dónde estás? ¿quieres coger? ¿tienes lugar? Tengo carro, dime en dónde estás y paso por ti o tengo lugar, ven a mi casa ahora (así sean las tres de la madrugada, habrá quienes te digan “ven ahora”).

Ahí empezamos a idealizar a la otra persona, en nuestra imaginación le damos un rostro, un físico y una personalidad conforme a lo que queremos encontrar. La gran ventaja de una conversación “a ciegas” es que le das rostro al desconocido y ese desconocido es la persona de tus sueños (hasta que se conocen en la realidad y la fantasía se fortalece o se vuelve mil pedazos). La edad es importante, hay personas que son precavidas y no se involucran con menores de edad (porque existe un castigo penal, de lo contrario la edad no sería un impedimento). Una vez que sabemos con quién platicamos es mayor de edad, el proceso continúa, a cada palabra el acto sexual está más cerca.

*La idealización de la pareja es una construcción social inculcada a todos y todas y siempre se dio y ha dado en nuestras relaciones de pareja.*

Ana Lilia Hernández, psicóloga

No importa que estemos poniendo en riesgo nuestra vida, se nos olvida que al contactar a cualquier persona por Internet nos exponemos a ser asaltados,

secuestrados o hasta asesinados. Lo que buscamos es cumplir alguna fantasía, desde un lugar en especial (terrenos baldíos, en los baños públicos de algún centro comercial, en un consultorio médico), hasta una profesión en específico. Lo que deseemos hacer ya no tiene por qué esperar, Internet ha acortado ese camino, a hecho más breve la espera y más cercanas a cumplir nuestras fantasías más ocultas. Nuestro olvido de malas experiencias pasadas, de fatales experiencias que, hemos sabido, les han ocurrido a otros, es lo que nos impulsa a exponernos a una enfermedad, a un ultraje o a pasar el momento más placentero del día con un desconocido.

*Empezando por la muerte, mil cosas olvidamos para poder vivir. Y aunque no lo aceptemos, tal vez quienes mejor olvidan mejor viven.*

Ángeles Mastretta, *El mundo iluminado*

Y así como existen personas que buscan el contacto físico, real (con el riesgo que esto puede implicar), contrariamente hay quienes no buscan más allá de una plática erótica, es decir, cibersexo.

*El cibersexo es el consumo de sexo a través de internet, sea mediante chats (con o sin webcam), cuya temperatura erótica va ascendiendo o mediante webs pornográficas, cuya visualización desemboca normalmente en conductas masturbatorias.*

[www.efesalud.com/noticias/perfil-de-un-adicto-al-cibersexo/](http://www.efesalud.com/noticias/perfil-de-un-adicto-al-cibersexo/)

Lo importante en el cibersexo es la palabra escrita junto con la imaginación. Saber que existe otra persona que responderá a mis mensajes; la carga erótica es fuerte. Le ordeno, le digo las cosas que me gustaría hacerle, le pregunto qué lleva puesto y de qué prendas quiero que se vaya deshaciendo. Yo también obedezco a sus ordenes y, aunque no nos vemos (en el caso de no utilizar webcam), el hecho de imaginarse la relación sexual es motivo de satisfacción, sólo se necesitan las

palabras escritas y el tocarse a uno mismo para, en el mejor de los casos, llegar al orgasmo. Todo desde la comodidad y seguridad del hogar.

*La ventaja es que es un sexo seguro porque no estoy directamente con la persona; la desventaja es que es algo muy frío porque realmente no llegas a conocer a la persona.*

Marco – Profesor de inglés

Una “ramificación” de esta tendencia surgió gracias a los teléfonos celulares y los mensajes de texto. Se le llama “sexting” y es el envío de estos mensajes (SMS) con carga erótica acompañados de fotos o videos sexualmente explícitos del usuario del celular. Se da principalmente entre personas jóvenes que son, por lo regular, quienes no piensan en las consecuencias que este tipo de prácticas pueden traer, por ejemplo, que sus fotos “rueden” por toda la web sin su consentimiento. La computadora deja de ser el instrumento principal para conectarse a Internet; los smartphone brindan la facilidad de conectarnos en cualquier parte con un dispositivo que cabe en nuestro bolsillo.

Dicen que los hombres piensan más en sexo que las mujeres. Otros dicen que las mujeres piensan incluso más en sexo que los hombres, sólo que ellas son discretas y no lo divulgan ni lo hacen evidente. Sea cual sea el caso, no podemos negar que somos seres sexuados, así lo impuso la naturaleza, no nos dio una determinada época del año en la que el instinto nos mueve a aparearnos y, pasado ese tiempo, el interés sexual se desvanece instintivamente. Pero no, todos los días del año pensamos y buscamos satisfacer la necesidad sexual y gracias a eso gran parte de nuestro tiempo y de la vida se nos va en (por lo menos) pensar en sexo.

La comunicación cambió el rumbo de la historia de la humanidad. Y mientras esta misma comunicación a algunas personas les facilitó conseguir una pareja (para un romance duradero o una aventura de una noche) a otros los metió en apuros (no es sencillo acercarte a quien te gusta y siquiera decirle “hola”). Con las redes sociales y en especial el chat la balanza quedó casi equilibrada: cualquiera se

vuelve sociable, cualquiera te habla sin pena, cualquier desconocido te invita a salir.

Y en el ámbito sexual las cosas también cambian: todos somos tan calientes y aventados como las palabras escritas nos lo permitan: todos somos tan expertos o inexpertos como el ego nos lo dicte. Algunos pueden pensar que Internet facilitó el conseguir sexo (según el sitio Hitwise.com la palabra "sexo" es tecleada en los buscadores aproximadamente cinco millones de veces al día), otros sostendrán la idea de que el sexo siempre ha sido fácil o difícil de conseguir (dependerá de cada persona) y que Internet no tiene mucho qué ver. Lo que no podemos negar es que, en cierto modo, nos ha hecho conocer otras ideas, otros modos de pensamientos más allá de nuestras amistades, escuela, hogar y trabajo, que en algunos casos ha logrado que las personas se sientan parte de un grupo o que conozcan a otros usuarios con el mismo fetiche, fantasía sexual o perversión. Y que la tendencia a lo sexual es normal, indivisible al ser humano, de lo contrario no existiría la literatura erótica, el cine porno o el sexo en el arte.

Y si los animales se comunicaran entre sí con palabras como lo hacemos nosotros, ¿acaso no tendrían pláticas eróticas? Si supieran escribir, ¿cuántos mensajes con fuerte carga sexual no le encontraríamos, por ejemplo, a nuestras mascotas? Y si así hubieran sido las cosas, ¿también los hubiéramos censurado y les hubiéramos enseñado que el sexo es malo? Probablemente muchos dueños de estas mascotas no les hubieran permitido utilizar Internet. El problema entonces no es el medio ni el sexo, el problema siguen siendo los tabúes.

### 3.2 Hablar con extraños. Tener relaciones sexuales con desconocidos.

*Desde que el sexo se hizo fácil de conseguir,  
el amor se volvió difícil de encontrar*

No hables con extraños, solían decir nuestros papás o abuelos cuando éramos niños. Con tal advertencia nos ponían alerta, en un estado de paranoia infantil (el origen de nuestros traumas se da en nuestra familia). Nos relataban historias de niños que eran robados, de gente que les ofrece dulces o dinero para subirlos a un carro y desaparecer sin dejar huella. El mito del robachicos nacía cada cierto tiempo, los medios reforzaban esa información publicando notas sobre niños perdidos (como si fueran hechos aislados en una ciudad tan grande), notas que nuestros padres comentaban y nos ponían como ejemplo para no asomarnos siquiera a la puerta.

Al parecer todo funcionaba bien; en el salón de clases el robachicos siempre estaba presente en las pláticas de niños, el rumor seguía reforzándose, en expansión, cada vez más fuerte, ¿cuándo lo atraparán? ¿cuándo volveremos a estar seguros? La fórmula funcionaba, estábamos controlados... hasta que un día por allá en los 90, llegó el Internet.

Es probable que nadie se imaginaba el impacto que tendría esta nueva tecnología en la vida del ser humano (por lo menos para los 2.4 mil millones de usuarios de Internet hasta el 2012<sup>10</sup>), si los papás hubieran consultado el Oráculo de Delfos y éste les hubiera advertido la *amenaza* que Internet representaría para la seguridad e integridad de sus hijos, quizá y sólo quizá hubieran hecho algo para controlarnos el acceso a la Web. Pero no fue así, Internet llegó silenciosamente, las computadoras se fabricaron y vendieron porque eran el juguete nuevo de los pudientes (se dice que hubo una época en la que no todos tenían la posibilidad económica de comprar una computadora, algo así como la televisión en sus inicios), nadie imaginaría que estos aparatos poco a poco nos absorberían el

---

<sup>10</sup> <http://www.academia.mx/observatorio/noticias/%C2%BFcu%C3%A1ntas-personas-en-el-mundo-usan-internet> Consultado en enero 2014.

tiempo, nos chuparían la vida, desgastarían nuestros sentidos, nos traerían males inimaginables (síndrome del túnel carpiano, cefaleas, ojos rojos, cambios en la percepción del color, ansiedad, depresión, dolor de hombros y brazos, insomnio, tensión, fatiga...) y nos volverían susceptibles, amigables, confiados e inevitablemente romperíamos esa regla dorada: no hables con extraños.

Pero es casi inevitable no platicar con desconocidos mientras uno navega por la Red; la curiosidad por conocer amigos nuevos, otras culturas, otras formas de pensamiento. Luego nos damos cuenta de que somos libres en la Web, que podemos abrirnos y externar aquellos deseos que, en sociedades aún conservadoras, están prohibidos o son motivo de vergüenza (el sexo es malo, es sucio, esas son cochinas).

Y el “no hables con extraños” se olvida, de alguna manera sentimos que podemos confiar en esa persona (o personas) con quien estamos chateando, aunque llevemos sólo cuatro líneas de conocernos. Minimizamos el riesgo, si hay una foto de por medio, nos sentimos más seguros, las fotos no mienten, ya vi cómo es él/ella, nos engañamos a nosotros mismos para anular el peligro; sin embargo, las fotos tienden a modificar lo que muestran (para bien o para mal), es uno de los medios menos fiables para saber cómo es alguien físicamente y en el que menos deberíamos confiar.

¿Qué hubiera pasado si en vez de que nuestros papás nos dijeran “no hables con extraños”, nos hubieran dicho “no te acuestes con cualquiera”? Posiblemente hubieran despertado prematura e incontrolablemente el deseo en nosotros de probar las mieles del placer sexual (hablando de aquellos que venimos de una de las últimas generaciones en las que las relaciones sexuales se iniciaban después de los 18 años, no antes) Más tabúes, más dudas, una mayor ansiedad por probar aquello que está más prohibido.

Internet se ha vuelto el medio para probar, a la velocidad que se desee, ese sexo que durante muchos años/décadas/siglos se mantuvo oculto o se practicaba sólo en la alcoba, pues era sucio, “están haciendo cochinas”. Tantos siglos de

prohibición tarde o temprano tendrían el efecto inverso: llevar al hombre a buscar ese placer hasta por debajo de las piedras a como diera lugar. Y lo encontró. Lo encontró muy fácilmente en los chats, redes sociales, páginas de ligue, Whatsapp, el ya extinto Messenger (el origen y padre de todas esas aplicaciones y programas de mensajería instantánea).

*En ese entonces sí tenía curiosidad, pero no me despertaba todavía el deseo de tener relación sexual con esa persona, sino que ya se fueron dando las cosas porque ellos en el mismo chat me decían: “pero tú qué buscas”; pues amistad. Y no falta el tipo que te dice:”;ay no!, qué onda, ¿eres activo, pasivo, o ya has cogido?” o cosas así. Y ya después abrió mi interés sobre las relaciones (sexuales).*

Arturo - Actuario.

Entonces el riesgo desaparece, la curiosidad o el deseo (o ambas) ganan la batalla al “no hables con extraños”. Entro a una página de ligue, busco a alguien disponible para hoy mismo, el fin de semana o cuando yo tenga tiempo (ya no es tan necesario el dinero gracias al *cruising*, es decir, encuentros sexuales en lugares públicos). Así de sencillo, alguien me responde, el proceso varía de persona a persona: hay quienes sin pedir tanta información se *avientan* al encuentro, la idea sólo es coger; hay otras personas que son menos confiadas y se toman el tiempo para interrogar y conocer al o a la afortunada con quien se meterán a una habitación de hotel. Con la seguridad de que, si en algún momento me arrepiento, tengo la libertad de cerrar la sesión o apagar la computadora y el contacto quedó perdido, nadie vio nada, nadie supo nada. Mi vida sigue su curso normal.

*Precisamente porque no se corren riesgos (no es lo mismo desconectar la computadora que decirle a una persona, cara a cara, cuerpo a cuerpo, “te quiero” o “ya no te quiero”) o, para ser más precisos, porque el riesgo al rechazo o al compromiso a largo plazo se minimiza, es que es más fácil buscarle.*

Felipe López Veneroni, Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales,  
UNAM

No se corren riesgos hasta que uno pacta una cita. Y si el objetivo es meramente sexual, la situación se torna un poco más compleja. No sabes cómo es

físicamente la persona, te das una idea si es que hubo fotos de por medio o cámara web, pero de la pantalla a la realidad las personas cambian drásticamente (los conductores y actores de televisión es un claro ejemplo de esto). En nuestra mente escribimos mil historias, miles de escenarios, planeamos quizá rutas de escape en caso de que la situación sea amenazadora, ¿y si no me gusta a la hora de conocernos? Configuramos nuestro teléfono para que suene, fingir que es una llamada importante y con ese pretexto salir huyendo. Todo puede ser.

Existen reglas que uno debería seguir para así, medianamente, estar más seguros a la hora de conocer a alguien: en primer lugar que sea en un sitio público. Seguido de confiar en nuestro sexto sentido. Si algo no “nos cuadra” desde el principio, quizá nuestro instinto no se esté equivocando.

Si al final del día no salió como esperábamos el encuentro y la otra persona fue un fiasco en la cama, todo es culpa del maldito Internet, porque Internet es una mentira y nunca más volveré a confiar en las personas que ahí se encuentran. El “nunca más” dura hasta que se nos olvida la mala experiencia y regresamos a contactar gente.

Si, por el contrario, todo salió mejor de lo esperado, ponemos una fe ciega en este medio, si una vez salió bien es probable que el siguiente encuentro sea igual o mejor, y el siguiente y el que le seguirá. Internet es bueno o malo dependiendo de las experiencias de cada uno.

Existe una tendencia llamada “cruising” en la cual el fin es tener relaciones sexuales en lugares públicos o a la vista de otros. Estos sitios pueden ser: vapores, terrenos baldíos, consultorios, estaciones del Metro, baños públicos, escuelas, cabinas de sex shops... Las personas que lo practican por lo común no se conocen entre sí. Son personas que se encuentran en la calle, con una mirada (el inicio de todo ligue en la vida real) se hablan, se identifican y terminan con el acto sexual. La adrenalina por estar expuestos a ser atrapados infraganti es lo que mueve a muchas de estas personas.

Existe una página con esta tendencia, en ese sitio de Internet los usuarios publican sus experiencias o dudas, hacen citas con quien les conteste, escriben lo que les gusta, el tipo de personas que prefieren (alguna profesión en específico por ejemplo) y los sitios que conocen, frecuentan o les gustaría asistir. ¿Quién imaginaría que una persona que viste de traje y corbata, le gusta asistir a orgías o ser sodomizado? En el pensamiento tradicionalista, quienes visten “decentemente” son personas que se respetan y que no tienen tendencias fuera de lo “normal”. Eso fue lo que a muchos nos inculcaron en la casa y en la escuela, pero Internet vino a romper con esos mitos y a enseñarnos que cualquiera, cuando nadie nos ve, podemos ser los seres más pervertidos o sexualmente alocados que puedan pisar estas tierras.

Si algo le debemos a la Web, es que nos mostró un mundo que pocos hubiéramos creído posible: el mundo de los bajos instintos, del sexo desenfrenado, de las fantasías sexuales que se pueden cumplir y de gustos ocultos que pocas mentes podrían concebir.

Voy a salir con unos amigos, le decimos a nuestros papás. Pero no son amigos, es alguien a quien vas a conocer y con quien tienes planeado encerrarte en un cuarto de hotel, cabinas, vapores o donde se pueda para disfrutar de ese placer sexual que aún no está bien visto. Qué fácil sería la vida si uno tuviera la libertad de decirle a nuestros papás: regreso más tarde, voy a coger con alguien a quien apenas voy a conocer hoy. Y que ellos lo tomaran con toda naturalidad. Seguramente el deseo y la curiosidad por experimentar decaería, entonces el sexo perdería ese toque de placer por hacerlo clandestinamente. Porque ésa es la fantasía que algunos usuarios publican: tener relaciones sexuales y vivir la adrenalina de no ser capturados en el acto.

¿Y qué viene después del acto sexual fugaz? Habrá quienes se sientan utilizados –nunca me volvió a hablar-, otros que ya no le tomen importancia –sólo es coger y ya-, los que se enamoraron y quienes con cada acostón es como si les colgaran una medalla o les dieran un trofeo, un escalón que les eleva el ego. De cualquier forma no podemos negar que Internet ha cambiado la vida de personas que, quizá

sin este medio de comunicación e información, hubieran tardado más tiempo en tener su primera relación sexual o no se hubieran atrevido a salir del sexo convencional (la posición del misionero, la única aceptada por siglos por la Iglesia Católica, pues la finalidad del sexo es sólo la reproducción de la especie, no el placer).

Si hay algo más que debemos agradecerle a Internet fue que nos permitió saber que no estamos solos, que aquello que nos gusta le gusta a alguien más, que habrá una persona dispuesta a experimentar con nosotros sensaciones y prácticas nuevas y que nos lleva en ocasiones a un estado de adrenalina, nerviosismo y curiosidad que pocas personas se atreven a experimentar.

No es que Internet haya propiciado la búsqueda desenfadada del sexo, esta búsqueda siempre ha existido a lo largo de la historia de la humanidad, el *eros* es la energía vital, una energía que mueve pasiones y razones, lo que hicimos fue darle ese *otro* uso a la computadora: el uso sexual. No es de sorprenderse, si lo pensamos bien, era normal y predecible que a alguien se le ocurriría la idea de subir contenidos pornográficos a la Web. Lo mismo sucedió con el cine, existen películas pornográficas en blanco y negro, claro, clandestinas, muy discretas, pero ahí está la evidencia de que sea cual sea el nuevo medio de comunicación, información o entretenimiento que llegue, más temprano que tarde será utilizado para fines sexuales. Vuelvo a poner el dedo en el renglón: somos seres que nos movemos con el sexo y difícilmente cambiaremos (¿cómo seríamos los mexicanos sin albuces ni chistes colorados?).

Puede que sí haya una forma en apariencia sencilla para que aquellos que nos conectamos a Internet dejemos de hablar con extraños: cortarnos el servicio, dejarnos desconectados. Aunque, por otro lado, quizá no sirva de mucho porque quienes ya conocemos las formas y los caminos, tarde o temprano regresaremos a aquellos lugares a realizar las prácticas que nos gustan, y eso, con o sin Internet, nadie puede impedirlo.

### **3.3 Exposición de caso 2. Encuentros casuales: el chat como medio para encuentros sexuales fugaces: Arturo**

Estaba en casa aburrido y solo. Mis papás aún no llegaban de trabajar y mi hermano había avisado que llegaría tarde. Me arrepentí por no haber hecho algún plan y salir con mis amigos. En la televisión no había programas que me interesaran. No tenía ganas de ver películas u oír música. Era una de aquellas noches en las que uno simplemente no debería estar en casa. Nada te llena, das vueltas en la casa “como león enjaulado” diría la mamá de uno de mis amigos. Entonces decidí conectarme a Internet, a probar suerte.

Tecleé [www.elchat.com](http://www.elchat.com) –mi caballo de batalla- y pensé en un pseudónimo. Hacía tiempo que no entraba a ese sitio ni a ningún otro chat. No era como temporadas anteriores en las que constantemente me conectaba para conocer gente, ligues y lo que saliera. Recordé mis primeras citas a ciegas, cuando tenía 17 o 18 años (actualmente tengo 27 años) y descubrí esa facilidad que brindaba Internet para conocer gente. En aquellos años me pareció novedoso, la curiosidad me tenía pegado a las salas de chat platicando con una, dos, tres o la cantidad de personas que me iniciaran una conversación.

En aquel entonces era menos aventado, aún no me despertaba el deseo de conocer a alguien a través de Internet para tener relaciones sexuales. Me limitaba a buscar únicamente amistad, gente con quien platicar bien, conocer en un plan sano, no más. Claro, por muy buenas intenciones que uno tenga en estos lugares, siempre habrá gente que se desvíe del tema, nunca faltó quién me preguntara si era activo, pasivo o los que me proponían así nada más coger. A partir de ese tipo de preguntas fue que empezó a crecer mi interés por el sexo con gente que no conocía.

Esa noche me había decidido a buscar alguien para coger. No estaba interesado en amistad o una plática que no llevara a nada en concreto. A veces pasa que, en cuanto te conectas a Internet, el deseo o las ganas de ver porno, tener una plática erótica o quedar de verte con alguien para sexo, brotan así nada más. Y

considerando que tenía la casa para mí solo, que tenía conexión a Internet y, lo admito, andaba un poco caliente, me aventé.

Soy del tipo de personas que creen que el nick es muy importante a la hora de chatear. Para mí un nickname debe dar información de la persona para saber más o menos quién es o qué le gusta al que lo porta. En mi caso ingresé a elchat.com con el pseudónimo activo\_26 (estaba a pocas semanas de cumplir 27).

La sala estaba llena y no quería perder el tiempo por lo que escribí mensajes muy específicos anunciando el lugar en donde me encontraba (Ciudad Neza) y lo que buscaba: sexo. Y especificué también que estaba interesado sólo en gente del rumbo. Sucede que, aunque uno sepa muy bien lo que busca y se lo haga saber a los demás usuarios, nunca falta quien parece no leer y te habla aunque esa persona no se apegue a lo que tú buscas. Yo escribí muy claramente que buscaba sexo, sin embargo, recibí mensajes de personas que buscaban amistad o una relación formal.

El tiempo transcurría y no encontraba a alguien que buscara lo mismo que yo, en primer lugar; en segundo lugar, los que estaban disponibles vivían muy lejos. No sé exactamente cuánto tiempo pasé ahí sentado frente a la computadora leyendo cantidad de mensajes. Quizá duré una hora y media. Ya estaba cansándome y casi a punto de salir del chat cuando alguien me saludó: ¿qué onda cómo estás? Me escribió. Y antes de que le contestara me mandó otra pregunta, ¿qué buscas? Ahorita, le dije, sólo quiero coger y ya.

Me preguntó por dónde vivía. Cerca de la López Mateos y la Chimalhuacán, le respondí. Él me dijo que vivía por Tepalcates. Estás lejos, le dije y pasé de estar emocionado a decepcionado. No importa, me volvió a escribir, tengo carro. Esas palabras me reanimaron. Aunque no lo conocía ya me había hecho a la idea de un acostón.

¿Qué edad tienes? le pregunté. Faltaba saber su edad, no me interesaba alguien que tuviera la edad de mi papá ni tampoco una persona tan chica que me pudiera meter en problemas legales. Me dijo que tenía 35. Punto a favor, me gustan los

hombres maduros, le escribí. Ya estaba fantaseando, me imaginé a un hombre buen, es decir, un hombre guapo. Como seguíamos en el sitio de chat, no había forma de ver fotos, por lo que me tuve que limitar a creer lo que él me decía.

Me preguntó cómo era yo físicamente. Soy alto, le escribí; mido uno ochenta, complexión media, buena nalga, buena parte de enfrente, tengo pierna, no soy tan feo... principalmente, y tú, ¿cómo eres? Me dijo que era bajito, morenito, yo esperaba que me dijera si era guapo o qué tan guapo se consideraba, pero jamás tocó ese punto. Se lo pregunté directamente: ¿eres guapo o no? Imagino que dudó en darme una respuesta porque tardó en contestarme. Al final sólo me dijo: Mejor hasta que tú me veas.

Inmediatamente pensé: este güey ha de estar feíto, si me dijo eso es porque no está seguro de su belleza física. Me arrepentí tarde, pues para entonces ya le había propuesto que viniera a mi casa; “estoy solo le había dicho”, si quieres ven y acá podríamos echarnos un palito, así bien rico. Él inmediatamente aceptó. Esto fue antes de preguntarle cómo era físicamente. No me quedó más remedio que verlo y esperar lo que fuera (yo ya tan estaba prendido como para cortar y quedarme con las ganas).

Concretamos la cita, intercambiamos números de teléfono celular y esperé. No suelo meter gente extraña a mi casa, por seguridad y porque, luego de tanto camino recorrido con esto de las citas por Internet, uno aprende a no confiar totalmente en los desconocidos. Pero esa noche me aventé, cuando uno anda ganoso, minimiza los riesgos; no piensa en las consecuencias, sólo haces las cosas y esperas que todo salga bien. He tenido suerte, en todas las citas que he tenido de este tipo, a ciegas; nunca he tenido experiencias desagradables. He conocido gente que por el chat son de una forma y en la vida real cambian totalmente. Personas que mienten en cuanto a su físico: se describían de una forma, en sus fotos se veían bien (quizá porque estaban retocadas) y a la hora de verlos en persona, la realidad era muy distinta. A veces incluso ni siquiera me acercaba, los veía de lejos, ya estaba seguro de que ésa era la persona con la que me había citado, pero no me gustaba, físicamente no me atraía o había algo

en él que me provocaba desconfianza y mejor me regresaba; ya no le respondía el teléfono ni los mensajes. Algunas veces sí regresé a casa decepcionado. Pero nada más, nunca con una mala experiencia o algo trágico por conocer a alguien de Internet.

Aquella noche volvería a probar suerte. Sólo que no sería en un sitio público a plena luz del sol, sería en mi casa, con un desconocido. ¿Y si no me gustaba a la hora de verlo? Pero ya habíamos quedado, le había dicho adónde llegar, es decir, le había dado casi mi dirección exacta.

Quedamos en que él llegaría entre las nueve y las nueve y cuarto. En eso escuché el ruido en el patio. Me asomé, ¡era mi mamá! Justo llegaba del trabajo. Salí inmediatamente a recibirla, fue tan repentino que se me olvidó que este chavo estaba por llegar. Estuvimos mi mamá y yo en la sala platicando de cualquier cosa. Se me fue el tiempo, subí a mi cuarto, eran casi las diez de la noche, vi mi teléfono y había miles de llamadas perdidas de esta persona con la que había quedado (no recuerdo su nombre, fue lo último que le pregunté y lo primero que olvidé). Le marqué, me contestó casi inmediatamente. En dónde estás, me preguntó, creo que estoy ya cerca de tu casa. Lo escuchaba por primera vez y me quedé sorprendido, tenía una voz muy varonil, me gustó; la idea que se me vino inmediatamente a la mente fue: “me lo tengo que coger”.

Pero con la llegada de mi mamá a casa el plan de hacerlo en mi lugar, se fue a la basura. “No es mal pedo, le dije con un tono de disculpa, pero mis papás ya están aquí”. Pensé que se molestaría, que creería que sólo había jugado con él y su tiempo, pero sólo se limitó a preguntar: “¿y ahora qué hacemos?”

Para ese momento yo estaba más que prendidísimo, en especial por su voz, fue lo que detonó mis ganas de estar con él. Tengo ganas de que me cojas, me dijo, no me quiero ir sin haber hecho nada. Y yo tampoco estaba dispuesto a dejar ir esa oportunidad. Aguánteme, le pedí: “¿en dónde estás?” “En la esquina de tu casa”, respondió. Me asomé y sí, ahí había un carro estacionado. Le volví a pedir que me

esperara, que no tardaría en bajar, pero tendríamos que ir a otro lugar porque ahí ya no se podía.

En la sala seguía mi mamá y cuando me vio salir lanzó la pregunta forzosa y casi instintiva: “¿Adónde vas?” “Ahorita regreso”, le expliqué con calma e intentando disimular mis ganas tremendas de encontrarme con este chavo. “Voy a ver a un amigo de la secundaria que vive por aquí cerca”. “¿A qué hora regresas?”

Y yo, habiendo ya calculado el tiempo que me tardaría, le contesté que como a las 11 y media.

No sé si mi mamá me creyó o no, ya no me preguntó nada, sólo me dijo, “ve con cuidado” y salí casi corriendo de casa. Eran las 10 de la noche aproximadamente.

Me acerqué al carro, no le presté atención ni al color, ni al modelo, ni mucho menos a las placas del vehículo. Sólo me acerqué, le marqué de nuevo a esta persona, confirmé que era él quien estaba ahí dentro. Me abrió la puerta del lado del copiloto, nos saludamos, nos vimos por primera vez y arrancó.

Físicamente no era muy atractivo, pero de eso me di cuenta hasta que estuve dentro del auto. Lo vi bien, a detalle, no me gustó, me dieron ganas de salirme y echarme a correr lejos. Pero ya era muy tarde. Tenía bonita voz, un carro también bonito pero su carita no me complació. Además, esa noche yo tenía ganas de coger y me negaba a quedarme con las ganas.

Le comenté que no traía mucho dinero. “No te preocupes”, me dijo tranquilamente, yo pago. Y así fue, llegamos a un hotel más o menos bien, él pagó todo; ya en la habitación cuando lo vi sin ropa me gustó más, se veía mucho mejor así.

Al final él me dejó en la esquina de mi casa. Calculé bien mi tiempo, llegué pocos minutos después de las 11 y media. Aquí nada había pasado, saludé a mis papás y me subí a mi cuarto.

Ya solo en mi habitación pensé en la situación, hasta ese momento me di cuenta del riesgo que corrí en primer lugar por darle mi dirección a un desconocido. En segundo lugar por subirme a un carro de alguien que jamás en mi vida había visto y más a esas horas de la noche, ¿y si me hubiera pasado algo? ¿y si alguien hubiera venido escondido en el asiento de atrás? Pero por calentura uno hace locuras y por suerte no me sucedió nada malo y hoy puedo contarlo tranquilamente.

Después de ese encuentro no volví a saber nada de esta persona: ni él intentó comunicarse ni yo lo busqué. De alguna manera sabíamos que sería algo casual y que no llegaría más allá de un acostón. Frecuento poco los chats, ya no me animo a conocer gente por ese medio, no he tenido ganas, quizá algún día lo vuelva a hacer, a lo mejor ya hasta ahí lo dejo. No lo sé.

A veces leo noticias o escucho casos de personas que salían con alguien que conocían por chat y a la mera hora los mataban o les hacían algo feo. Quizá lo mejor, en mi caso, es regresar a esas prácticas de conocer gente en un café o en el antro o lugares así donde están frente a frente y no existe el problema de no saber exactamente con quién hablas. Son cosas que a veces pienso, aunque suele pasar que entre lo que pensamos y lo que hacemos hay un gran trecho.

## **CAPÍTULO IV. ANTES, DURANTE Y DESPUÉS DEL ENCUENTRO: CRÓNICA DE UN AMOR QUE DEJÓ DE SER VIRTUAL**

### **4.1 Cuando el amor tarda, Internet acorta la espera**

*Yo creo que es el hecho de que a veces ya caes en tristeza, te sientes solo, sientes que no vas a conocer el amor y como que lo buscas por cualquier parte, en cualquier lado.*

Daniel Huitrón – Estudiante de Economía

Se dice que el amor es una creación de la naturaleza para que un hombre y una mujer (desde el punto de vista convencional) se emparejen y críen juntos a los hijos hasta que estos sean lo suficientemente grandes como para valerse por sí mismos o para que uno de los padres pueda cuidarlos solo y sin necesidad ya de continuar con la pareja.

Esta conducta se da en algunas especies de animales: los zorros y los ruiseñores por ejemplo. La mamá cuida a sus crías y el macho la apoya en las tareas de crianza. Cuando sus hijos han crecido y se independizan, los padres se separan y al siguiente año buscan otra pareja para procrear y el ciclo se repite temporada tras temporada.

Pero si el amor es un artificio de la naturaleza con efectos temporales, ¿por qué en nuestra mente está el enamorarnos y compartir nuestra vida con una misma persona “para siempre”? La monogamia no es exclusiva de los seres humanos, se da también en algunos animales y el responsable de esta práctica es un gen (se sabe que este gen existe sólo en algunas personas, lo que no han descubierto es por qué en unos sí y en otros no se da).

Lo que seguramente todos hemos experimentado es la necesidad de amar. Conocemos el amor desde la casa con nuestros padres y el juego de niños “la mamá y el papá”, aunque inocente, nos empieza a mentalizar de cierta forma en que algún día habremos de formar un hogar. Luego vienen los programas de

televisión, los cuentos, las películas, comerciales... en donde aprendemos que el romance forzosamente debe estar presente en toda historia y para que el final sea feliz debemos terminar unidos a la persona que amamos.

¿Quién no recuerda su primer amor o peor aun: su primer desamor? ¿Quién no ha creado una, dos, 15, cientos de historias en nuestra mente donde los protagonistas son la persona que nos gusta y uno mismo? El primer beso, el recordar cómo se disparaban los latidos de nuestro corazón cuando veíamos a esa persona de quien estábamos enamorados, las variadas sensaciones en el estómago y el querer llamar la atención o quedar paralizados ante la presencia de quien deseábamos fuera nuestro amor. Nos convencieron de que el amor era el sentimiento más fuerte y extraordinario que le puede ocurrir a una persona, pero ¿y si el amor no llega como lo esperábamos o llega con una serie de momentos tristes y decepciones? ¿A cuántos nos dijeron que así como el amor te eleva y te vuelve un ser poco racional (“estar enamorado es como estar pendejo, pero en bonito” comentan por ahí), también puede hacerte caer y llevarte a la nada? Hay personas que hacen lo posible por mantenerse a distancia y llevar una vida en la que este sentimiento no sea parte fundamental en su existir. De igual forma todos conocemos a alguien que lo ha buscado incansablemente sin mucho éxito, pero no cesará hasta encontrarlo. Placeres y necesidades de cada quien.

Y así como hay quienes lo buscan incansablemente la fortuna les sonríe a otros, pues pareciera que el amor llega solo a tocarles a su puerta y en abundancia. ¿Será verdad que el amor llega cuando lo dejas de buscar (dejar de buscar es el secreto para encontrar)? Las mamás tienen un don especial para hallar fácilmente las cosas que nosotros no podemos. Pero quizás hasta para ellas el amor no es algo que les haya sido (o sea) fácil de encontrar. Hay momentos en los que uno se enamora de casi cualquier persona. Pero también puede que confundamos el “amor” con la atracción física. La línea que separa a estos dos sentimientos es muy tenue.

*Porque, sin buscarte, te ando encontrando por todos lados,  
principalmente cuando cierro los ojos.*

Julio Cortázar

Nos ha tocado vivir en una sociedad en la que la soledad parece estar presente en cara rostro. La mayoría de las personas nos hemos sentido solos en algún momento de nuestra vida, es un estado normal y que uno debería aprovechar para conocerse a sí mismo y descubrir el mundo en el que vivimos.

En el mundo contemporáneo hemos llegado a un punto tal que la tecnología nos permite comunicarnos gratuitamente y al instante con personas que están en cualquier otro punto del globo. El ejemplo inmediato son los Smartphones: teléfonos inteligentes que utilizan aplicaciones (Viber, por ejemplo) con las cuales ya no necesitamos pagar por hacer llamadas, sólo necesitamos conexión Wi-Fi y la posibilidad de llamar o mensajear se limita a la duración de la batería del teléfono.

Nos ha tocado vivir una época en la que las redes sociales se han vuelto un punto clave para estar informados, encontrar viejas amistades o amores, saber qué hacen nuestros contactos, estar al tanto de eventos, etc. Entonces pasamos las horas frente a la pantalla del dispositivo móvil o la computadora, chateando, mandando mensajes de voz, imágenes, música. Olvidamos que existe un mundo real en el que tenemos que vivir y salir a conocer. Ignoramos a quienes nos rodean y quieren conversar de viva voz. La persona que se encuentra frente a nosotros y nos habla pasa a segundo o tercer plano. Le oímos, pero no le escuchamos. Revisamos constantemente mensajes, leemos y respondemos, estamos al tanto de nuestras redes sociales o simplemente navegamos por Internet. Este acto de ignorar a quienes nos rodean y centrar toda nuestra atención en el teléfono ya tiene un nombre: se le llama “phubbing” y ha sido blanco de muchas críticas y molestia de quienes lo han sufrido. Qué irónico que queramos conocer personas o estar en contacto con nuestros seres queridos y, cuando los tenemos frente a nosotros, no les prestamos atención y le otorgamos

mayor importancia a un dispositivo.

Otra ironía de los tiempos modernos: en un planeta en donde habitamos aproximadamente 7 mil millones de seres humanos y en el que las tecnologías de comunicación han acortado tiempo y distancia, la soledad en el hombre contemporáneo sigue presente. Tan sólo en México vivimos más de 120 millones de personas. Y si revisamos el número de individuos que habitan en cada estado de la república, y de ahí nos bajamos a la cantidad de habitantes por municipio o delegación; por colonia, por manzana, el número sigue siendo considerable. Pero la soledad nos sigue creando un gran vacío.

Entonces aparece Internet como la puerta de escape de ese vacío que nos agobia. Un chat resuelve mi problema de no tener con quién platicar. En Facebook, por ejemplo, existe una incontable cantidad de grupos para relacionarnos con nuevas personas y funcionan casi como las salas de chat: desde amistad, hasta sexo, gente con gustos en común (música, libros, paseos al aire libre), grupos para gente de determinada edad (18-25, menores de 15, etc.), profesiones, países... es llevar las salas de chat a una red social, la función es la misma: uno escribe un mensaje y a quienes les parezca atractivo contestarán. Y ahí comienzan las historias. Sólo por mencionar el caso de Facebook, pero existen otras redes sociales para todos los gustos: Twitter, Flickr, Google+, Instagram, Tagged, Netlog... cada una con su nivel de popularidad, sus características y en la que cada usuario se adaptará mejor.

Y además de redes sociales tenemos páginas de ligue, los ya nombrados chats y sus salas, aplicaciones (apps), incluso en un pasado medianamente lejano Yahoo manejó los llamados "grupos": comunidades virtuales en donde se "reunían" usuarios con gustos similares. Uno podía conocer personas a quienes les gustaran las mismas cosas que a nosotros, subir imágenes o pactar reuniones. El día de hoy estos grupos (que serían el equivalente a las salas de chat o a los grupos de Facebook) han caído en desuso. Existen y funcionan pero con menor

participación. Al final y aunque los nombres y los sitios sean distintos el objetivo siempre es el mismo: lograr que los usuarios se relacionen entre sí.

Entre toda esta oferta y las posibilidades que ofrece la Web para expandir nuestros círculos sociales, entre todos los riesgos que existen de salir con personas que conocimos en Internet o las decepciones que uno podría llevarse, entre las advertencias de los adultos para que no demos datos personales o nos citemos con alguien que conocimos en este medio y las mentiras que abundan, siempre habrá quien siga entrando a un chat para conocer personas, ya sea para amistad, sexo o amor sin importar el riesgo que esto implica.

Nos enamoramos del físico, somos seres visuales y la primera imagen es la que cuenta. Como veamos a una persona por primera vez influirá en gran medida en cómo empezar a tratarla, a forjarnos una idea (quizá errónea) de cómo es y si nos gusta o no. Con la primera impresión viene el primer encanto o la primera decepción. Por eso quizá una de las primeras preguntas que le hacemos al usuario con quien chateamos y no hemos visto ni una foto suya sea: ¿cómo eres? Necesitamos saber con quién hablamos, desde la descripción empezará una parte del enamoramiento. Porque no es lo mismo preguntar “¿cómo eres?” a alguien con quien pretendemos sólo entablar amistad o con quien sólo buscamos satisfacer una necesidad sexual. El impacto que genere en cualquier de las tres situaciones (amistad, sexo o amor) dependerá de lo que busquemos en ese momento.

En el medio escrito el enamoramiento empieza por las letras: las cartas en papel han cedido su lugar a los mensajes de texto, ahora todos tenemos letra bonita y entendible gracias al teclado (aunque fría pues la caligrafía del ordenador jamás llenará tanto como la caligrafía de la mano). Las letras dan palabras y las palabras dan ideas de las cuales nos sentimos atraídos o desencantados. Lo que nos digan cuenta pero quizá sea más atractivo el cómo nos lo digan: un “tq” (te quiero) no pesa igual que un “te quiero”. Un par de líneas con mala ortografía no a todos

encantarán como si recibieran mensajes bien escritos. La ortografía (aunque muchos lo nieguen y la destruyan sin compasión) dice mucho de las personas.

*Cuídate de los que saben escribir pues tienen el poder de enamorarte sin  
siquiera tocarte*

Anónimo

Y es que cualquiera que posea un grado básico de estudios puede escribir, pero escribir bien es una característica que se lleva en la sangre (habrá quienes digan que se aprende pero si así fuera entonces todos los que tomaran un curso de poesía o redacción serían excelentes escritores). En ocasiones no es sencillo explotar esa cualidad hasta que llega una motivación. Esa motivación tiende a ser el amor y gracias a eso a lo largo de la historia de la humanidad hemos gozado de grandes novelas, poesías épicas, obras de arte, edificaciones majestuosas y películas románticas que a todos nos han conmovido.

*El “eros” es la energía vital, una fuerza que mueve pasiones y razones. No es casual que la deidad del amor provenga desde la cultura griega y que las principales obras literarias de la antigüedad, como el Gilgamesh, la Ilíada (el secuestro de Helena por Paris), la misma Biblia—Adán y Eva—nos dan cuenta de la motivación erótico-afectiva como una fuerza vital de primer orden.*

Felipe López Veneroni, Profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales,  
UNAM

Cuando el amor no nos llega como lo dictaba la ilusión y nos vemos solos y la tristeza invade, hay que recurrir a cualquier método. Habrá quienes lo busquen en las fiestas; habrá quienes opten por los amarres “eficaces” que prometen los brujos; otros lo buscarán en la escuela, trabajo o con los amigos de sus amigos... y los 2.0 lo buscarán en Internet siempre con la esperanza de que tendrán éxito, minimizando el peligro de conocer personas por la Red, por otro lado, y si nos ponemos a pensarlo bien, el buscar el amor, sea en donde sea, ya implica un riesgo por sí mismo.

## 4.2 Momento decisivo

*El sólo hecho de que nos hayamos conocido, me hace muy feliz, por lo menos a mí. Y estaré feliz el tiempo que tenga el placer de tu compañía, así sean diez minutos, dos años, o treinta años...*

El primer beso así como la primera relación sexual nunca se olvidan o por lo menos eso se afirma popularmente. Nunca he oído decir que alguien recuerde su primera cita. ¿Habrá en nuestros archivos mentales esa cinta que rememore la primera vez que salimos con alguien? El lugar en el que nos encontramos, la primera impresión, qué tan nerviosos estábamos, nuestras reacciones o incluso la persona con la que salimos.

Llegamos a este mundo sin un manual de cómo sobrevivir, cómo comportarnos o qué caminos tomar para tener asegurado el éxito. Lo que sabemos lo aprendimos en casa, con nuestras amistades o en los medios de comunicación. En Internet hay decenas de sitios en los que se ofrecen tips para que la primera cita sea exitosa. Es como una receta que puede llevarnos a la errónea idea de que los consejos que se nos dan funcionarán exitosamente con cualquier persona, sin tomar en cuenta que cada uno somos distintos y no todos nos comportamos de la misma manera ni reaccionamos igual ante las mismas circunstancias.

¿Cuántos recordarán su primera cita con alguien que conocieron en Internet? Las palabras son lo que más falta cuando más las necesitamos. Nos traicionamos a nosotros mismos: si estamos muy nerviosos o desinteresados no sabemos qué decir; si estamos muy emocionados y todas las palabras quieren salir al mismo tiempo, nos quedamos callados. El momento decisivo ha llegado, semanas, meses o hasta años de pláticas vía Web llegan a su culminación en el momento en que se responde a la pregunta, ¿cuándo nos vemos? Esta pregunta dispara una serie de emociones que nos llevan a distintos estados de ánimo: nerviosismo, emoción, incertidumbre, alegría, impaciencia... Es hora de conocer a la persona, las palabras bonitas, los mensajes de buenos días o buenas noches, ¿ya comiste?, ¿qué haces?, te ves muy bien... los besos y abrazos a distancia, las

desveladas por hablar sin cesar y el estar pegado al teléfono enviando fotos, mensajes de voz o platicando y todo el proceso de cortejo/enamoramiento tendrá un sentido o se irá a la basura en el momento en que se dé el primer encuentro físico.. Porque no buscamos a un amigo o un acostón sino que queremos una pareja estable, alguien con quien compartir nuestra vida: nuestras alegrías, fracasos, los paseos dominicales, alguien que nos tome de la mano por la calle o que nos dedique (o a quien dedicarle) canciones, palabras de amor, poesías o cualquier manifestación amorosa que el sentimiento nos lleve a inventar.

*Amor mío, mi amor, amor hallado  
de pronto en la ostra de la muerte,  
quiero comer contigo, estar, amar contigo,  
quiero tocarte, verte.*

Jaime Sabines

La ostra de la muerte que también podría ser la de la decepción o del gran amor. El impulso nos lleva a pactar un encuentro, la ilusión nos mueve, el querer y ser queridos también. La suerte está presente, el azar es fundamental, es llevarnos a la sien el arma que nos matará las ilusiones o nos dará una oportunidad para encontrar el tan deseado amor. Nada es seguro, así como el escenario pinta catastrófico, de la misma forma e inversamente puede terminar en un encuentro de final feliz como en la televisión o el cine.

*Pero el amor... es sólo una ilusión. Una historia que uno construye en su mente sobre otra persona. Y uno es consciente todo el tiempo de que no es verdad. Por supuesto que lo sabe; por eso siempre tiene cuidado de no destruir la ilusión.*

Virginia Woolf

Y así, con esa misma ilusión se pacta el encuentro, el lugar y el sitio exacto, el día, la hora y las señas para reconocerse. En casa quizá no sepan que ese día saldrás a encontrarte por primera vez con un desconocido o una desconocida con quien has mantenido contacto virtualmente. Es una locura, habrá padres que no lo aprueben, pero al final uno toma sus decisiones. Si al final del día todo salió bien y en un futuro se formaliza la relación con orgullo podrán decir: nos conocimos por Internet.

Martha y Juan Pablo se conocieron en Tagged (un sitio en donde aparecen fotos de los usuarios ahí registrados y uno puede seleccionar entre “sí” o “no” en cada perfil. En caso de dar un “sí” la persona recibe una notificación de que alguien está interesado en conocerle, el usuario ve el perfil de la otra persona y decidirá si continuar con el proceso o terminar tajantemente con un “no”). Ambos profesionistas pero por motivos de estudio y trabajo vivían en países distintos dentro del mismo continente. En una oportunidad se pudieron conocer en persona y la relación se fortaleció. Después de un tiempo de seguir comunicándose decidieron llegar hasta el altar. Un dato interesante sobre esta pareja es que, a pesar de haberse conocido por Internet, nunca se lo hicieron saber a sus familiares o amigos hasta que estaban casi celebrando su boda:

“Es que los dos venimos de familias muy tradicionales y sentimos que para ellos no iba a parecerles un medio idóneo para conocer a alguien. Entonces decidimos contar que nos conocimos en un bar. Lo gracioso es que nunca nos pusimos de acuerdo en cuál, ni ajustamos los detalles, así que cuando alguien quería profundizar más en la historia comenzábamos a equivocarnos o decíamos cosas diferentes al mismo tiempo”.

<http://www.lanacion.com.ar/1488020-nos-conocimos-por-internet>

Como esta nota también hay muchos más ejemplos de personas que, a pesar de haber iniciado contacto en cualquier sitio de Internet, tuvieron una historia feliz cuando se conocieron. No todo lo relacionado con la Web debe terminar trágicamente o en la nota roja de un periódico amarillista. En la vida real y en el amor cualquier cosa puede suceder. Todo con tal de encontrar a nuestra pareja

ideal, la mal llamada media naranja, ¿quién dice que en Internet no podríamos encontrar al amor de nuestra vida? O por lo menos una persona que sea un gran amor o de mínimo que nos haga sentir queridos.

*Las fuentes se unen con el río,  
y el río con el océano;  
Los vientos del cielo se mezclan siempre,  
con dulce emoción;  
Nada en el mundo es único;  
Todas las cosas, por una ley divina,  
se funden con otro ser:  
¿Por qué no yo contigo?*

Percy Bysshe Shelley  
"Love's Philosophy"

El día del encuentro llega, en las conversaciones ese ha sido el tema recurrente, está confirmado que ambos asistirán, de eso no cabe duda. Pensar en las posibilidades de ser plantados es una idea que alejamos y ni siquiera nos atrevemos a considerar. En casa saben que saldremos con unos amigos y que llegaremos tarde. El arreglo personal no debe ser pasado por alto, siempre queremos dar una primera buena impresión y esperamos lo mismo de los demás.

Calculamos el tiempo de traslado, si se es mujer uno sabe que quizá tarden en llegar. Si se es hombre, se espera que sea atento, que huelga bien y que les haga pasar un momento agradable. Si algún defecto físico se ocultó el tiempo que duraron los mensajes y las llamadas, es hora de que salga a la luz. Si la cámara no beneficiaba mucho y frente a frente la persona se ve mejor, la primera impresión será altamente favorable y la posibilidad de una siguiente cita será también muy alta. Si es al contrario y en fotos se veía mejor que en persona, se

acabó el encanto, sólo que da el recurso de la personalidad, que impacte, que enamore. Las primeras palabras, el cómo se comporta, su voz, sus rasgos físicos vistos bajo la luz del sol, los sentimientos que salen a flote: bastan unos cuantos minutos para que sepas si todas las pláticas, las ilusiones generadas y el tiempo que pasamos frente a la computadora o dispositivo móvil con esa persona habrán valido la pena u optas por meter todo en una bolsa y arrojarlo a la basura.

### 4.3 Exposición del caso 3. ¿Enamorarse sin conocerse? El amor virtual y la realidad en la primera cita.

*Diana.*

Comencé a conocer gente a través de Internet cuando estudiaba la prepa. Lo hacía más por diversión y curiosidad que por hacerme de amigos. Me dejé arrastrar porque todo el mundo hablaba de chat, hablaban del Messenger, de muchos sitios en donde uno podía conocer gente. Y poco a poco me fui introduciendo en ese mundo. Nunca dejé a un lado a mis amigos, los del mundo real, ellos siempre fueron prioridad, a las personas que conocía en la red nunca les daba importancia porque finalmente sabía que tarde o temprano el contacto terminaría o nunca nos conoceríamos.

Un día conocí a un chavo de Ciudad Juárez. Yo soy músico, en específico pianista y encontré un sitio que se llamaba *Canzión México* y precisamente ese chat estaba enfocado en aquellas personas a las que nos gusta y estamos relacionados con el mundo de la música. A esta persona lo conocí ahí, se llama Gilberto, nos pasamos nuestro correo y mantuvimos el contacto por casi tres años. Luego llegó el Messenger y nos era más sencillo platicar pues ya no teníamos que esperar a que el otro leyera el correo y contestara mucho después sino que las conversaciones eran inmediatas.

Un día Gilberto me dijo que tenía una gira (tocaba con un artista) y me dijo que vendría aquí al D. F. Ya llevábamos años en contacto, nos conocíamos por fotos, ya habíamos intercambiado números de teléfono y de vez en cuando platicábamos por llamada; su voz me gustó, él me gustó, es de tez blanca, tiene ojos verdes, es alto, por lo menos para mí que mido 1.55. Gilberto rebasaba el 1.80 de estatura y como es del norte del país, tiene un modo de hablar *cantadito* que me encantaba. Y cuando me dijo que vendría a la capital me emocioné, hice miles de planes, me la pasaba contando los días. En las noches antes de dormir pensaba en él y en todos los lugares a los que iríamos cuando estuviera aquí. Mis papás ya sabían de él y sólo esperábamos el día de su llegada.

El día de su llegada quedamos de vernos en Mundo E (no llegó al Aeropuerto de la Ciudad de México sino al de Toluca) y desde el primer instante sentí que hicimos click. Pero como Gilberto no podría quedarse mucho tiempo por su gira propusimos llevar la relación a distancia. Esta relación duró aproximadamente seis meses en los cuales yo me sentía la mujer más feliz del planeta. Diario nos escribíamos o llamábamos, al despertar lo primero que hacía era tomar el teléfono y deseárselo buenos días o él me mensajeaba para saludarme. Verdaderamente me estaba enamorando y por momentos hasta me veía viviendo con él en Ciudad Juárez o él aquí en el D. F. conmigo.

Pero el encanto duró poco, un día recibí un correo electrónico de una mujer que decía ser novia de Gilberto. Me escribió en ese correo que ella y Gilberto se iban a casar pronto, que él estaba comprometido y que quería que los dejara en paz. Adjuntó muchas fotos de ellos dos.

Alterada le envié un mensaje a Gilberto para que me explicara qué estaba pasando. Él no desmintió a esta persona, me respondió que sí estaba comprometido y que sólo estaba probándose para saber si en verdad quería a su novia o no. Dejamos de hablarnos, la comunicación se terminó y no quise saber nada más de él.

Lo último que supe de Gilberto fue que se casó, que ya tenía un hijo y con eso quedé convencida de que tenía que cerrar ese episodio de mi vida y olvidarlo. No me fue sencillo terminarlo, es decir, eliminarlo del Messenger, borrar su número de teléfono, su correo y sus mensajes. Me deshice de todo lo que me recordaba a él.

Sin embargo, mi decaída no fue tan grave como hubiera pensado, quizá porque seguía viendo a mis amigos, me dedicaba a la música, estudiaba una licenciatura; en pocas palabras, estaba ocupada la mayor parte del tiempo. Extrañaba a Gilberto por momentos, pero luego se me pasaba el sentimiento. Esto ocurrió a mitad de la carrera. Con el paso del tiempo volví a tener otra relación; pero esta vez con una persona de aquí de la ciudad. Esta relación se dio casi al final de mis estudios. Luego vino la graduación, se terminó la escuela y cada uno de mis

amigos tomó su camino y, aunque seguíamos en contacto, ya no nos veíamos diario ni platicábamos tan frecuentemente. Mi relación no iba muy bien y yo estaba cayendo en un estado de tristeza que no podía contener. Me sentía sola, deprimida por momentos, estaba viviendo una etapa difícil de mi vida. Sentía que algo me faltaba, pero no sabía qué era.

Una noche estaba en mi cuarto, era de madrugada, la una o dos y yo tenía la computadora encendida. Me acordé que llevaba mucho tiempo ya sin entrar a algún chat y el primer sitio que se me vino a la mente fue Latinchat. No me metí con la intención de platicar con alguien solamente, quería saber qué estaba pasando, de qué se platicaba aquella madrugada, qué estaban haciendo los otros. Sin ganas de relacionarme con alguien, sólo quería leer los mensajes ajenos. Entré a la sala de “amigos” y pensé en un nick que tuviera algo que ver conmigo: *rockergirl*. Entonces entré a la sala y estuve un rato leyendo lo que los otros decían. No me interesó ningún mensaje y rápidamente pasé la mirada por los otros usuarios, es decir, sus nicks. Vi uno que aparecía como *Mau1* y me llamó la atención, supuse que se llamaba Mauricio. A mí ese nombre siempre me ha gustado; en mis planes a futuro estaba tener un niño al que llamaría Mauricio porque es un nombre que, a mi parecer, suena fuerte.

Lo pensé por un momento y me animé a escribirle a esta persona, sólo lo saludé, le mandé un: “hola, ¿cómo estás?” Y él no tardó en responderme. Se dio la plática que uno siempre tiene cuando empiezas a conocer a alguien, las preguntas de ley: “cómo te llamas, qué edad tienes, a qué te dedicas, qué te gusta...” y una de las más importantes: “¿de dónde eres?” Él me preguntó primero, le respondí que vivía en México, D. F. Él me puso que era de San José, Costa Rica. La conversación continuó, nos pasamos nuestras direcciones de correo y nos hicimos amigos. Yo tenía novio en ese momento y Mauricio me comentó que él también estaba en una relación. De cierta forma eso creo un lazo porque los dos teníamos algo en común y, posteriormente, nos entendimos cuando alguno de los dos pasó por una crisis en su relación.

Fue en la época en la que inició el boom de Facebook. Nos añadimos como amigos y ahí ya vimos más fotos uno del otro, conocimos un poco más de la vida íntima del otro y así empezó nuestra amistad. A veces platicábamos, había días que no, pero la comunicación nunca se perdió. Una ventaja que tenía era que mis papás no se interesaban por las redes sociales, no sabían cómo funcionaban ni nada relacionado a ellas, así que me sentía con la libertad y la confianza de platicar con quien quisiera y si me llegaban a ver o a decir algo sólo les decía que eran amigos de la escuela y ya no me preguntaban más.

Finalmente, llegó el día en el que mi relación se terminó y yo me sentí muy triste, Estaba decaída, de nuevo me sentía sola, tuve algunos cambios físicos y emocionales y todo en conjunto me llevó a una inestabilidad emocional muy fuerte. Mi novio fue el que quiso “darse un tiempo” y eso me hizo sentir dejada, fea. Además de que en esas fechas me quedé sin trabajo. Me ofrecieron uno, lo acepté, pero como a los 15 días me dijeron que ya no me necesitaban, no me pagaron el tiempo que les laboré; por aceptar esta oferta dejé mi antiguo empleo en el que ganaba bien. Todo se me juntó: no tenía novio, no tenía trabajo, mis amigos ya no estaban, no tenía nada. Mi decaída fue tan grave que hasta en el psicólogo terminé. Hasta el día de hoy aquella ha sido la depresión más grande en la que he caído. Me despertaba llorando, me iba a dormir llorando, todo el día me sentía muy mal. Mis papás lloraron conmigo, me regañaron, hicieron de todo para reanimarme. Recuerdo que había días en los que me despertaba con derrames en los ojos... busqué la forma de llenar esos vacíos, algo más allá de lo que hasta entonces había intentado. Regresé al Facebook (lo había abandonado) y me reencontré con Mauricio.

Mauricio Guido se llama, en ese entonces tenía 37 años, costarricense y también había terminado su relación con su novia. Volvimos a platicar y le comenté mi situación, le dije cuán mal me sentía y hasta me le insinué en el sentido de proponerle que nos tratáramos e intentáramos algo. Su respuesta fue un no contundente, un clavo no saca a otro clavo, me escribió y me dijo que primero tenía que superar mis conflictos y ya que estuviera emocionalmente bien buscar

una relación, con él o con otro, pero hasta entonces debía solucionar mis conflictos.

Su respuesta me tranquilizó y me hizo pensar bien las cosas. En realidad era una locura, ya después que tuve mis ideas más ordenadas me creí una loca por haberle propuesto eso a alguien que no conocía y que además vivía en otro país. Nos conocíamos por fotos y una o dos veces nos habíamos visto por cam, pero aun así uno no se imagina lo que hay del otro lado de la pantalla. Quizá el motivo que me llevó a hacerle la propuesta de tratarnos fue que, cuando lo vi por primera vez por videollamada me pareció una persona tranquila, no me generó desconfianza. Era el mismo de las fotos de su Facebook y con esto me sentí más segura. Me gustó también su voz, era muy varonil y como es de Costa Rica tenía un acento más caribeño.

Con el tiempo vinieron más videollamadas, más conversaciones en tiempo real. Me gustó mucho que él siempre me centraba, me hablaba fuerte, pero de manera que mis pensamientos quedaban en orden. Por su edad era una persona que ya tenía experiencia en la vida, ya sabía de cierto modo cómo salir adelante pues con todo lo que me decía yo me daba cuenta de que era una persona experimentada. Esa madurez me atrapó y me motivó. Saber que había alguien que se preocupaba por mí y que me daba buenos consejos porque le importaba, fue una razón por la cual me empecé a interesar en Mauricio. A pesar de la diferencia de edades (yo tenía 25 años y él 37), pero no me importaron esos 12 años que me llevaba.

Pasamos de Messenger a Skype, pues el primero tenía algunas fallas y nosotros nos habíamos acostumbrado a comunicarnos a través de la cámara. Habían pasado dos o tres meses desde que nos reencontramos por Facebook y una noche me preguntó: “¿cómo te sientes?” Le respondí que muy bien, recuperada, feliz. Vino su propuesta sorpresiva: “¿qué te parece si nos empezamos a tratar?, yo hace tiempo que terminé con mi novia y quiero intentar ahora algo contigo, ¿qué dices?”

Estuve de acuerdo, me sentía emocionada, aún no ilusionada, pero sí muy alegre porque había alguien que se interesaba por mis cosas, alguien con quien posiblemente ya podría llenar ese espacio que me asfixiaba. Otro aspecto con el que me sentí unida a él fue que nos gustaba la misma música. La música siempre ha sido un aspecto fundamental en mi vida y que a alguien le gustara tanto como a mí me atrapó. A veces me sentía extraña por la diferencia de edades; en alguna ocasión le pregunté por qué a su edad no estaba casado. Sólo me dijo que no había encontrado aún a la persona especial que llenara ese espacio. Esas palabras me llegaron con más fuerza. A partir de ese día la comunicación se dio diario, sin falta: mensajes de texto, videollamadas, llamadas a mi teléfono, todos los días a lo largo de mes y medio, aproximadamente.

A mis papás le empecé a hablar de Mauricio, les tuve que decir dónde lo conocí y de dónde era, les hablé de él como mi amigo, y contrariamente a lo que imaginé, mis papás lo tomaron bien, con tranquilidad quizá porque vieron mi cambio, pues dejé de levantarme llorando, dejé de estar triste, volví a sonreír, a ser la misma de antes. Mi mamá sólo me decía que tuviera cuidado, que no creyera ciegamente en Mauricio. A él le comenté que mis papás ya sabían de nuestra relación y un día me pidió que le pasara a mi mamá para platicar con ella. La llamé y ella entró a mi cuarto y se hablaron, se saludaron y desde ahí empezó otra fase con una relación bonita entre mi familia y él. Se veían por videollamada, a veces mis dos papás hablaban con él, otras veces mi hermana platicaba con Mauricio y poco a poco se convirtió en parte de mi vida cotidiana. Yo misma me decía: “sí salgo con alguien, pero está lejos, está trabajando lejos”. Mis depresiones se fueron, mi ánimo regresó por completo, volví a arreglarme como antes, pues, aunque nos veíamos por cámara, siempre procuraba que me encontrara bonita.

Físicamente él no me disgustaba: tenía el cabello chino, negro, ojos verdes, güerito, delgado, pero no tirándole a muy flaco. Casi todo de él me gustaba, lo único que no me convencía era su nariz, por cámara se le veía algo grande, pero nada más. Me gustaba su voz, cómo me trataba, me gustaba que me hablara todo el tiempo. Llegara de donde yo llegara, lo primero que hacía era conectarme

porque sabía que él estaría ahí esperándome y nunca falló. Transcurrieron quizá tres meses y Mauricio se compró un smartphone. Yo ya tenía uno y en esos teléfonos puedes descargar una aplicación que se llama Viber. Con ésta puedes hablar gratis adonde quieras y el tiempo que quieras, siempre que haya conexión Wi-Fi. A partir de que él se compró su celular y descargó la aplicación, nuestra comunicación se centró en las llamadas telefónicas gratuitas. Por Viber o por WhatsApp para mensajes.

A veces comentábamos la posibilidad de que alguno de los dos viajara y nos conociéramos. Yo quería salir de la ciudad, irme lejos porque aquí tenía muy malos recuerdos. Quería irme muy lejos y empezar otra vida. Se lo comenté a él y me canalizó con un psicólogo de allá de Costa Rica. Sabía que yo aún no superaba al ciento por ciento lo que me había pasado. Con este psicólogo nos comunicamos por videollamada y me ayudó mucho a salir de ese hoyo en el que me encontraba. Este psicólogo también atendía a Mauricio porque él también había tenido una relación tormentosa. La recomendación que nos dio fue darnos más tiempo, que no nos aceleráramos y nos diéramos nuestro propio espacio. Pero a veces uno quiere hacer las cosas a su manera sin tomar en cuenta opiniones ajenas.

Sorpresivamente sí me liquidaron en el trabajo que duré dos semanas y ya tenía dinero; le dije a Mauricio que ya contaba con recursos económicos y su respuesta inmediata fue: “vente a Costa Rica”. Mi mamá estuvo de acuerdo con la propuesta, pues al ver mi cambio en los últimos meses supuso que Mauricio era una buena persona. Ella misma me animaba a irme, me decía que me apoyaba si eso era lo que yo en realidad buscaba, pues me veía tan feliz que pensó que allá haría una nueva vida y mejor. Pero a veces los planes se vienen abajo y por culpa de una deuda de una tarjeta que habíamos olvidado liquidar tuve que darles el dinero a mis papás para que completaran y pagaran el monto total que, con los intereses, ya era un número grande. Para entonces yo ya le había dicho a Mauricio que sí me iba a Costa Rica y él empezó a moverse para buscarme un lugar en dónde vivir y trabajar. Hasta mandé mi currículum.

Cuando le di la mala noticia de que me había quedado sin dinero, escuché cómo se entristeció al igual que yo. Sin embargo, el deseo de conocernos seguía persistente y me decidí ahora yo a proponerle que viniera a México: “si tú quieres y te interesa, ven a México, yo no iré a Costa Rica, pero ven tú, yo te doy hospedaje, vente el tiempo que quieras venir, pero vamos a conocernos”.

Durante un mes no me dio una respuesta concisa y la propuesta quedó en el aire. Hasta que un día me llegó con la sorpresa de que había comprado un boleto para viajar acá a México. Vendría en diciembre, el 14 específicamente, viajaría por Interjet y se quedaría un mes aquí.

Me dio la noticia dos meses antes de su llegada y yo me puse incontrolablemente contenta, me alegraba tanto que viniera, pues tenía la idea de que él llegaría a poner orden en muchas cosas de mi vida. Nuestras pláticas se hicieron más intensas y continuas, todos los días nos dormíamos a las tres o cuatro de la mañana por estar hablando y aun así no nos cansábamos de seguir platicando. Y entre tantas conversaciones a veces hablábamos inevitablemente de sexo. Había insinuaciones, pero hasta ahí. A pesar de comunicarnos por videollamada nunca llegamos más allá de yo verlo sin camisa o él a mí en pijama.

Casi al día siguiente de que me dijo que vendría yo empecé a buscar un cuarto para que él se quedara. Mis papás me vieron tan emocionada que ellos también se emocionaron. Entre todos acondicionamos una habitación que tenía hasta su baño listo y yo gasté como cinco mil pesos arreglándolo, pues le compré cortinas, lo pintamos, pusimos cama nueva; en general todo fue comprado para cuando Mauricio llegara.

Para ese momento yo también ya conocía a su familia, me los presentó por cam a todos: a su mamá, a su papá, hermanos, sus hermanas me escribían por WhatsApp, yo seguía hablando con el psicólogo que Mauricio me presentó y todo esto me llevó a confiar en él totalmente. Nunca dudé en dejarlo vivir en mi casa.

Los dos meses se me pasaron más o menos rápidos. Estaba muy ansiosa, nerviosa, emocionada, feliz. Y cuando llegó diciembre y el día de su llegada

estaba más próximo, ya no podía ni dormir. Él también estaba muy emocionado, me mandaba fotos de sus maletas, lo que traería. Le advertí que acá hacía frío y que debería traerse abrigos, porque no es como allá en su país que es más cálido el clima.

Cuando estaba sola me ponía a pensar en la historia que estábamos escribiendo, hasta ese momento no puedo decir que estaba enamorada, era más bien la emoción o la ilusión por conocer a alguien fuera de mi entorno, imaginaba a la gente a quien se los presentara y ellos dijeran: “él es costarricense, ella es chilanga, sus hijos van a ser chilango-ticos (a los costarricenses se les conoce también como “ticos”)", o algo por el estilo.

Otras veces me veía al espejo y pensaba en ponerme a dieta, ni modo que me vea toda gorda, pensaba, pero luego sustituía esa idea con: qué me conozca como soy, no me importa, ni él ha de estar muy chulo. Deseaba tanto que llegara, que ya estuviera ahí conmigo, quería verlo, tenía tantas ganas de abrazarlo. Lo veía como el complemento perfecto: le gusta la misma música que a mí; éramos de la misma religión, cristianos; lo imaginaba más alto que yo (nunca se me ocurrió preguntarle cuánto media, fue un aspecto que, a pesar de ser importante para mí, dejé pasar). Por momentos, hasta creí que ese era el propósito de Dios: conocernos y formar un hogar.

Un día antes de que Mauricio arribara a la ciudad yo me sentía tranquila en comparación con días pasados; me pareció extraño estar así. Mis actividades no cambiaron en lo absoluto y mis papás también lucían tranquilos. El 14 de diciembre me levanté un poco más tarde de lo habitual porque una noche antes habíamos platicado hasta tarde y yo estaba desvelada. Recibí un mensaje suyo por la mañana en donde me avisaba que ya iba saliendo de su casa. Hora y media más tarde me mandó otro avisándome que ya se iba a registrar. Yo ya estaba apurada bañándome, arreglándome y dejando todo listo. Afortunadamente vivo cerca del aeropuerto, en cinco minutos estoy en la terminal.

Su vuelo llegaba a la ciudad a las cuatro de la tarde, pero se demoró hora y media en bajar porque había tráfico de aviones. Esa tarde mi papá me llevó al aeropuerto. Llegamos a las cuatro pero por el inconveniente de los aviones tuve que esperar. Veía constantemente las pantallas de los vuelos y veía que el suyo venía demorado. Eso me tranquilizó porque me di cuenta que Mauricio no me había mentado con su viaje. Mi papá se quedó en el carro. Yo sola fui a recibirlo, era un tipo de conspiración del universo para que los dos nos viéramos a solas por primera vez.

Pero Mauricio no llegaba, a pesar de que ya habían descendido los pasajeros. Me pareció extraño que no llegara. Hasta pensé que me había equivocado de Terminal, pero no, él llegaría a la Terminal 1; yo estaba además al pendiente del vuelo, había llegado a la hora que él me había dicho y ya hasta llevaba casi dos horas esperándolo. Yo ya sabía cómo llegaría vestido porque una noche antes me enseñó la ropa que usaría: una camisa de cuadros azul marino con rojo, tenis negros y pantalón de mezclilla. Yo también iba vestida como lo hago en mi vida cotidiana: botas, pantalón, una blusa y una chamarra, porque esa tarde hacía frío.

Seguía en la sala de espera cuando escuché a una persona que dijo: “nosotros venimos de Costa Rica, pero ahí dentro hay mucha gente y se están tardando con las maletas”. No me lo dijeron a mí, sino a una persona que, supongo, era compañero suyo. Escuchar eso me calmó, Mauricio sí estaba ya en nuestro país, pero estaba atorado esperando sus maletas.

Pasaron algunos minutos más hasta que vi que se acercaban varias personas de la sala donde llegaban los vuelos de América Central. Levanté la mirada y sin buscar mucho lo vi... vi a un chavo que venía caminando, ¡era él! Lo primero que pensé fue: ¡adiós tacones! Sólo bastó la primera mirada para que me llegara la primera frustración.

Sé que soy chaparrita (1.55) y sin llevar tacones Mauricio me llegaba a la frente. Luego vi la maleta que traía, me pareció enorme, tanto que hasta imaginé que en cualquier momento le ganaría el peso y se caería. Físicamente cambiaba un poco

en comparación con las videollamadas: era bajito, estaba más delgado, el cabello sí era chino, pero por la cámara no se veía canoso y en la realidad sí tenía algunas canas ya. Los 37 años sí se le notaban mucho, no como cuando nos veíamos por la computadora, ahí parecía tragaños, pero al momento de tenerlo frente a mí no era tan tragaños. A pesar de sentirme feliz por tenerlo ya frente a mí después de tantas pláticas interminables, no me generó la misma confianza que antes, es decir, no le creí todo lo que hasta entonces me había dicho. Al principio me dijo que tenía 30 años, tiempo después subió su edad a 34, luego fueron 35 y se estancó finalmente en los 37; de ahí ya no pasó o no quiso pasar. No supe bien si esa era su edad real, si era en verdad, soltero o viudo, divorciado, con hijos...

Su reacción hacia mí fue muy positiva, supe desde que me vio que yo sí le gusté. Me dijo que me veía igual que en la cámara, quizá un poco más morenita, pero nada más, en todo era la misma persona que había visto todos estos meses. Yo no le hice ningún comentario a fondo respecto a mi impresión sobre él, sólo lo abracé y le dije que me daba mucho gusto conocerlo finalmente y tenerlo aquí en mi país.

En el momento en que lo abracé un sexto sentido (ese del que gozamos las mujeres) me llevó a sentir un mínimo rechazo hacia Mauricio. Mi mente me decía: "no, gracias, no me gusta". Hasta pensé en decirle ahí mismo: "¿sabes qué? mejor no, regrésate". Pero al mismo tiempo calculaba en los hechos: había venido desde Costa Rica, había gastado en su boleto de avión, había llegado a un país que no conocía con personas que le habían prometido darle alojamiento y con todo eso yo no podía, a la hora de la verdad, salir con mis tonteras y pedirle que se regresara porque no me había gustado. Busqué otras alternativas: quizá es buena persona. Y le repetí: qué bueno que ya estás aquí.

Lo abracé por encima porque estaba tan chaparrito que no sabía ni por dónde agarrarlo. Ese día había planeado llevarlo al festival de un sobrino mío de la escuela. Nos fuimos hacia el carro de mi papá. Mauricio traía en realidad dos maletas y cuando nos dirigíamos hacia afuera del aeropuerto yo no dejaba de verlo. Él se sentía muy feliz porque para los centroamericanos el venir a México es

el equivalente a que los mexicanos vayamos a Estados Unidos u otro país de primer mundo; ésta es como la tierra prometida para ellos y quienes pueden venir es porque tienen los medios, es para personas de dinero. Por eso él me decía constantemente: no puedo creer que esté yo aquí.

Llegamos al carro, mi papá lo vio y noté cómo se aguantó la risa (en mi familia somos muy burlones, nos reímos y hacemos chistes hasta de nosotros mismos), pero se comportó como un señor amable y respetuoso. Le ayudó a subir sus maletas al carro y partimos. En ese trayecto de la sala de espera al auto me di cuenta de varios aspectos en Mauricio: su maleta se veía descuidada, sus zapatos estaban sucios, incluso cuando vi su gran maleta así de maltratada lo primero que pensé fue: ¡qué fea maleta! ¿por qué no trajo una más decente? Algo no me gustaba de él, ese sentimiento de desconfianza y de no querer tenerlo aquí persistía.

Por razones quizá del cambio de clima y de la altura, Mauricio se puso mal: se le subió la presión y le dio mucho nerviosismo. Le dimos una pastilla, se tranquilizó y la noche continuó normal. El festival y luego la cena en familia transcurrieron de forma normal. Mi familia lo aceptó bien, sólo mi sobrinito en un principio le hizo el feo. Incluso le dijo: “no te vas a quedar en mi cama a dormir”. Porque el cuarto que habíamos acondicionado para Mauricio era el cuarto de mi sobrino.

- No te preocupes, le dijo Mauricio, yo sólo vengo de visita.

- ¡A ti no te quiero! –le respondió y todos tratamos de calmar al niño.

Fuera de ese incidente, el resto de la noche transcurrió bien, tranquilamente. Mauricio estaba impresionado por tanto edificio que hay aquí en la capital. Él nos comentó que allá en Costa Rica casi no los hay y quedó más encantado cuando esa misma noche lo llevamos a comer pozole. Tuve la oportunidad, meses antes, de viajar a Guatemala y una de las características de Centroamérica es que su principal alimento es el arroz y el frijol. Y todo el tiempo comen arroz con frijoles. Los días que estuve allá me aburrí de solamente comer eso, extrañé los tacos, los pambazos, las gorditas, las quisadillas, el pozole. El plato característico de Costa

Rica es el Gallo Pinto: arroz y frijoles revueltos con cilantro, cebolla y otras cosas que no recuerdo. Con tanto arroz y frijoles, en alguna ocasión le dije a Mauricio: “cuando vengas a México te vas a enamorar de la comida mexicana”.

Conforme pasaban los días yo me sentía más inconforme con él porque no era lo que yo esperaba, pero me daba la oportunidad de conocerlo bien porque quizá era una persona buena, que valía la pena interiormente. No pude evitar recalcarle su baja estatura en varias ocasiones. En verdad, la estatura en un hombre es muy importante para mí, me gusta verlos hacia arriba no hacia abajo. Eso y otras actitudes, con el tiempo, lo fueron dando a conocer. Por ejemplo, se acercaba el 24 de diciembre y con ello el intercambio de Navidad.

- Vamos a comprar los regalos –le dije.

- No, porque no tengo ya dinero.

- ¡Cómo que no tienes dinero! Si sabías que te ibas a quedar un mes acá.

- No, espera, deja marco a Costa Rica para que me depositen porque necesito un dinero que me deben.

Así lo manejó él, como “un dinero “que me deben”, y yo le preguntaba cuánto había traído para acá. Me dijo que sólo trajo tres mil pesos, ¡tres mil pesos para sobrevivir un mes! Está claro que no le alcanzó para nada. Y ahí fue donde empezaron los problemas por el dinero. Me empezó a decir (en tono de reclamo) que yo vivía en un estatus más alto que él y que eso lo avergonzaba. En parte tenía razón pues cuando salíamos a comer nos gastábamos entre 500 y mil pesos. Cuentas que pagaban mis papás porque si algo tienen es que a sus huéspedes les pagan todo. Pero en ocasiones Mauricio se ofreció a pagar y el dinero se le fue como agua. Hasta que llegó el momento en que ya no tenía para nada, se le acabó todo.

Para el 24, Mauricio me dijo que esperaba ese depósito, pero no se lo hicieron. El 25, por ser día festivo tampoco le depositaron. Hasta el 26 sólo le pusieron dos mil pesos en su cuenta. Ese dinero que él decía “le debían” en realidad era dinero que

su mamá le había depositado, nadie se lo debía, de esto y otras mentiras me enteré casi al final de su estancia aquí en México

Fue imposible que mis papás no se dieran cuenta de la situación. “¿Qué no vino preparado?” Me preguntaron y yo no supe qué responderles. Tuve que encarar a Mauricio y pedirle explicaciones. Entre esas explicaciones le pregunté a qué se dedicaba realmente.

Hasta antes de ese momento, él me había dicho que hacía material didáctico para escuelas, a eso se dedicaba según él. Yo soy maestra y hasta donde tengo entendido eso se vende muy bien. Pero la realidad era otra: su verdadero trabajo era hacer discos piratas de música infantil. Esta verdad no me la reveló tan fácilmente, le tuve que insistir y casi gritarle para que me dijera qué hacía en realidad.

- ¿A qué te dedicas, qué haces? –le dije con mi paciencia ya casi agotada.

- Yo hago material infantil –repetía.

- ¡Pero qué material infantil haces para ganar ese dinero!

- Es que yo gano más aquí que estando en una oficina.

- ¡Eso no puede ser posible, enséñame qué clase de material haces!

Y viéndose acorralado no tuvo otra escapatoria más que sacar sus discos piratas.

- ¡Qué! –casi le grité ¡cómo puede ser que te dediques a esto!

- Yo hago discos, este es mi material didáctico.

Yo no me la creía, estaba sacada de onda, ¡cómo era posible! Eso no era un trabajo y para colmo tenía sueños muy guajiros: quería crear una empresa en la cual hiciera él campamentos. Allá en Costa Rica los campamentos son muy buen negocio, pero claro está que hay empresas enormes que los pueden hacer. Mauricio había organizado dos o tres anteriormente y con eso ya creía que tenía una superempresa. Pienso que conmigo sintió que se sacó la lotería: yo estaba

económicamente bien, trabajaba, tenía una carrera; él, no, él se quedó hasta la prepa.

Su tirada era que yo me fuera con él a Costa Rica para trabajar y mantenerlo, no me lo decía abiertamente, pero como yo trabajaba, aunque no sea en lo relacionado a mi carrera no me iba mal, mis papás también vivían acomodadamente. Seguro eso le hizo creer que conmigo tendría una estabilidad económica y posiblemente que yo lo mantendría.

Cuando estaba sola por las noches casi siempre, antes de dormir y me ponía a pensar en todo lo que había sucedido me desanimaba más. No era la persona que yo había conocido ni física no emocionalmente, era alguien muy inestable, alguien que tenía actitudes que me asustaban, una de estas actitudes poco normales sucedió un 28 de diciembre. Mi familia y yo fuimos a una tienda departamental a comprarnos ropa para estrenar el 31. En la tienda cada quien agarramos nuestro camino y nos vamos a escoger lo que nos gusta. Yo me fui con Mauricio. Mis papás a esas alturas ya no estaban conformes, pues vieron que no tenía dinero ni para mantenerse él, se dieron cuenta de que carecía de un buen sustento económico. También supe, al final de la historia, que el boleto de avión ni siquiera lo compró él, se lo compró su mamá. Verdaderamente fue toda una mentira lo que él construyó a lo largo de todo el año que estuvimos en contacto. Mis papás le retiraron ciertos privilegios, por ejemplo, dejaron de pagarle las comidas.

Cuando fuimos a esa tienda a comprarnos ropa era seguro que tampoco le pagarían las prendas que él eligiera y yo no estaba tan dispuesta tampoco a hacerlo. Yo estaba escogiendo un vestido para mí cuando Mauricio me dice que va a buscar un saco. Adelante, le dije y pensé: pero a ver con qué dinero lo pagas. Quizá imaginó que yo se lo compraría de regalo. Elegí un par de vestidos y me metí al probador. Es normal que las mujeres nos tardemos horas probándonos ropa. Los hombres saben esto y saben también que tienen que esperarnos. Cuando salgo de haber elegido mi vestido veo que mi mamá se acerca muy alterada.

- ¡Busca a Mauricio! –me dice. Te está buscando, ya hasta fue a decirle a la policía que te secuestraron.

Mi reacción fue de incredulidad, de no entender lo que mi mamá me trataba de decir, no salí corriendo a buscar a Mauricio porque no me parecía lógico que hubiera actuado de esa manera.

- ¡Está loco! –fue lo último que me gritó mientras me empujaba para que fuera a buscarlo.

Mi mamá estaba muy enojada porque además Mauricio, al no verme y al ver que mis papás se tomaban las cosas con calma porque sabían que yo estaba bien, segura, eligiendo mi ropa, le gritó a mi mamá:

- ¡Su hija se perdió y usted ni en cuenta!

- ¡Cálmate! Ha de estar en el probador, yo conozco a Diana, ha de estar ahí probándose ropa.

- ¡No, es que no se vale! Yo estoy buscándola, ¡lleva dos horas perdida!

Por supuesto que me tardé, pero no fueron dos horas, fue una a lo mucho. Salgo también alterada a buscarlo y cuando por fin lo encuentro con toda tranquilidad me dice:

- Te estaba buscando, ¿me acompañas a escoger un saco?

- A ver Mauricio, cálmate. Dime, ¿qué pasa?

- Es que te estaba buscando.

No solamente mi mamá, sino las otras personas de mi familia con las que fui a la tienda me dijeron que Mauricio me estaba buscando como desesperado, pero con una desesperación que a todos les pareció extraña o anormal.

- A ver Mauricio, cálmate –le volví a decir y su semblante le cambió repentinamente.

- ¡Es que yo te estaba buscando, no se vale! ¿con quién te fuiste? Tú traías brillo labial, ¿por qué ya no lo traes? ¡Te fuiste con tu exnovio, verdad! Vino y se fueron a besuquearse...

Yo me quedé con la boca abierta, no creía lo que estaba diciendo. Hubo un momento en el que le grité que se callara y se calmara. Le pregunté si tomaba algún medicamento porque de ser así en ese momento iríamos rápidamente a comprarlo porque no lo reconocía.

Mauricio empezó a sudar frío, empezó a oler mal, yo creo que por el mismo sudor olía mal, mi mamá nos vio discutiendo, se acercó y me preguntó qué pasaba.

- ¡No te quiero ver cerca de mi hija! –le dijo mi mamá. Los dos ahorita se vienen conmigo y quiero hablar con tus papás.

En ese momento a Mauricio le cayó el veinte y se empezó a tranquilizar. Se calmó, pero a partir de ese día se puso mal, siempre muy mal. Eso fue el día 28 de diciembre y él tenía planeado regresarse el 11 de enero.

- ¡Cuando llegemos a mi casa agarra tus cosas y lárgate, vete a Costa Rica, no te quiero ver!

- Es que no tengo dinero para comprar el boleto.

- ¡No importa, yo te lo pago, pero lárgate, vete, no te quiero ver aquí cerca, me asustas!

Mi mamá pidió que nos calináramos y que lo mejor sería platicar, saber qué sucedía en realidad porque ninguno de mi familia entendíamos. Mauricio le dio cualquier excusa, pero ya, aparte, me dijo todo lo que debió decirme desde un principio:

Estuvo internado en un hospital psiquiátrico aproximadamente cuatro años atrás. Lo internaron por una depresión muy fuerte que tuvo ya que a él lo dejaron plantado en el altar. Su depresión fue tan grave que terminó en un hospital psiquiátrico. De ahí que se volvió paranoico y lo demostró cuando estuvo viviendo

con nosotros. Porque no solamente fue eso, sino otras actitudes que tenía y fue ahí donde empecé a atar todos los cabos y entender el porqué de sus actitudes.

Por ejemplo, en otra ocasión, ya pasado el Año Nuevo, fuimos al cajero porque él necesitaba retirar dinero, sus amigos o familiares se la pasaban depositándole. Tuvo la mala suerte de que su tarjeta se le atorara.

- ¡No puede ser posible que esto me pase a mí! ¡ya me anda del baño, me anda, me anda!

Le daba diarrea y tenía que correr al baño. No podía controlar sus nervios ni emociones. Se fue al baño extremadamente nervioso, le empezaban a sudar las manos, se ponía mal, hasta llegué a pensar que ahí mismo le daría un paro y yo me sentiría culpable. En cuanto salió corriendo y volteé al cajero vi que sacaba la tarjeta, había tecleado mal el número. Recojo el plástico y ya que regresa Mauricio se la entrego.

- Gracias, ¿nos vamos? –me dice con toda la tranquilidad que no pudo guardar unos minutos antes. Ese tipo de actitudes eran las que me sacaban de lugar y me empezaron a dar miedo.

Yo cambié también de estar esperando con mucha ansiedad a que llegara por esperar desesperadamente que se fuera. Hubo otro momento en el que nos pusimos a lavar nuestra ropa. Como vivo muy cerca del aeropuerto no dejamos la ropa tendida afuera porque se vuela, literalmente se la lleva el avión. Estábamos lavando y le dije a Mauricio que guardara sus calcetines para que no se volaran. Pero no me hizo caso y, hasta donde imaginé, se le volaron.

Ya que habíamos terminado y estaba yo abajo en la sala él llega y me reclama:

- Ya sé que le caigo gordo a tus papás, pero que me roben los calcetines no es posible.

- ¡Qué! Mauricio, nadie te robó tus calcetines, seguramente se volaron por los aviones.

- ¡No, yo los dejé ahí colgados!

Me enojé tanto que, de un brinco me levanté, y subí a la azotea. Busqué los calcetines y encontré uno café.

- ¡Este es tu calcetín! –le grité muy enojada.

- ¡No, ese no es mío!

- ¡Cómo no! Aquí son los únicos calcetines que hay!

- ¡No son míos, tus papás me los robaron!

Después del día 11 cuando él se fue y vaciamos el cuarto, encontramos los calcetines debajo del colchón, escondidos.

Esos últimos días con él fueron horribles, yo ya quería que se fuera, no me gustaba que estuviera en mi casa. Mis papás tampoco lo querían, yo creo que una persona promedio no hace ese tipo de cosas. A mí ya me asustaba el hecho de salir con él, siempre trataba de salir acompañada. Hubo insinuaciones sexuales, hubo días en los que me dijo que nos fuéramos al hotel, pero yo nunca cedí. Por el mismo temor de que se pusiera muy loco no se lo decía así literal, sino que ponía pretextos como que estaba cansada, ocupada o me sentía mal. Con esas insinuaciones supe en realidad a lo que venía: a embarazarme, a engancharse a mí.

Un día que fuimos al cine me dio su celular. Sin que se diera cuenta lo revisé y vi que tenía un gran número de personas, mujeres, en su agenda. De varios países de Latinoamérica, lo supe porque a un lado del nombre venía el país. Tenía una gran cantidad de mensajes de chavas de allá de Costa Rica. Cuando a mí me decía que salía con sus amigos en realidad iba al cine con alguna de estas personas. Muchas mentiras envolvían la vida de Mauricio.

Aquí en México vive un amigo de su psicólogo y Mauricio se tuvo que ir a vivir con él por unos días porque nosotros ya no lo aguantábamos. Llegó el punto en el que mi mamá me dijo: “o lo corres tú o lo corro yo”. Yo, de la manera más suave que

encontré, le dije que se fuera con su amigo, yo ya iba a entrar a trabajar y no nos parecía amable dejarlo solo toda la mañana. Eran las primeras semanas de enero y las últimas de él aquí.

Se fue a vivir con esta persona unos días y después nos enteramos que le hizo lo mismo que a nosotros con los calcetines, pero a su amigo con el celular. Que le había robado su celular, que le diera su teléfono. Esta persona también es tico pero él radica aquí en México porque se casó con una mexicana y decidieron quedarse en este país a formar su familia. También corrió a Mauricio por sus paranoias.

Yo ya estaba muy asustada al ver todas sus locuras. Mauricio me propuso que me fuera a Costa Rica porque él ya vino a México y ahora me tocaba a mí ir para allá. Yo le decía que sí pero en mi mente me decía ¡no! Una semana antes de que se fuera yo hablé con mi mamá y le propuse que lo tratáramos bien para que se regresara tranquilo y no tomara represalias contra nosotros.

Finalmente llegó el tan esperado 11 de enero y su vuelo salía temprano, a las ocho de la mañana. Por tanto, teníamos que estar en el aeropuerto a las seis. Claro está que yo fui a dejarlo y nos llevó mi cuñado en su carro. Ya en la sala de espera le dije:

- Espero que te vaya bien, nos seguiremos viendo. Hay que darnos tiempo para ver qué pasa. Ya nos conocimos, vamos a darnos estos meses para extrañarnos y ver qué pasa –por fuera le decía eso, pero por dentro sólo pensaba: “no gracias, vete”.

Después de su visita seguimos en contacto como por tres meses y entonces ya decía que me extrañaba, que se arrepentía de muchas cosas. Luego supe que él fue a contarle a su psicólogo que los paranoicos fuimos nosotros y él siempre estuvo bien. Fue a defenderse allá, fue a decir un montón de cosas que no fueron ciertas y yo aun así no decía nada por no afectarlo. Pero el contacto entre nosotros fue más débil, lo corté poco a poco.

Empecé a salir con un amigo al que conocía desde la secundaria, estábamos en la posibilidad de iniciar una relación y en ese andar subíamos fotos al Facebook, publicaba estados referentes a cómo me sentía con él y Mauricio se enojaba, se molestaba mucho por todo lo que yo publicaba. Para entonces las conversaciones con Mauricio se limitaban a un: “hola, ¿cómo estás?”

Un día lo eliminé del Facebook sin remordimiento y 15 días después me enteré que Mauricio hablaba con mis amigas por este sitio y hasta les había pedido su número de celular para explicarles qué había sucedido aquí en México. Le hablé sólo para reclamarle que no se metiera con mis amigas, le hice saber que me molestaba que hiciera eso. Pero él seguía hablando con la gente de acá sólo para saber qué hacía yo, cómo estaba, quería monitorearme. Lo bloqueé del WhatsApp, lo bloqueé del Facebook, lo bloqueé del Viber y de todos lados, corté la comunicación tajantemente. Hasta el día de hoy no le hablo más.

Semanas después recibí mensajes a mi celular de Mauricio diciéndome que me extrañaba, que me valoraba y que no le importaba lo que decía el psicólogo, él quería hacer su vida y ser feliz. Le mandé un último mensaje de texto: “estás mal, Mauricio, necesitas buscar ayuda, necesitas un psiquiatra, necesitas valorarte, un trabajo estable, necesitas muchas cosas, pero conmigo ya no cuentes”.

Le cerré las puertas y, quizá dentro de su orgullo, al día siguiente me manda otro SMS diciendo que él era quien me mandaba a volar. Me sentí bien, me sentí liberada de él por completo. Hasta hace poco volví a recibir una llamada, pero esta vez de un número que no tenía registrado. Supuse que era él y al momento de contestar, colgó y desde entonces ya no he tenido ningún contacto.

Cuando pasan las cosas y uno empieza a recordar y a ver la situación a distancia y fríamente nos damos cuenta de las locuras que hicimos y si nos expusimos a algún peligro. En mi caso mis papás me llamaron la atención, se sentían frustrados como padres por haber permitido que esto llegara tan lejos. No nos pusimos a pensar que invitamos a nuestra casa a un desconocido, ¿y si hubiera sido una mala persona, un tratante de blancas, por ejemplo? Me obligaron a que

cambiara mi número de teléfono. Tuvimos miedo de que regresara e hiciera algo malo contra nosotros porque, durante el mes que vivió aquí, le enseñamos a moverse por la ciudad. Pero pensando bien las cosas ese temor no tiene mucho fundamento pues Mauricio es una persona que no tiene los recursos económicos para moverse, no tiene dinero y no creo que vuelva a venir.

Esta experiencia a pesar de haber sido muy desagradable no me llevó a otra depresión como las que viví antes de conocer a Mauricio. Al contrario, me sentí más madura, lo tomé como uno de esos tropiezos de los que uno debe levantarse y que no debemos enfocar nuestra vida en una persona porque no sabemos cuándo esa persona nos dejará o sucederán cosas desagradables. Por otro lado, no volví a conocer a nadie por Internet y me quedó muy claro que nunca más volveré a hacerlo. Yo ya no tengo contacto con Internet con personas que no conozco, cero páginas de chat y hasta a las chavitas que conozco les digo que si no conocen a alguien físicamente, no lo agreguen a su Facebook. Twitter, WhatsApp, Facebook son para divertirse y mensajearnos con nuestros amigos sin que te cobren. Les digo que no lo hagan porque, a mí me pasó esto, pero no fue más allá, he sabido de casos de chicas que se las llevan, las violan, les hacen cosas horribles.

A mí me preocupó mi sobrino porque él dormía en el mismo cuarto que Mauricio. Lo llevamos al psicólogo para saber si no le había pasado algo y le preguntamos a él mismo, pero sabemos que está bien porque es muy boquiflojo, siempre dice todo. Y me pongo a pensar: ¿qué hubiera pasado si yo me hubiera ido antes a Costa Rica? Porque esta persona está muy mal, necesita ayuda.

A los pocos días después de que se regresó a su país y estábamos hablando me dice:

- No puedo entrar a mi Facebook, ¡me lo bloqueaste! Entraste a mi cuenta.
- Cálmate Mauricio, yo no te lo bloqueé.
- ¡Entonces me lo bloqueó alguien, alguien lo bloqueó!

No se lo bloquearon solamente había olvidado la contraseña. Y así, a la distancia, todavía seguía mostrando ese tipo de actitudes.

Actualmente he aprendido a darle prioridad a otros aspectos en mi vida: mi titulación, mi trabajo, la música. Y si quiero conocer a alguien que sea a la forma antigua. Yo creo que uno debe tener conciencia de sus errores y de sus problemas y si necesitas ayuda acudir con un especialista, no meterse a Internet y tratar de llenar esos vacíos, ese tipo de soledad.

A veces sigo soñando con el final feliz si no hubiera tenido Mauricio esos problemas que me alejaron de él. Me gustaba su nombre, me gustaba su apellido, me gustaba su acento, me gustaba que fuera de allá. Yo me veía con dos casas, una en casa país. Yo veía a mis papás viajando a Costa Rica para visitarnos o al revés. Pasar las Navidades y las demás fiestas viajando entre los dos países. Quería que mis hijos fueran ticos, ¡pero oh decepción!

## *Evelyn*

Martín me envió solicitud de amistad a pesar de que no nos conocíamos ni nunca antes habíamos trabado contacto. En aquel entonces lo que estaba de moda en cuanto a redes sociales era el hi5, corría el año 2008.

Yo era más joven y tenía la costumbre de no discriminar mucho a la hora de aceptar gente en mi red social. A diferencia de hoy en día que, por la madurez y principalmente las experiencias que uno vive, no acepto a cualquiera. Pero en aquel entonces era diferente, yo estaba cerca de cumplir 19 años, estudiaba mi licenciatura, tenía amigos y la moda de las redes sociales, al igual que a muchas personas principalmente de mi edad, me había jalado. Empecé por curiosidad, porque tampoco me interesaba conocer personas por Internet, pero con el tiempo fui, por decirlo de cierto modo, tomándole confianza al medio.

Un día vi la solicitud de Martín y, a pesar de no conocerlo, no tardé en aceptarlo. No porque él en sí llamara mi atención, sino por su foto de perfil: mostraba su abdomen y se le veía trabajado, se notaba que hacía mucho ejercicio y eso me movió. Digan lo que digan siempre nos fijaremos primeramente en el físico.

A pesar de haberlo aceptado y de que él a veces me dejaba mensajes, yo no le respondía o le contestaba cualquier cosa. En parte porque yo sabía que así como lo acepté principalmente por su foto de perfil, él seguramente me agregó por la mía: era una imagen en donde se veía mi blusa abierta y parte de mi busto. Desde que subí esa foto se incrementó el número de solicitudes que recibía.

Martín era insistente con sus mensajes, un día me dejó su mail para que lo agregara al Messenger y lo hice. Ahí me conectaba diario, a diferencia del hi5, por lo que el contacto entre nosotros se volvió más frecuente. Podría decir que en Messenger nos conocimos: cómo te llamas, a qué te dedicas, qué haces... las preguntas básicas para empezar una conversación. A través de las conversaciones escritas nos fuimos tomando confianza y pasamos de las pláticas intrascendentes a hablar de nuestras vidas en un tono más amistoso. Me enteré que él había tenido una novia, pero esta se fue a vivir a otro estado de la

república, así que sentimentalmente él estaba lastimado. En ese momento también yo pasaba por una crisis emocional en cuanto a romances. Ése fue el motivo por el que nos empezamos a relacionar más, encontramos un punto en común y fue el lazo que poco a poco nos fue acercando.

La situación dio un giro pues ahora era yo la que le insistía para conocernos. Él no accedió inmediatamente. Sin embargo, a lo largo del tiempo que duramos platicando (un mes o mes y medio aproximadamente) el cariño o quizás hasta podría llamarlo “amor” se daba con más fuerza. Pasamos de ser dos desconocidos a ser dos personas que se hablaban con cariño por Messenger. Había veces que yo me conectaba solamente porque sabía que él estaría también en línea. Abría mi sesión y Martín era el primero en saludarme, “hola, ¿cómo estás? ¿cómo te fue hoy?” Palabras así que me movían y me hacían sentir bien porque uno sabe que hay alguien que se preocupa por ti, que te saluda con gusto y hasta a veces te escribe palabras bonitas.

Sin darme cuenta pasamos del “hola, ¿cómo estás?” al “hola, mi amor” u “hola, mi vida”. En Martín estaba encontrando el tono de amor, romántico que uno busca en una persona. Los sentimientos crecían, él ya había olvidado a la chica que lo dejó y yo ya no me sentía triste por los desamores que hasta unas semanas atrás me tenían con el ánimo caído. Pasamos de las pláticas al intercambio de fotos de todo tipo: desde las convencionales hasta esas que son... un poco subidas de tono, es decir, no mostrando todo sin reparo, pero sí fotos con un poco menos de ropa o ropa más sensual o arreglada de cierta manera. Y las suyas también, mostrando su cuerpo de gimnasio, físicamente se veía bien, él no me parecía feo y a partir de que le mandé mis fotos él me empezó a decir que yo estaba bien bonita.

Finalmente se dio la oportunidad de conocernos y aunque ya le tenía cierta confianza preferí vernos en un metro, en un sitio público. Estaba muy nerviosa y emocionada al mismo tiempo. La cita la pactamos a la una de la tarde, no recuerdo exactamente el día, pero con seguridad fue un viernes o sábado. Me maquillé, me arreglé bien y hasta salí con tiempo pues no quería llegar tarde. El punto de encuentro fue en la estación del metro La Raza. Nuestro plan consistía

en ir al cine y luego quizás a comer. Platicar, conocernos. En mí se mantenía la ilusión por volver a enamorarme y estar con alguien que me quisiera, es decir, un novio.

La cita la pactamos aproximadamente con una semana de anticipación. Los días anteriores al encuentro yo me sentía un poco nerviosa y conforme avanzaba el tiempo los nervios subían de nivel. Martín y yo seguíamos mandándonos mensajes y constantemente tocando el tema de la cita. Para entonces las palabras románticas eran comunes. Yo me sentía un poco feliz, ilusionada a lo mejor. Y cuando estaba ahí esperándolo en el andén –llegué con algunos minutos de anticipación- los nervios me comían más y más. A cada metro que llegaba yo buscaba a Martín entre los hombres que descendían. Por momentos me parecía verlo, pero era sólo imaginación mía. No quería pensar en las posibilidades de que me hubiera dejado plantada pues hasta una noche antes, cuando nos despedimos recuerdo que me dijo: “te veo mañana”, y repitió como para que no se me olvidara, “a la una en metro La Raza, línea amarilla, en medio del andén”. Hacía tiempo que nos habíamos pasado nuestros números de celular y constantemente revisaba el mío esperando un mensaje o una llamada que me dijera que venía en camino, se le había hecho tarde o, muy a mi pesar, que no iba a llegar. Pero nada, ni un mensaje ni una llamada. Pasaba de la una de la tarde, no muchos minutos, pero ya había pasado la hora en la que supuestamente nos veríamos. Estaba por marcarle cuando vi que otro tren llegaba. Esperé a ver si en ese llegaba Martín y así fue.

Mi ilusión se vino abajo en un segundo, literalmente, pues la persona que me saludó no era la que se veía en las fotos. Es decir, sí era Martín, pero en persona no me agradó como ocurrió en la pantalla. En ese momento entendí lo que pasó: no subía cualquier foto, sino solamente aquellas en las que se veía su mejor ángulo (como la mayoría de las personas). Yo mido 1.68 metros e imaginaba que él sería más alto que yo o por lo menos de mi misma estatura, pero no, resultó ser más bajito. Era muy delgado para mi gusto, la cara se le veía de un niño muy chiquito, a pesar de contar ambos con la misma edad (18 años). Inmediatamente

me di cuenta de que tenía los dientes chuecos y era prácticamente imposible no notarle el acné, tenía mucho. Me saludó efusivamente, en menos de un minuto de habernos conocido en persona y sin haber cruzado una veintena de palabras yo ya quería irme, regresarme corriendo a mi casa y olvidar esa experiencia. Deseaba fervientemente que algún metro llegara para subirme y huir pero ni uno solo arribó.

Como no pude escapar me resigné al plan original de ir al cine. Nos presentamos formalmente, hablamos brevemente mientras estuvimos ahí parados y cuando caminamos (transbordaríamos en Instituto del Petróleo para llegar a Parque Lindavista) noté que Martín cojeaba. Observé disimuladamente y noté que tenía algo así como una deficiencia en su cadera lo que le provocaba que cojeara. Eso tampoco me gustó, no por considerarme una persona que discrimina, pero eso jamás me lo mencionó en las conversaciones. Fue una realidad inesperada. Para entonces mi idea de una cita en la que pudiera surgir una relación de novios se había ido a la basura.

Sin embargo, me sentía comprometida por lo que no me atreví ya a dejarlo ahí. Si en el primer instante que lo vi hubiera aparecido un metro, sin dudarlo me hubiera subido y ahí habría terminado todo, en el instante, pero ya íbamos en camino al cine y a cada paso que dábamos menos me animaba a escapar.

Recuerdo que él me hacía la plática o intentaba entablar una conversación y yo sólo le contestaba con puros monosílabos: “sí” o “no”. Por momentos me preguntaba, “¿qué tienes?” “Nada”, le respondía tratando de no ser grosera, “es que había mucho tráfico, estoy cansada, me duele la cabeza, me duele la panza...”, le inventaba cualquier pretexto. Lo peor era cuando Martín intentaba acercárseme y yo me alejaba.

Llegamos al cine y Martín compró los boletos. La película que vimos fue *Sex and the city*. Quizá fue la oscuridad de la sala, posiblemente la película que veíamos o la confianza que le había brindado a través de las pláticas que se sintió con la

confianza de acercarse e intentó besarme. Yo vi su cara muy cerca de la mía y no me gustó, es decir, me seguía desagradando y evité el beso.

Luego intentó volver a besarme, se me acercaba mucho, me quería por momentos abrazar, pero yo siempre lo traté de mantener a distancia hasta que llegó el punto en el que le dije: “no, espera, vas muy rápido”. Yo no estaba dispuesta a compartir nada con él. Cuando terminó la película y salimos de la sala, Martín me preguntó: “¿y ahora qué?” Fríamente le contesté que ya era tarde y me tenía que regresar a casa, aunque en realidad no era así, apenas daban las cinco.

Incluyendo la película nuestra cita había durado entre tres y tres horas y media. Al final me volvió a preguntar qué quería hacer, le insistí que ya era hora de regresar a mi casa. Me propuso acompañarme, pero me negué rotundamente. Él sabía el municipio en el que vivía y no quise que conociera el camino hacia mi casa.

Nos despedimos, me dijo que le marcara cuando yo llegara a mi casa; nunca lo hice. Esa noche entró una llamada a mi celular, era Martín.

- ¿Cómo estás? –me preguntó.
- Bien –le respondí secamente.
- ¿qué tienes?
- Nada.
- Te desagradé, ¿verdad?
- No, no es eso, mira no te lo quise decir en el momento, pero la verdad es que estoy saliendo con otra persona. Lo de hoy fue una prueba para mí misma sobre con cuál de los dos me quedo y decidí quedarme con la otra persona.

Después de esa confesión duramos varios días o quizá semanas sin hablarnos. Luego me enteré que él tenía ya una relación con alguien que también había conocido en Internet. Cuando retomamos las conversaciones me recalaba a cada rato su relación. Pobrecita, pensaba yo, pero en momentos también pensaba que quizá era un buen tipo y que me había dejado llevar mucho por el físico. A veces leía lo que le escribía a otras mujeres y esas palabras me seguían enredando,

físicamente nunca se daría algo entre él y yo, pero en el mundo virtual, en las palabras que él dedicaba yo sí lo quería, quizá no a él, pero sí a alguien que tuviera esos detalles.

Esto ocurrió en el verano del 2008 y hasta la fecha tenemos contacto aunque ya no tan frecuente. A estas alturas de la vida he aprendido a no enamorarme de las palabras para luego desenamorarme por el físico. Y a pesar de que Martín ha insistido en que nos volvamos a ver y lo intentemos de nuevo, yo me niego, con esta experiencia fue suficiente

\* \* \*

La otra persona con la que estaba saliendo se llamaba Enrique y con él las cosas fueron muy distintas en comparación con Martín. A Enrique lo conocí también por hi5 casi un año antes, en 2007. En ese entonces existía la opción de compartir tu mail en la página y yo así lo hice. Mi correo comenzaba con la palabra “kamasutra” lo que daba pie a que muchos hombres dieran rienda suelta a la imaginación. Lo que me gustó de Enrique fue que en cuanto me mandó la invitación de amistad me avisó quién era, tomó la iniciativa y se presentó. Ese detalle me gustó, lo acepté y de ahí comenzó nuestra relación.

Yo buscaba una relación formal, un novio y de cierto modo Enrique se convertía en ese posible romance que tanto deseaba. Pero la idea no llegó más allá pues cuando me dijo que tenía 16 años quedé desencantada. Yo buscaba un hombre más grande, estaba en una edad en la que quería estar con alguien más maduro, en ese entonces yo tenía 18 años. Inmediatamente lo vi como un amigo, lo nuestro no pasaría de una simple o buena amistad y así lo empecé a tratar. A veces nos contábamos nuestras tristezas: me siento triste, le escribía, porque no tengo novio. En ocasiones él era quien me decía que también se sentía triste porque estaba soltero, aunque recalcaba: “pero hay una niña que me agrada”.

Y conforme el tiempo y las conversaciones avanzaban yo lo veía más como un hermano menor y en algunas ocasiones así se lo comenté. A veces hacíamos planes para salir, pero nunca concretábamos, todo quedaba en “un día de estos”.

Mientras tanto seguíamos platicando por mensajes: pasamos del hi5 al Messenger y ahí las conversaciones eran más constantes. Nos consolábamos cuando teníamos un mal día o platicábamos de cómo nos iba en nuestra vida sentimental. Hablábamos como amigos, nunca cambió esa intención.

Se dio el momento en el que surgió una relación sentimental de mi lado. Y pocos días después Enrique me comentó que también ya había formalizado con alguien. Nos contábamos todo: cómo nos iba con nuestras respectivas parejas, adónde íbamos, qué hacíamos, si habíamos tenido alguna discusión, etc. Al principio yo me sentía muy bien por él, pues me decía que se sentía muy feliz, después empecé a sentir un poco de celos, pero nunca se lo hice saber.

Llegó el día en que nuestras relaciones se volvieron inestables, tronamos casi a la par con nuestras parejas. Ambos entramos en ese estado triste, depresivo que les sucede a quienes viven un corte sentimental. Nos consolábamos por Messenger o nos mandábamos mensajes de texto, nos apoyábamos mutuamente, palabras como: “échale ganas”, “te quiero mucho”, “eres alguien que vale mucho la pena...” y las palabras se volvieron un poco más intensas hasta llegar a frases como: “si tuviera la oportunidad de andar contigo, yo encantadísimo; es que nunca me había dado cuenta de que estás bien bonita”.

Sin darme cuenta le empecé a tomar cariño, pero ya no era ese cariño que le tienes a un amigo, sino que iba más allá. Recuerdo que un día alguien le escribió en su hi5 un “hola, chiquito hermoso, te quiero mucho”. Mi reacción inmediata fue un ataque de celos, hasta creo que me vi algo ardida pues le escribí: “veo que ya tienes novia y no me habías dicho, qué bueno que sanaste tan rápido”. Él trató de justificarse diciéndome que era solamente una amiga, lo dijo en repetidas ocasiones.

Cuando se me pasaron los celos, ya con la cabeza menos caliente le mandé otro mensaje: pasó algo extraordinario, me di cuenta de que siento celos cuando alguien más te escribe en tu hi5 y que no son celos solamente de amiga, creo que

siento algo más por ti. Enrique me respondió: “yo también siento algo más por ti”. Con esa confesión habíamos cruzado la línea, atrás había quedado la *friend zone*.

Los mensajes pasaron de ser “qué tengas un bonito día” a “hola, preciosa, qué tengas un bonito día”. Las palabras bonitas estaban siempre presentes, el que me chuleara o que, por ejemplo, para el día de su cumpleaños yo le editara una imagen, le escribiera palabras románticas o subiera a mi red social una foto mandando un besito y Enrique supiera que era para él, fortalecía el sentimiento de llegar a algo. Por lo menos en mi mente yo volvía a ilusionarme, atrás había quedado mi relación efímera, ya ni me acordaba de la persona que había sido mi novio, mis pensamientos iban siempre hacia Enrique y entonces di el paso siguiente: le dije que quería escuchar su voz. Para llegar a este momento ya había transcurrido casi un año desde que nos conocimos y en todo ese tiempo nunca nos habíamos llamado por teléfono.

Quisiera poder explicar  
cómo me pude enamorar  
de alguien que tan sólo es  
la voz, la letra y nada más.

Tal vez me has hecho comprender;  
que sin tocarte puede ser  
la historia de un amor  
que sé, nos alimenta el corazón.

Me marcó, yo estaba nerviosa y emocionada porque iba a conocerle la voz, pero cuando lo oí me sentí bajoneada. Apenas estaba mudando de voz y se le escuchaban todos los gallos, ahí recordé que él era un hombre dos años (y cachito) menor que yo, era casi un niño y para mí esos dos años de diferencia en aquel entonces eran mucho.

A pesar de sus gallos y del desánimo que éstos me provocaron, estuvimos platicando entre una hora y hora y media. Su voz me decepcionó, pero su plática me interesó demasiado, quizá porque emocionalmente supo llegarme pues constantemente me decía cuán bonita era yo, cuánto valía y palabras muy románticas o hasta cierto punto cursis que me hicieron sentir bien. A viva voz me dijo de todas las ganas que tenía de que se concretara una relación entre nosotros.

Y tú me das las ganas de volver a empezar  
de volver a entregarme  
Y tú me das las palabras que  
gritarán muy fuerte un yo te amo

Seguían las promesas de “un día de éstos te voy a invitar a salir”, pero por una u otra razón la cita no se concretaba.

Recuerdo que un viernes yo no tenía planes para salir, estaba en la escuela, pero mis amigos no estaban disponibles así que le marqué para avisarle que tenía el día libre, que no saldría con mis amigos y estaba aburrída y con todo lo que le decía él no me proponía salir y conocernos. Quizá por los nervios o porque no era muy experimentado en las citas así que tomé la iniciativa y le dije “vamos a vernos”, él aceptó inmediatamente.

Para este momento ya sólo platicábamos por teléfono, las conversaciones por Internet habían disminuido, es decir, por la noche porque durante el día revisábamos hi5 o Messenger y en la noche platicábamos por teléfono. Por la confianza que me generó oír su voz, le di mi número de casa y así nos evitaríamos los elevados gastos de llamar por celular. Llevábamos tiempo así y yo me sentía ansiosa por conocerlo en persona y saber completamente quién era la persona que me movía.

Soy quien vino a hacerte sonreír  
quien vino a ser parte de ti un loco extraño  
Soy tu idea y tu imaginación  
tu vaga idea del amor y abre tus brazos

Quedamos de vernos dentro de la estación Centro Médico. Yo iba muy nerviosa e ilusionada, a él ya lo veía más como para tener a ese alguien a quien llamarle “novio”. Llegué primero y le mandé un mensaje para avisarle que ya estaba yo ahí. Él me dijo que no tardaría en llegar, se le había hecho tarde. No sé si porque estaba acostumbrado a andar en carro o en taxi o porque casi no salía de su zona (vivía en Chapultepec), pero Enrique no sabía moverse en metro, me mandó un mensaje preguntándome en qué parte me encontraba. Le dije que estaba en la línea verde, dirección Universidad. Nunca me dijo que no sabía moverse en metro, hasta ese momento.

- Ya sabes cómo soy, le dije, nos hemos visto muchas veces por fotos, aquí te voy a esperar, encuéntrame.

Creo que fueron los nervios los que me movieron a decirle eso pues ya sabiendo que él no sabía andar en metro le puse esa condición. Yo llevaba un libro y estaba intentando leer, pero me era casi imposible concentrarme en la lectura. Me mantuve con la mirada en el libro, no me atrevía a levantarla, sólo veía las sombras de las personas que pasaban cerca de mí, el llegar de los trenes, las puertas, el murmullo de la estación. En algún momento pensé que quizá era una mala idea estar ahí, pero no podía irme pues yo había sido la que le propuso vernos, hubiera sido una grosería dejarlo ahí plantado y más sabiendo que estaba perdido, buscándome de cierto modo a ciegas, pues sólo me conocía por fotos y de la foto a la realidad a veces uno cambia.

Llegó el punto en el que me quedé quieta esperando, ni siquiera volví a ver mi celular. Pienso que mi gran nerviosismo se debió a que era una de mis primeras citas con alguien que conocí por Internet, no como cuando vas al antro y alguien te

gusta o te quieren ligar, los conoces inmediatamente y, si te gustan, uno les sigue el juego o de lo contrario te apartas o los ignoras. Pero ya tienes la certeza de cómo es físicamente la persona. En una cita así, a ciegas, es muy diferente pues uno primero se enamora del interior de la persona y al final del físico. El proceso es inverso. Hace no mucho leí una frase que me gustó: “el amor virtual es más puro”. Quien lo dijo tiene mucha razón.

Seguía perdida en la misma página de mi libro cuando noté que alguien se paró frente a mí. Levanté la mirada y lo reconocí inmediatamente. Habían pasado como 20 minutos desde el último mensaje. Vi a Enrique, me dijo “hola” mientras me extendía una caja de regalo, no muy grande, y dentro había una tarjeta y un cojín. Intentó saludarme de beso, pero estaba tan nervioso que no sabía en dónde dármele. Volví a recordar que tenía 16 años, un niño para mí.

El detalle de la caja de regalo con una tarjeta en su interior me sorprendió y me gustó, no así él, pues era muy delgado, yo lo vi y pensé: ¡ay no!, por favor, está bien flaquito. En aquel entonces yo era gordita, no en exceso, pero sí gordita. Eso me hizo sentir incómoda, tenía miedo de ver su expresión de “ya te conocí y ya me voy”, y si no le gustaba y se iba me iba a sentir muy triste. Pero no fue así, su reacción fue saludarme de beso y yo no lo rechacé, pero ambos no sabíamos si dárnoslo en la mejilla o en los labios (pues aunque era la primera cita ya habíamos hablado mucho antes de amor). Chocamos la cara, no sabíamos por dónde empezar (si alguien nos vio seguramente se divirtió con la escena). Lo tuve finalmente cerca de mí, vi su cara a detalle, guapo no me pareció tanto: no medía más de 1.70, era delgado de cabello negro y ojos grandes y despiertos. Me pareció rescatable su sonrisa que contrastaba con su voz de púber. Tenía indicios de leve acné Sin embargo se vestía muy bien, como junior: pantaloncito de mezclilla, zapatitos, una Polo, un suetercito y olía muy bien, en conjunto esto fue lo que me atrajo de Enrique.

Y aunque tal vez nunca te vi  
yo sé que vivo para ti  
lo supe desde que nací, lo supe  
y ahora estoy aquí

En un principio yo fui muy cortante mas por nervios o por la incertidumbre de si le había gustado o no que por él. Él intentaba hacerme la plática y yo le respondía con monosílabos. Y yo misma me hacía la pregunta, “¿y si no funciona?” Salimos de Centro Médico y nos dirigimos al centro comercial, caminamos por el parque que se encuentra fuera del metro, yo seguía con mis dos únicas respuestas: sí o no. Hasta que llegamos a la entrada de Pabellón Cuauhtémoc y ahí sin imaginarlo Enrique me tomó de la mano. Para mí fue un acto tierno, significó mucho. Así tomados de la mano nos dirigimos a la taquilla del cine y compramos los boletos. Para que comenzara la función faltaban entre 30 y 40 minutos, tiempo que aprovechamos para caminar por la plaza. Pasamos cerca de un quiosco de peluches (soy adicta a los peluches) y me les quedé viendo. Como un simple comentario le dije “mira, ese gato me gusta” y sin dudarlo él me dijo: “te lo compro”. Por supuesto que me negué y al siguiente peluche que me gustaba él igualmente me decía: “te lo compro”. ¡Quería comprarme todo! Yo me sentía muy apenada, no iba a dejar que gastara todo en mí. Incluso cuando quiso que fuéramos a comer a mí me dio más pena pues él era muy flaquito y yo no comería todo lo que quisiera a gusto.

Antes de hacer cualquier otra cosa entramos a la sala del cine. La película que veríamos era de terror y estaba consciente de que en cualquier momento gritaría o me abrazaría a Enrique y tendríamos un acercamiento mayor. Ese acercamiento se dio como a mitad de la película cuando, en una escena de mucho miedo, yo grité y me recargué en su pecho. Nos quedamos viendo y ahí se dio el primer beso. Ese primer beso fue la segunda decepción, pues supe que él no sabía besar.

-No, no puede ser, ¿por qué? –pensé.

Ese otro detalle fue el que me desanimó y me llevó a pensar que nada pasaría más allá de esa cita, yo no estaba tan convencida a seguir adelante. Al terminar la función me volvió a preguntar si quería comer, yo moría de hambre, pero le dije que no tenía hambre y quería ir a caminar. Nos fuimos hasta el Parque México. Yo me sentía cansada porque llevaba tacones, buscamos una banca y nos sentamos. Yo me recosté en él y sin avisarme, Enrique se levantó rápidamente y se fue corriendo. Fue tan repentino su movimiento que no me dio tiempo a reaccionar y mi cabeza botó en la banca de cemento. Me dolió bastante, me molesté, no sabía qué había pasado y ya sólo quería recoger mis cosas e irme. Cuando levanté la mirada lo vi venir con un globo enorme de Pucca. Se levantó corriendo porque fue a perseguir a un globero y comprarme ese regalo. Él sabía que me encanta Pucca, el regalo que me dio unas horas antes cuando nos vimos en el metro era la tarjeta y el cojín, ambos de Pucca. El dolor y el enojo se transformaron inmediatamente en alegría. Hasta el cansancio de los tacones desapareció y nos fuimos a caminar por el parque.

Ya ninguno de los dos estábamos nerviosos, por el contrario, nuestra plática era muy fluida, como si fuéramos una pareja que llevaba mucho tiempo de salir. Las palabras románticas volvieron a salir a flote, el “sí, mi amor” o “no, mi amor” se dio tan natural aunque en el fondo yo sentía que íbamos muy rápido, pero lo dejé, me sentía bien, estaba feliz y al parecer él también estaba contento conmigo. Mi temor de no gustarle así como llegó se fue.

Y podré darte un poco más de todo

Cuidaré cada instante que sea de los dos, ¿tú?

No me di cuenta en qué momento cayó la noche, eran las siete y en esos meses se oscurecía temprano. Nosotros estábamos sentados frente a una fuente y las luces de esta se encendieron, empezó a llover y yo me tenía que ir a mi casa.

- No, espérame, tengo que hacer algo antes de que te vayas. Párate.

Yo me puse de pie arriba de la banca, una parte de mí estaba esperando la gran pregunta:

- ¿Quieres ser mi novia?

Yo estaba envuelta en sus palabras, en sus detalles, en el ambiente y en el sentimiento que habíamos construido a lo largo del tiempo que llevábamos de platicar. Yo sonreí, estaba aun más feliz y sorprendida pues también sabía que era muy pronto para formalizar algo en el sentido de que era apenas nuestra primera cita. Pero acepté, le dije que sí y él me pidió que me bajara. Ya en el suelo nos besamos y después Enrique puso la canción *Somos novios* interpretada por Luis Miguel. Con esa melodía empezamos a bailar, todo el parque era para nosotros, no nos importó la gente que posiblemente nos veía ni que estuviéramos bailando sobre tierra mojada, el ambiente impregnado de humedad, los patos nadando en el lago y las fuentes iluminadas, todo quedó como planeado para festejar el inicio de nuestra relación. Fuimos sólo él y yo y el mundo como testigo del amor que tanto habíamos buscado y ahora nos pertenecía.

Nuestra segunda cita fue dos días después en mi casa. Lo volví a probar: le dije que no podía salir porque me sentía mal y si él quería verme tendría que ir a mi casa. Inmediatamente aceptó y le di las instrucciones de cómo llegar. También me di cuenta de que no sabía andar ni en microbús ni en combi ni nada. Estaba acostumbrado a transportarse en carro o en taxi, no más. Le dije en cuál estación del metro debía salirse, qué combi tomar y en dónde bajarse.

Realmente no me sentía tan mal como para no poder salir de casa, pero quería saber hasta dónde podía llegar él. Me sorprendió cuando vi que se bajó en donde le dije, supo llegar a mi casa sin muchos problemas. Ya en mi lugar, se dio el tener relaciones sexuales y al final yo esperaba el cortón, el que nunca más me volviera a llamar o que se portara distante. Pero no fue así, hubo una tercera cita en la cual me invitó al bautizo de una de sus sobrinas y ahí me presentó con su familia aún con el título de "mi novia". Entonces tuve la certeza de que la relación la estaba tomando muy en serio y que no estaba sólo jugando conmigo.

Soy quien vino a hacerte sonreír  
quien vino a ser parte de ti un loco extraño  
soy tu idea y tu imaginación  
tu vaga idea del amor y abre tus brazos.

*Loco extraño, Sandoval*

Nuestro noviazgo duró un año y medio aproximadamente. En ese tiempo hubo de todo hasta un compromiso de matrimonio el cual nunca se concretó. Y aunque ya nos veíamos constantemente y nos marcábamos por teléfono o nos mandábamos mensajes, las redes sociales seguían siendo parte importante de nuestra vida. A mí me gustaba que me dedicara canciones, comentarios o imágenes en mi red porque de cierto modo me complacía que todos mis amigos supieran que tenía un novio que me quería bien. Lo mejor de todo fue que nunca le pedí que hiciera eso, lo hacía por iniciativa, le nacía y eso me parecía muy importante y maravilloso.

Vivimos nuestro romance al mismo tiempo que el momento cúspide de hi5 ocurría y, al igual que cuando esta red social decayó, nuestra relación también se empezó a venir abajo. No porque dependiéramos de un sitio en Internet para querernos, sino por circunstancia independientes. Nos tocó todavía un poco llevar nuestra relación cuando Facebook se empezó a volver popular, pero ya fueron nuestros últimos meses como novios. Lo que no niego es que esa red social, hi5, fue importante en el momento de que nuestra relación se terminó, pues a través de ahí confirmé mis sospechas de que Enrique me estaba poniendo el cuerno. Fue una etapa difícil porque después del rompimiento y a pesar del daño que yo misma me hacía, todavía quería saber qué pasaba con Enrique y a veces revisaba su perfil para estar informada sobre su vida.

Aun así el tiempo que duramos juntos fue una parte que recordaré con agrado pues aunque no terminó de la mejor forma, tuvimos momentos que vale la pena no olvidar. Yo continué conociendo personas por Internet, unos años después de Enrique conocí a otro chico también por Internet, específicamente en Facebook y con él duré casi tres años.

No estoy segura de si dejar o no esta práctica porque en cierto modo es adrenalínico conocer y salir con la gente que uno contacta por Internet. No me cito a la primera con la persona, sino que tardo algunos meses para tratar de conocerlos mejor o estar segura de que no me mienten, es decir, que lo que me dijeron al principio coincida con lo que me platican a lo largo del tiempo que llevamos platicando.

Muy difícilmente le diría a mi familia que a mi novio lo conocí en Internet, sería una situación que no comprendería o aceptaría, cuando se ha dado el caso siempre me pongo de acuerdo con la persona con la que salgo: “si nos preguntan les decimos que nos presentó un amigo o que nos conocimos en una fiesta y con eso no vuelven a preguntar”.

## Conclusiones

Internet gozó de una gran facilidad de penetración en la vida del hombre moderno. Algo que comenzó como un proyecto para fines militares se expandió y se convirtió en el pilar del entretenimiento y la información de los últimos años. En este se han concentrado la televisión, la radio, el cine y la prensa. Además de las artes, la cultura, viajes, la vida privada, etc. Internet vino también a romper esa imposición a la que los medios masivos de comunicación nos sometieron a lo largo de tantas décadas: ahora podemos tener y seguir a los ídolos que nos gusten y no a los que nos promocionen hasta el cansancio. Con las redes sociales y los videoblogs han surgido personajes que, aunque no aparecen en una pantalla de cine o televisión, se volvieron populares y con cientos o hasta miles de seguidores. Ya no hay que esperar a que llegué el día y la hora para ver el programa o a la estrella de tv que nos gusta, ya no tenemos que estar pegados a la radio para oír nuestra canción favorita ni correr a comprar un disco, es decir, gozamos con la opción de hacer todo esto desde una conexión a internet a nuestro gusto.

Tenemos libertad para elegir. Y con esta libertad también vienen riesgos y consecuencias. En ese universo que es la Red uno puede hacer y buscar casi cualquier cosa: en el caso del trabajo presentado, mi enfoque fue internet y las relaciones interpersonales que se buscan a través de este medio. Pero no aquellas que se dan entre amigos o personas a quienes ya conocemos sino la búsqueda de gente nueva, socializar con individuos a quienes nunca hemos visto y que sólo “conocemos” primeramente por la palabra escrita.

Es un tema que considero relevante y, aunque ya han pasado muchos años desde que surgió el chat, actual; sin embargo, la información no es abundante. Se toca el tema en algunos libros, mas no profundiza. A veces uno encuentra notas informativas en la sección de nota roja de algunos diarios, pero por su misma naturaleza sólo se enfocan en el hecho y, también debo decirlo, en asustar a los lectores. Tampoco busqué que estas crónicas fueran un manual para conseguir citas por internet, en todo momento hice lo posible por mantener una posición

neutral hacia el tema. Quizá esto se rompe en las crónicas expuestas, pero creo que es justificable pues en ese caso ya no fui yo quien expuso información o puntos de vista sino las personas quienes me relataron con amabilidad sus experiencias e impresiones al momento de salir a la calle y encontrarse de frente con aquellos usuarios con quienes habían pasado largas horas de plática escrita.

La comunicación humana ha evolucionado, dejamos de emitir sonidos llanos y los convertimos en palabras que a su vez forman oraciones coherentes y estas expresan lo que pensamos, sentimos y anhelamos. Inventamos la escritura para dejar huella. La pintura, la música, los bailes, el teatro, etc. también los inventamos para expresar aquello que con palabras o gestos era difícil. Todo esto para expresarnos, porque el silencio nos da miedo, el silencio es indicio de que ya no hay vida, todo ha muerto, decía Foucault. Por eso siempre nos acompañamos de la música o la lectura. La primera emite sonidos audibles, la segunda voces en nuestra mente, pero nunca quedamos en silencio. La desesperación emerge cuando todo sonido ha muerto. Pero a veces el sonido de una melodía o de las voces de personajes del texto que leemos no bastan, necesitamos estar en interacción con otras personas, es una necesidad natural. Llegamos a este mundo con un vacío interior que a lo largo de nuestra vida crece sin muchas veces darnos cuenta. Cuando llegamos a determinada edad sentimos que algo falta, buscamos amistades porque estar solos no es una opción plausible. Somos bombardeados con mensajes de que los buenos amigos siempre están juntos, los mejores amigos son los que viven grandes aventuras juntos y los que se entienden y se abren camino entre risas y lágrimas. Lo vemos en la vida real, con nuestros conocidos, los relatos de nuestros padres, primos, tíos... entonces ese vacío interior se ensancha, seguimos sin verlo hasta que un día, repentinamente nos damos cuenta que estamos solos y que no existe esa persona con quien hayamos forjado una gran amistad y que esté con nosotros a cada paso. Anteriormente los amigos se salían a buscar en las fiestas, en la escuela o en el trabajo, si se tenía suerte de encontrar uno a nuestra medida (a nuestra medida, nosotros no tenemos por qué adaptarnos a lo que el otro busque). Hoy los amigos se pueden buscar en internet, hoy ya son virtuales, pero ahí están, dispuestos a *escuchar* nuestras

penas y alegrías y apoyarnos mutuamente en todo, la soledad en el hombre moderno (¿qué nos hace pensar que sólo en el hombre moderno? ¿Cómo saber si el sentimiento de soledad en el hombre no ha sido inmemorial?) es problema resuelto. Aparentemente.

Y luego viene el amor y el sexo, el tema del vacío se repite en cada uno de estos. Hombres y mujeres desesperados por encontrar a (su mal llamada, desde un punto de vista muy personal) media naranja o llevar una vida sexualmente muy activa. El amor no es sencillo de encontrar, mas en la web cualquiera es candidato (candidata) para amarnos y amar como en las películas. En la búsqueda de placer sexual no hay límite, el límite lo pone uno mismo, internet nos da esa libertad cada uno sabrá cómo manejarla.

No debería existir una hipótesis en este trabajo por ser de naturaleza absolutamente periodística pero me atreví a dar una porque me parece que el tema es muy rico y en el proceso de elaboración, es inevitable no detenerse un segundo a pensar en por qué actuamos de determinada manera, por qué nos arriesgamos, por qué buscamos con desesperación amistad, sexo o amor. En parte porque es algo innato en nosotros, así nos formó la naturaleza. El sexo y el amor fueron necesarios para preservar la especie (con el desarrollo de la inteligencia no tuvimos más remedio que crear las artes porque estos sentimientos tienen que ser expresados, porque es inevitable guardárnoslos y no hacerle saber al mundo que sufrimos o gozamos, regreso al punto: ese vacío interior que nos orilla a ser aceptados y por otro lado el exceso de ego que nos exige perdurar; la muerte no es tan terrible como el ser olvidados o intrascendentes).

Un día después de muchos años volveremos la mirada, recordaremos aquellas aventuras y encuentros, comprenderemos el riesgo al que nos expusimos y pensaremos “¿cómo pude hacerlo?” porque para entonces ya habremos olvidado las razones de aquella búsqueda (el don del olvido, como diría Ángeles Mastretta). Y quizá, sólo quizá, sonreiremos triunfalmente y nos diremos... “pero sobreviví”.

## FUENTES DE CONSULTA

### FUENTES BIBLIOGRÁFICAS

Baran, Stanley J. *Comunicación masiva en hispanoamérica: culturas y literatura mediática*, México, D. F. McGraw-Hill/Interamericana, 2005, 813 p.p.

Corporativo Reader's Digest México, *PC fácil. Cursos Prácticos Vol. 1*, España, 2003, 185 p.p.

Froböse, Gabriele, *Deseo y amor ¿sólo química?*, España, Acribia, 2004, 174 p.p.

Gallardo Vega, Citlalli Guadalupe, *Cibervicio en la red, el chat. Radio-reportaje*, Tesis Licenciatura, FES Aragón, UNAM, 2005, 122 p.p.

Gackenbach, Jayne , *Psychology and the Internet: intrapersonal, interpersonal, and transpersonal implications*, Estados Unidos, Academic Press, 1988, 361 p.p.

Gimenez Carrasco, Mariano, *El amor en la era del chat*, España, Círculo Latino, 2004, 221 p. p.

Gubern, Román, *El eros electrónico*, México, Taurus, 2006, 219 p. p.

Harris, Frances Jacobson, *I found it on the Internet : coming of age online*, Chicago American Library Association, 2005, 161 p.p.

Leñero, Vicente y Marín, Carlos, *Manual de periodismo*, México, Grijalbo, 1986, 351 p.p.

Martínez Albertos, José Luis, *Curso general de redacción periodística*, Barcelona, Mitre, 1985, 369 p.p.

Merani, Alberto L., *Diccionario de psicología*, Barcelona; México, Grijalbo, 1982, 270 p.p.

Microsoft Corporation, *Diccionario de informática e Internet de Microsoft*, España, McGraw Hill, 2001, 884 p.p.

Pérez Miranda, Manuel, *Breve historia de la crónica*, México, Escuela Carlos Septién García de Periodismo, 2008, 156 p. p.

Ramírez Pérez, Laura Azucena, *Frialdad y sueños a través de Internet; una forma de vivir las relaciones sentimentales*, Tesis Licenciatura, FES Aragón, UNAM, 2001, 84 p.p.

Rougemont, Denis de, *El amor y occidente*, Barcelona: Kairos, 1979, 438 p.p.

Vivaldi, Gonzalo Martín, *Géneros periodísticos*, Madrid, Ed. Paraninfo, 1974, 494 p.p.

Yus, Francisco, *Virtualidades reales: nuevas formas de comunidad en la era de Internet*, España, Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2007, 251 p.p.

## **FUENTES VIVAS**

- Entrevistas a personas que han conocido en la realidad a otros individuos que contactaron por medio de la Web.

- Especialistas (sociólogos, comunicólogos, psicólogos) que puedan aportar sus opiniones con respecto a la mecánica de conocer gente por medio de algunos sitios de Internet.